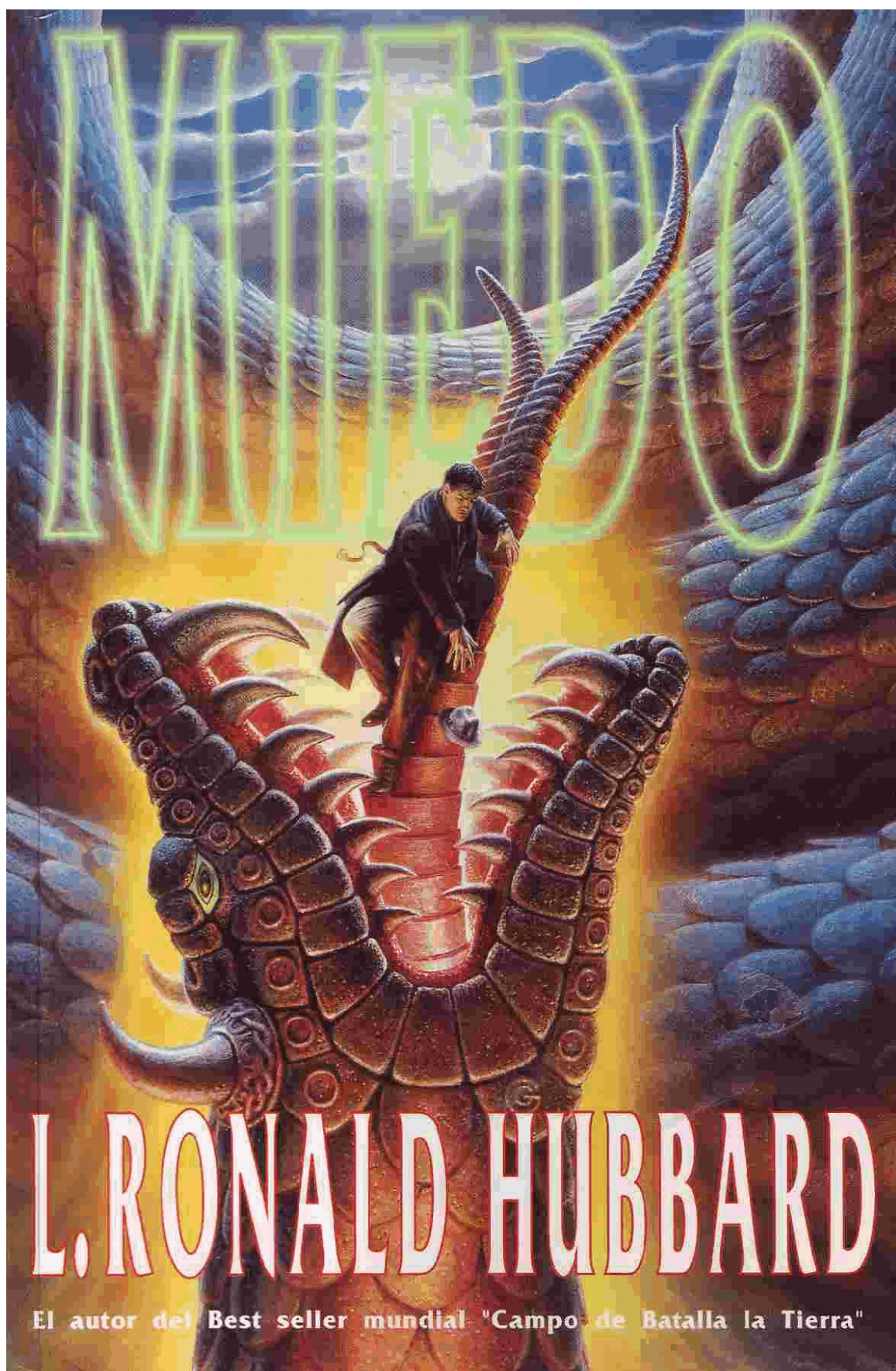




NOTA DEL AUTOR:

Hay algo que me gustaría que el lector tuviese presente a lo largo de la novela: esta historia es completamente lógica, por mucho que pueda parecer lo contrario. No es una historia muy agradable, ni se debería leer a solas, en mitad de la noche... Pero cierto es que, lo que a continuación se relata, le podría suceder a cualquiera. Incluso usted, hoy mismo, podría perder cuatro horas de su vida y seguir, entonces, por los mismos derroteros que James Lowry.

L. RONALD HUBBARD

PROLOGO

De vez en cuando, los editores se encuentran con una historia que está tan bien lograda, que supone un placer inmensurable presentarla al público. «Miedo» es una de estas obras; y no solamente eso, porque además de tener un gran atractivo para el lector, despierta admiración entre los autores más destacados. Desde Ray Bradbury, hasta Isaac Asimov, reconocen su bien ganado prestigio de clásico universal.

Escrita hace más de cincuenta años, esta narración no sólo ha perdurado a través del tiempo, sino que, además, historiadores de la literatura, tales como David Hartwell, le atribuyen el origen y la remodelación de «los fundamentos del género de terror contemporáneo».

También las leyendas suelen surgir en torno a las grandes obras. Robert Heinlein, íntimo amigo de L. Ronald Hubbard, solía contar la historia de cómo éste escribió «Miedo» durante un viaje en tren desde Nueva York a Seattle.

Pero es el impacto causado en el lector lo que supone la prueba más concluyente para cualquier obra, y «Miedo» lo causa.

Stephen King, maestro indiscutible del género de terror en la actualidad, lo expresa claramente cuando analiza lo que «Miedo» ha supuesto:

«Miedo», de L. Ronald Hubbard, es una de las pocas obras, dentro del género de terror, que realmente merece el tan manido calificativo de «clásico», así como la descripción: «Es una narración clásica de sobrecogimiento, amenaza surrealista y horror». Si usted no es reactivo a un caso de sudores fríos —uno bastante severo— y nunca ha leído «Miedo», le apremio con urgencia a que lo haga. Ni siquiera espere a una noche oscura y tormentosa. Esta obra es una de las buenas de verdad.

Y no es el único en opinar de esta forma. Ya sea que se lea ahora, o dentro de cincuenta años, el impacto sobrecogedor seguirá siendo el mismo.

¿A qué se debe esto?

L. Ronald Hubbard logró algo que ningún otro autor había conseguido realizar con éxito. Sin el concurso de invenciones sobrenaturales: hombres-lobo, vampiros; sin recurrir a ambientes extremos: la casa encantada sobre la colina, el laboratorio en el sótano, el planeta desconocido; y sin la intervención de protagonistas super-psicóticos: Freddy Kruger, Norman Bates; presenta a un hombre corriente, en circunstancias muy normales, y le hace descender a un infierno completamente verosímil pero, sin embargo, extraordinario.

¿Por qué «Miedo» es tan impactante? Porque, en realidad, podría ocurrir. Y eso es aterrador.

El partir de esa simple premisa ya le ha hecho merecedor de más elogios que un millar de libros sobre lobos que aullan a una pálida luna, en una «noche oscura y tormentosa».

De manera que, si no teme lo cotidiano, este relato es para usted.

Pero no diga que no se lo advertimos...

LOS EDITORES

CAPITULO 1

«Con un ligerísimo estremecimiento, medio recordó el origen de su instinto viajero: un robo en su dormitorio, inculpación, expulsión y deshonor...»

Acechantes, aquel magnífico día de primavera, en la consulta del Dr. Chalmers, Clínica Universitaria de Atworthy, puede ser que hubiera dos pequeños espíritus del aire, apretujados en la oscura sombra de detrás de la puerta, evitando en lo posible los cálidos rayos de sol, que se derramaban mansamente sobre la alfombra.

-Así que estoy bien para otro año, ¿no es eso? -dijo el profesor Lowry mientras se abrochaba la camisa.

-Para otros treinta y ocho años -sonrió el Dr. Chalmers-. Un tipo con una constitución fuerte, como la tuya, no tiene que preocuparse demasiado de algo como la malaria. Ni siquiera de la mejor variedad de virus que Yucatán pueda ofrecer. Tendrás algunas fiebres intermitentes, pero nada de lo que asustarse. Por cierto, ¿cuándo regresas a México?

-Si fuese cuando mi mujer me diera permiso, eso sería nunca.

-Y si yo tuviese una mujer tan encantadora como Mary -dijo Chalmers-, Yucatán se podía ir a contagiar su malaria a otro. Bueno —e intentó convencerse de que, después de todo, no tenía envidia del etnólogo errante de Atworthy-, nunca entendí lo que veis tipos como tú en tierras y lugares extraños.

-Hechos -dijo Lowry.

-Sí, me imagino. Hechos sobre sacrificios primitivos, diablos y demonios. A propósito, fue muy bueno el artículo que te publicaron el pasado domingo en el «Newspaper Weekly».

La puerta se movió ligeramente, si bien la causa podría haber sido el frío aliento de la vegetación que entró por la ventana.

-Gracias -dijo Lowry, intentando no parecer demasiado complacido,

-Claro que -dijo el joven Chalmers- más bien te la jugaste. Tu amigo Tommy estaba que echaba chispas ante tal insolencia. Está muy encariñado con sus diablos y demonios, ya sabes.

-Le gusta darse importancia -dijo Lowry-. Pero, ¿qué quieres decir con «te la jugaste»?

-Tú no has estado aquí en la época de Jebson -dijo Chalmers-. Casi crucifica a un joven matemático por utilizar el nombre de Atworthy en una revista científica. Pero, por otra parte, puede que nuestro amado decano no lo haya visto. En cualquier caso, no me imagino al viejo estirado leyendo «Newspaper Weekly».

-Ah -dijo Lowry-. Pensé que te referías al hecho de que yo negase la existencia de esas cosas. Tommy...

-Bueno, puede ser que también quisiera decir eso -dijo Chalmers-. Supongo que en el fondo todos somos unos salvajes supersticiosos. Y cuando vienes avasallando para ridiculizar la creencia ancestral de que los demonios causan enfermedad y miseria; y cuando lanzas insultos, por así decirlo, haciendo frente a la suerte y al destino, debes de estar muy, pero que muy seguro de ti mismo.

-¿Por qué no habría de estarlo? -dijo Lowry, sonriendo-. ¿Alguna vez se ha encontrado alguien, cara a cara, con algún tipo de espíritu?, quiero decir, por supuesto, que en ningún sitio hay antecedentes de casos probados.

-¿Ni siquiera -dijo Chalmers- las visiones de los santos?

-Cualquiera que ayune el tiempo suficiente puede ver visiones.

-Aun así -dijo Chalmers-, cuando te ofreces tan alocadamente a servirle tu cabeza en una bandeja a la persona que pueda enseñarte un demonio que no deje lugar a dudas...

-Y mi cabeza en una bandeja le serviré. Para ser un científico, hablas de un modo extraño, camarada.

-He visitado pabellones psiquiátricos con la suficiente asiduidad -dijo Chalmers-. Al principio solía pensar que era el paciente, pero al cabo de un tiempo, comencé a dudar. Se supone que los demonios salen cuando hay luna llena, ya sabes. ¿Has visto alguna vez a todo un pabellón psiquiátrico volverse loco de atar durante los tres días que dura la luna llena?

-Tonterías.

-Tal vez.

-Chalmers, en ese artículo intenté demostrar cómo la gente empezó a creer en causas sobrenaturales, y cómo la explicación científica reemplaza finalmente al terror vago. No me vengas diciendo ahora que pones en duda esos hallazgos.

-Oh -y Chalmers comenzó a reírse-, ambos sabemos que la «verdad» es una cualidad abstracta que posiblemente no exista. Continúa tu cruzada contra demonios y diablos, profesor Lowry. Y si se enfurecen contigo, niégales su existencia a fuerza de razonamientos. Yo no es que afirme que existan. Simplemente me choca que el hombre tenga un destino tan constantemente desdichado, sin que haya algo en alguna parte que contribuya a esa desdicha. Y si es porque los electrones vibran a ciertas velocidades, o porque a los espíritus del aire, la tierra y el agua les da envidia de cualquier bienestar que el hombre pueda tener, no lo sé, ni me importa. Pero qué reconfortante es tocar madera, cuando uno se ha jactado de algo.

-Así que -dijo Lowry, poniéndose el abrigo-, me van a coger los duendes como no esté alerta.

-Y bueno te van a encontrar, como Jebson haya visto ese artículo.

La puerta se movió muy ligeramente, pero entonces quizá fue solamente el fresco y dulce hálito de primavera, que susurraba al entrar por la ventana.

Lowry, balanceando su bastón, salió a la luz del sol. Era agradable estar en casa. El lugar tenía buen aspecto y, además, olía bien. Dejando a un lado el devenir de las estaciones, nunca había ningún cambio en aquella ciudad, nada realmente distinto en los estudiantes; y cuando se construía otro edificio, siempre tenía ya un aspecto algo antiguo y añejo, antes de estar a medio levantar. Había una monotonía soporífera en el ambiente, reparadora para alguien al que el abrasador flamear del titilante sol sobre la arena ardiente había torturado su ojos tanto tiempo.

A medida que caminaba hacia su despacho, se preguntaba si es que alguna vez llegó a abandonar realmente aquel lugar. Esos grandes olmos echando sus brotes, estudiantes bostezando, estirándose sobre la hierba verde y fresca, cazadoras de colores, un apacible cielo azul, piedras milenarias y yedra reverdeciente.

Con un ligerísimo estremecimiento, medio recordó el origen de su instinto viajero: un robo en su dormitorio, inculpación, expulsión y deshonra; y tres años más tarde, tres años demasiado tarde, que hacían que la cicatriz no se hubiese borrado definitivamente, le localizaron para comunicarle que se había hallado al culpable, una semana después de que él huyera. Al recordarlo, sintió de nuevo ese poso de vergüenza y la tímida idea de que debía disculparse con el primero que pasara.

Pero se desvaneció. Se desvaneció y el aire estaba cargado de primavera, esperanza y olor a tierra mojada. Las nubes, impulsadas violentamente en lo alto, proyectaban ocasionalmente sombras sobre el pavimento y el césped; la brisa cercana a la tierra jugueteaba con los restos del otoño: expulsaba a las hojas de las esquinas, las perseguía por la hierba y contra los árboles y, ofreciéndoselas, desaparecía y se abría paso para una nueva colecta.

No, poco había cambiado en aquella meca de la educación, apacible y satisfecha. Veinticinco años atrás, su padre, Franklin Lowry, había caminado por esa misma calle; veinticinco años antes de eso, Ezequiel Lowry había hecho lo propio. Y no una sola vez cada uno, sino todos los días de sus vidas de adultos y, más tarde, muertos, habían recorrido el mismo camino en un coche fúnebre. Sólo James Lowry había roto la tradición, aunque parcialmente; pero puede que James Lowry, con su conducta tranquila y a veces obstinada, hubiese modificado muchas tradiciones. Había sido, incluso, el primer Lowry en mancillar la reputación académica y, sin duda, había sido el primer Lowry con instinto viajero. Pero, por otra parte, él había sido un chico extraño; dócil, pero, no obstante, extraño.

Criado en una gran tumba como hogar, donde no se pronunciaba palabra alguna de más de tres sílabas y donde la principal atención que se le dispensaba era «¡Cállate!», James Lowry, inevitablemente, se creó su propio universo con el delicado material de los sueños. Si se hubiese atrevido a visitar a aquel anciano decano de la mansión, sabía que podría haber encontrado a sus compañeros de la infancia,

ocultos a la vista, bajo los tablones que cubrían, insensibles, el suelo del desván; Swíft, Tennyson, Carroll, Verne, Dumas, Gibbon, Coronel Ingram, Shakespeare, Homer, Khayyam y los autores anónimos de mitos y leyendas de todos los lugares, habían sido sus consejeros, camaradas y compañeros de juegos, se lo llevaban de entre el polvo y los trastos, y le susurraban extraños pensamientos a él, un niño impresionable, con la cara manchada de mermelada y telarañas del desván. Pero, caminando bajo el calor del flamante sol, se imaginó que él también seguiría recorriendo esa calle, pasaría por esas tiendas con banderines en el escaparate, esos estudiantes con cazadoras vistosas, esos viejos olmos y muros ancestrales; y también a él, probablemente, lo llevarían en un coche fúnebre por ese pavimento, a un lugar de reposo junto a sus eruditos antepasados.

Era afortunado, se dijo. Tenía una mujer adorable por esposa; un caballero honesto y sabio por amigo; una posición respetable y cierta reputación como etnólogo. ¿Qué pasaba por un ligero acceso de malaria? Eso remitiría. ¿Qué si la gente no entendía, siempre que fuese respetuosa e incluso amable? La vida era agradable y valía la pena vivirla. ¿Qué más podía uno pedir?

Un grupo de estudiantes lo rebasó, y dos de ellos, atletas por las franjas en las mangas de sus jerseys, se tocaron la gorra y le dijeron: Señor. La esposa de un profesor, seguida a respetuosa distancia por su criada cargada de paquetes, inclinó la cabeza para saludarlo con una cordial sonrisa. Una chica de la librería lo siguió con la mirada un corto trecho, y él, inconscientemente, caminó más erguido. La vida era verdaderamente agradable.

-Señor, profesor Lowry -era un anémico ratón de biblioteca, ayudante del ayudante, en algún departamento.

-¿Sí?

El joven se había quedado sin aliento, y se tomó un respiro, allí de pie, retorciendo entre sus manos un ajado sombrero, para poder hablar con claridad: El señor Jebson le vio pasar y me envió a buscarlo. Le quiere ver, señor.

-Gracias -dijo Lowry; se dio la vuelta y volvió sobre sus pasos hasta la empinada calzada que llevaba a las oficinas. No le perturbó mucho la convocatoria, porque no estaba particularmente temeroso de Jebson. Los decanos se habían ido sucediendo en Atworthy. y algunos habían tenido ideas peculiares; el que Jebson estuviese un poco chapado a la antigua no era algo por lo que preocuparse.

La chica en el antedespacho saltó de la silla y le abrió la puerta, diciendo entre dientes: Lo recibirá ahora mismo, señor -y Lowry entró.

En alguna ocasión o dos, algún nuevo decano había llevado algo de mobiliario, e incluso había intentado cambiar la apariencia de aquel despacho. Pero las paredes eran más antiguas que la pintura y el suelo había visto llegar a su fin a demasiadas alfombras, como para variar mucho a consecuencia de una nueva. Un busto sin ojos de Cicerón montaba guardia ante una caja de libros que nadie había leído jamás. Las sillas eran tan vetustas y estaban tan hundidas que podrían haber sido sospechosas de albergar a más de un cadáver, sumergido en ellas. Jebson estaba mirando por la ventana como si su falta de atención pudiese provocar el desvanecimiento de toda la escena visible desde la misma. No se volvió para verlo, pero dijo: Tome asiento, Lowry.

Lowry se sentó, observando al decano. Era un hombre muy delgado, pálido y avejentado, tan rígido que parecía de yeso en vez de carne y hueso. El paso de cada año había hecho un poco más profundas las arrugas que surcaban su semblante, más bien severo. Jebson estaba inmóvil; dada su altivez, no tenía hábitos nerviosos. Lowry esperaba.

Jebson, finalmente, abrió un cajón y sacó un periódico, impreso parcialmente en color, lo desplegó ante él con gran cuidado, apartando el tintero para depositarlo sin obstáculos.

Lowry había estado sosegado hasta ese momento. Había olvidado completa y absolutamente el artículo del «Newspaper Weekly». Pero, con todo, se distendió de nuevo, porque ciertamente no había nada de malo en el mismo.

-Lowry -dijo Jebson, tomando un sorbo de agua, que, a juzgar por la expresión de su rostro, debía de haber sido vinagre, y, luego, sosteniendo el vaso ante su cara, continuó—, le hemos tolerado un montón

de cosas.

Lowry se enderezó sobre la silla. Se refugió en los grandes abismos de sí mismo y reparó en las grandes sombras de los ojos de Jebson.

-Usted ha sido necesario aquí -dijo Jebson-, y aun así, decidió vagar por algún territorio perdido e irrecuperable, asociándose con lo profano y buscando afanosamente brujerías, como un perro buscaría un hueso que enterró pero no recuerda dónde -Jebson se quedó un poco sorprendido ante el espontáneo brote de su propia sonrisa y se detuvo. Pero, tras un momento, continuó—. Atworthy le ha estado financiando a usted, cuando no debería haber financiado otra cosa que no fuesen edificios nuevos. Atworthy no se ha levantado sobre necesidades.

-He conseguido dinero más que suficiente para sufragar mis expediciones -se aventuró a decir Lowry-. Aquellas subvenciones fueron reembolsadas hace tres años.

-No importa. Estamos aquí para desarrollar la inteligencia de una joven y gran nación, no para exhumar los huesos desmenuzados de una civilización salvaje. Yo no soy etnólogo, y no simpatizo con la etnología. Comprendo que alguien pueda tener esa ocupación como hobby, pero sosteniendo, como yo sostengo, que el hombre es, enteramente, un producto de su propio entorno, no logro ver cómo el estudio de las costumbres paganas pueda arrojar alguna luz válida para comprender la humanidad. Muy bien, conoce mi criterio sobre este tema, enseñamos etnología y usted ocupa la cátedra de antropología y etnología. No estoy en contra del aprendizaje de cualquier tipo, ¡pero sí estoy en contra de las obsesiones!

-Lo siento -dijo Lowry.

-Y yo también lo siento -dijo Jebson, en el tono que el Inquisidor Mayor habría empleado para condenar a un prisionero a un auto de fe-. Me refiero, por supuesto, a este artículo. ¿Puedo preguntar con qué permiso lo escribió?

-¿Por qué? -balbuceó el pobre Lowry-. No tenía ni idea de que estuviese haciendo algo mal. A mí me parece que la función del académico es la de transmitir lo aprendido a aquellos a los que podría serles de utilidad.

-¡La función del académico no tiene nada que ver con esto, Lowry, nada que ver en absoluto! ¡Porque este miserable periodicucho es una ignominia! ¡Es basura y farsa! Está repleto de mentiras bajo nombres de hechos científicos. Y -afirmó bajando el tono ominosamente- ¡esta mañana me he enfrentado al hecho de que el nombre de Atworthy aparecía en él! Si no fuese porque me lo ha traído un estudiante, puede ser que nunca hubiese llegado a verlo. Aquí está: «Por el catedrático James Lowry, etnólogo, Universidad de Atworthy.»

-No veo por qué habría de firmarlo de otra manera.

-No tenía derecho a inscribirlo por principio de cuentas, «catedrático Lowry de la Universidad de Atworthy». Es vulgar. Es un despreciable intento de notoriedad. Degrada el verdadero propósito y el buen nombre de la educación. Pero claro -añadió con desdén-, supongo que no se puede esperar otra cosa de un hombre de vida tan sumamente desordenada.

-¿Perdón? —dijo Lowry.

-Ya llevo aquí el tiempo suficiente como para conocer el historial de cada miembro de nuestro personal. Sé que a usted se le expulsó.

-¡Ese asunto se aclaró completamente! -gritó Lowry, ruborizado a más no poder y doblegado por el pesar del recuerdo.

-Tal vez, tal vez. Pero ésa no es la cuestión. El artículo es necio y vulgar y, al ser necio y vulgar, ha manchado la reputación de Atworthy -Jebson se inclinó sobre el periódico y se ajustó la montura de las gafas sobre la nariz-. «¡Las enfermedades mentales del hombre podrían deberse en parte a los fantasmas de hechiceros del pasado!» ¡Puff! «Por el catedrático James Lowry, etnólogo, Universidad de Atworthy.» ¡La próxima vez escribirá sobre demonología como algo en lo que todos deberíamos creer! Esto es vergonzoso. Toda la ciudad hablará de ello.

Lowry se las había arreglado para controlar el temblor de sus manos y ahora deshacía el nudo de su

garganta que trataba de bloquear su habla: Eso no es un artículo sobre demonología, señor. Es un intento de mostrar a la gente que sus supersticiones, y muchos de sus temores, tuvieron su origen en creencias equivocadas del ayer. He intentado exponer que los demonios y diablos fueron concebidos por algún miembro astuto de la tribu para lograr el dominio sobre sus semejantes mediante el proceso de inventar algo temible para ellos, y, luego, ofrecerse para actuar como mediador.

-Lo he leído -dijo Jebson-. Y puedo captar en él más cosas de las que a usted le gustaría que captase. Habladurías sobre demonios, diablos y el aplacamiento de los ídolos del terror. ¡De su misma inferencia, señor, ahora deduzco que se refiere a la religión en sí! ¡Supongo que lo próximo que hará será acusar a la cristiandad de ser una conspiración para derrocar al estado capitalista romano!

-Pero... -comenzó a decir Lowry, mas sonrojándose de nuevo, contuvo su lengua y se retrajo aún más en sí mismo.

-Este repudio feroz de diablos y demonios -dijo Jebson- puede interpretarse como un rechazo de su propia mente a alguna creencia que usted mismo pueda haberse infundido, mediante su vinculación con la impiedad y la miseria de lugares remotos. Ha llegado usted al absurdo. Ha hecho que Atworthy sea objeto de burla. Me temo que no vaya a poder perdonarle esto fácilmente. No encuentro ninguna excusa atenuante, excepto la de que usted quisiera ganar dinero y lo hiciera a expensas del honor y el respeto, sobre los que esta institución se fundamenta. Quedan sólo dos meses para el año lectivo. Y hasta entonces no podemos prescindir de usted. Pero después -dijo Jebson arrugando el periódico y tirándolo a la papelera-, me temo que tendrá que buscar otro empleo.

-Pero... -comenzó Lowry.

-Con un historial mejor, puede que le hubiese perdonado. Pero sus antecedentes nunca fueron buenos, Lowry. Regrese a los lugares olvidados del planeta, Lowry, y reanude su convivencia con el impío. Buenos días.

Lowry salió al exterior, sin ni siquiera ver a la chica que le abrió la puerta; olvidó volver a ponerse el sombrero hasta que ya estaba en camino. Había deambulado por varias manzanas antes de volver en sí. Vaciló torpemente sobre si tenía alguna clase, y se acordó de que era sábado, y que no daba clases ese día. Recordó vagamente haberse encaminado a una reunión, o para almorzar..., no, no podía ser para almorzar, porque, evidentemente, por la posición del sol, eran aproximadamente las dos. Y, entonces, el reclamo del pensamiento se vio engullido por la avalancha de recuerdos.

Estaba tiritando y ello le condujo a pensar en sí mismo por un momento. No debía temblar como si este mundo hubiese llegado a un final repentino para él; había otras universidades que se alegrarían de poder contar con él; había personas adineradas que le habían ofrecido subvenciones, en vista de que sus viajes amortizaban la inversión con creces. No, no debía sentirse tan mal, y, aun así, tiritaba como si estuviese en cueros ante un viento invernal.

Las impetuosas nubes oscurecieron la calle por segundos; pero ahora había algo muerto en el sonido de las hojas del año pasado, al ser perseguidas por las esquinas, y había algo amenazador en la desnudez de aquellos olmos. Se esforzó por determinar el origen de su escalofrío.

Era Mary.

Pobre Mary. Adoraba aquel mundo de reuniones de té y decoro; había crecido en esta ciudad y todos sus recuerdos estaban aquí. Ya era bastante que él diese que hablar. Abandonar todo lo que constituía su vida era demasiado. Sus amigos agacharían la cabeza al verla.

No, ella no quería permanecer aquí, donde todo el mundo especularía sobre el despido de su esposo, donde a nadie le quedarían motivos para invitarla a tomar el té.

Y el gran edificio de la escuela... ella amaba aquel vetusto lugar.

No logró comprender a Jebson, porque era demasiado noble como para ser capaz de seguir el proceso mental de éste: comenzando por el deseo de un hombre mezquino de dañar a un hombre más grande, la envidia del aire romántico y misterioso de Lowry; pasando por la afrenta indirecta a la universidad, para luego, de una forma incomprensible y grotesca, sacarla a colación como una amenaza para la cristiandad. Y dejar finalmente a Lowry argumentando sobre el único hecho sobre el cual basarse, la culminación

de una desgracia que éste había sufrido, aguda e inocentemente, hacía casi veintiún años. Y aquel pesar y éste se entrelazaban en su mente, remachados por el malestar que recorría todo su ser, un malestar que había olvidado se trataba de malaria. Pobre Mary.

Pobre, linda y dulce Mary.

El siempre había buscado contar con su admiración, para compensar, de alguna manera, el ser mayor que ella. Y ahora había causado su desdicha, y el alejarla de aquello a lo que estaba más acostumbrada. Se lo tomaría bien, le seguiría, lo lamentaría y ni una sola vez mencionaría que, en lo que a ella concernía, se sentía mal. Sí, sí, eso es lo que haría, lo sabía. Y no sería capaz de impedirlo, ni siquiera sería capaz de decirle lo mucho que lo sentía por ella.

De nuevo vino a su mente la idea de tener una cita en algún sitio, pero nuevamente no pudo recordar dónde. El viento era frío ahora y tiraba de su sombrero; y las nubes que cubrían el pavimento de sombras eran aún más oscuras.

Miró a su alrededor y se fijó en una casa antigua que tenía delante un ciervo de hierro, la residencia del profesor Tommy Williams, quien, en su soltería, vivía solo en la vieja mansión familiar.

Con la extraña sensación de que todavía quedaban más cosas por sucederle, experimentó la necesidad de protección y compañía, por lo que aceleró el paso y giró sendero arriba. La mansión parecía querer ahuyentarlo cuando la miró detenidamente, las dos ventanas con gabletes se parecían de forma extraordinaria a un juez decrepito; vaciló por un instante y a punto estuvo de dar media vuelta y alejarse. Y entonces vino a su mente la imagen de Tommy, la única persona en este mundo con la que podía conversar, el único con quien entabló amistad siendo niño. Pero si él había terminado su infancia siendo tímido y reservado, Tommy había seguido otros derroteros; porque Tommy Williams era la alegría de sus estudiantes y de todo el campus, había viajado mucho a países remotos, y se trajo consigo un cierto aire cosmopolita, un jovial desdén hacia lo convencional y las ideas anticuadas. A Tommy Williams le gustaba abordar temas exóticos y bordear lo prohibido, beber té especiales con nombres extranjeros y leer libros cabalísticos; adivinaba el porvenir con una bola de cristal en espectáculos benéficos y disfrutaba después, echando una mirada furtiva y soslayada a sus clientes, como si, externamente, sólo se tratara de pasar un rato divertido, pero en el fondo... ¿no sería cierto? Con Tommy todo era risible, frívolo y trivial; con el estilo de Londres y el ingenio parisense, era una persona demasiado avispada como para tener enemigos, o demasiados amigos.

No, no tenía por qué detenerse en el umbral de la casa de Tommy. Hablar con él le vendría bien. Tommy le animaría y le diría que el vejistorio de Jebson era, a lo sumo, un viejo culo pomposo. Subió los peldaños y dejó caer la aldaba.

Algunas hojas muertas giraban en el porche, en una danza desoladora, produciendo una música seca y crepitante; y, entonces, vanamente, salieron disparadas por el césped como si trataran de subirse a la sombra de una nube y salvarse así de la hoguera final. Hojas inquietas, que huían de la inevitable descomposición, incapaces de hacer frente a los brotes rivales que nacían tiernos, completamente ignorantes de que aquellas cosas que volaban alguna vez fueron verdes y brillantes; y flirtearon tímidamente con el viento. Este fue el pensamiento de Lowry y no le agradó, porque le hizo sentirse viejo y decadente, desvalido ante lo nuevo y lo verde, que carecía de defectos, lo que era demasiado joven como para tener cualidad alguna que no fuese la inocencia: ¿en cuántos días otro ocuparía su puesto de trabajo? Alguien joven, que quizá fuese a impartir las enseñanzas de los propios libros de Lowry.

Dio un nuevo aldabonazo, con más ansiedad que antes, por recibir el calor del hogar y de la amistad; le empezaban a castañetear los dientes y tenía una sensación de vacío donde se suponía que debía de estar su estómago. ¿Malaria? -se preguntó-. Sí, acababa de estar con Chalmers y así era como éste había llamado a esos escalofríos. No hacía ni dos horas que había visto al microscopio su sangre extendida, con una tintura básica, para que se pudiesen observar esos pequeños corpúsculos dentro de los glóbulos rojos. La malaria no era peligrosa, simplemente era molesta. Sí, esto era un acceso de malaria, y en breve remitiría.

Aldabeó otra vez y sintió el sonido retumbar en las salas de altos techos del interior; deseó alejarse de allí, pero no se resignaba a marcharse, cuando su amigo Tommy podía estar a punto de acudir a la puerta. Se estremeció y se subió el cuello. Muy pronto comenzaría a arder, como una hoja, pensó.

Echó un vistazo a través de las ventanas que flanqueaban la puerta.

Una vez más le vino la idea de que tenía un compromiso con alguien, y reflexionó durante un instante, tratando de extraer aquel dato renuente de algún inalcanzable escondrijo de su mente.

No, no seguiría allí de pie. Las casas nunca estaban cerradas con llave en aquella ciudad, y Tommy, aunque no estuviera, lo recibiría efusivamente a su regreso; empujó la puerta y la cerró tras él.

Había un resplandor mortecino en el recibidor; mortecino por el transcurrir de los años y por olvidados sucesos, con crespones muy deshilachados y ramos nupciales reducidos a polvo; con resonancias de gritos infantiles y del toser de ancianos. De alguna parte llegó un ruido huidizo, como si una rata astuta hubiese sido incordiada mientras roía algún tomo erudito. A la derecha, una puerta doble daba paso portentosamente al salón; Lowry, sintiendo allí el hogar, se aproximó sombrero en mano.

Se quedó atónito.

Tommy Willians yacía sobre el sofá, con un brazo colgando, un pie más alto que otro y ambos más arriba que su cabeza; tenía la camisa desabrochada, y no llevaba ni chaqueta ni corbata. Por un momento, Lowry pensó que estaba muerto.

Y entonces Tommy bostezó y comenzó a estirarse; pero en mitad de la acción se percató de su visitante, se puso de pie adormilado y lo miró mientras parpadeaba y se restregaba los ojos.

-Caramba, hombre -dijo Tommy-, espera que me espabile un poco. Estaba profundamente dormido.

-Lo siento -dijo Lowry, sintiendo que estaba de más-. Pensé que estabas fuera y que podía esperar a que volvieras.

-¡Por supuesto! -dijo Tommy-. Ya he dormido demasiado de todas formas. ¿Qué hora es?

Lowry echó un vistazo al gran reloj del recibidor: las dos y cinco.

-Bien, esto te demuestra lo que la juerga continua y la falta de descanso harán con un tipo. Venga, dame el sombrero y caliéntate al fuego. Señor, nunca he visto a nadie tan lívido. ¿Tanto frío hace fuera?

-Parece que fuera un pequeño resfriado -dijo Lowry-, malaria, tengo entendido. Se sintió un poco mejor, parecía que Tommy se alegraba de verle, y cruzó la habitación hasta la chimenea, donde había dos leños ardiendo. Tommy fue junto a él, los atizó, y se formó una grata calidez; y luego se mantuvo ocupado en el mueble bar, preparando algo de beber.

-Te tienes que cuidar más, viejo amigo -dijo Tommy-. Sólo tenemos un profesor Lowry en Atworthy y no podemos correr el riesgo de perderlo. Venga, tómame esto y te sentirás mejor.

Lowry cogió la bebida, pero no la probó inmediatamente; miraba alrededor de la estancia, las antiguas vitrinas y las figuritas chinas que había en la repisa de la esquina. Cuando eran pequeños, ni a él ni a Tommy les permitían entrar en esa habitación; a no ser que hubiese visita y fuesen a presentarles; y entonces, con la cara lavada y sintiéndose culpables de alguna fechoría, les dejaban sentarse rígidamente en unas sillas todavía más rígidas y se sumían gradualmente en la estupidez.

¡Qué diferente era este Tommy de aquel otro! Conservaba aún la misma sonrisa simpática y el mismo pelo negro y brillante; seguía yendo ligeramente encorvado, de una forma artísticamente desenfadada; el mismo semblante, la misma graciosa esbeltez y los ágiles movimientos de bailarín con los que se desenvolvía. Tommy, pensó Lowry con súbita claridad, era apuesto. Puede que fuera eso lo que Lowry veía en él, algo que complementaba su propia y tosca robustez. Lowry bebió un trago y sintió como el calor de la bebida le recorría placenteramente para reunirse con la tibieza de las llamas crepitantes.

Tommy estaba sentado ahora en el borde del sofá; siempre se sentaba como si fuese a levantarse en cualquier momento. Estaba encendiendo un cigarrillo, pero se quedó tanto tiempo contemplando a Lowry, que se quemó los dedos con la cerilla; la tiró y se metió los dedos en la boca.

En seguida se olvidó del dolor y consiguió que la llama prendiese.

-Algo va mal, Jim.

Lowry lo miró y bebió de nuevo: Se trata de Jebson. Descubrió un artículo mío en el «Newspaper

Weekly», y el asunto le ha sacado de sus casillas.

-Se recuperará -dijo Tommy con una sonora carcajada.

-El se recuperará -dijo Lowry-, pero ahora mismo me estaba preguntando si yo lo haré.

-¿Cómo es eso?

-Al finalizar el período académico estaré despedido.

-¿Qué... qué?, ¡el viejo estúpido! Jim, no puede ser que quisiera decir eso. Se necesitaría una orden del Consejo.

-Controla el Consejo y lo puede hacer. Me tengo que buscar otro trabajo.

-Jim, tienes que aclarar esto. Nunca has sido del agrado de Jebson, es cierto, y ha murmurado muchas cosas de ti a tus espaldas; has sido demasiado lento, Jim. Pero no puede dejar que te marches de esta forma. ¡Todo el mundo se pondrá furioso!

Estuvieron discutiendo el asunto durante un rato, y luego, por último, una especie de desesperanza empezó a embargar el tono; las frases comenzaron a ser inconexas para finalmente hacerse un silencio que sólo era roto por los chasquidos de la leña.

Tommy caminaba alrededor de la habitación con irresistible gracia, se detuvo en la rinconera para coger un elefante chino, que empezó a arrojar al aire con un movimiento rápido y nervioso, se volvió hacia Lowry; había una extraña mueca forzada en sus labios, pero desolación en su mirada.

-Es como si ese artículo tuyo -dijo- hubiese comenzado a atraparte.

-Eso es bastante obvio.

-No, no. Nunca me acuses de ser obvio, Jim. Me refería a que el artículo es sobre demonios y diablos, y tiende a mofarse de que éstos puedan tener algún poder...

-Tommy -dijo Lowry con una de sus sonrisas esporádicas-; te tendría que poner a enseñar demonología. Casi crees en ello.

-Cuando fallan las doctrinas, uno debe buscar en otra parte -dijo Tommy bromeando... ¿estaba bromeando?-. Dices que los dioses del destino son falsos, escribiste que es necio pretender la ayuda de otros espíritus, dejando a un lado al ser supremo; que los diablos y demonios fueron invención de algún maquiavélico hechicero, y que sólo se podría conducir a los hombres como a borregos, mediante el temor a cosas que no pudiesen ver; dices que la gente, en su ceguera, creyó ver un mundo maligno, donde sólo había bondad, y así construir una estructura horripilante para poblar sus pesadillas.

-¿Y qué si lo hice? -dijo Lowry-. Es cierto. El mundo no es malvado; el aire, la tierra y el agua no están poblados de seres celosos, deseosos de minar la felicidad del hombre.

Tommy colocó el elefante en su sitio y se sentó en el borde del sofá; estaba visiblemente agitado, y miraba hacia abajo, aparentemente inspeccionando sus inmaculadas uñas: Nadie lo sabe, Jim.

Lowry soltó una risa breve y dijo: Ahora me dirás que eres tan ducho en estos temas que verdaderamente das crédito a la posibilidad de que existan.

-Jim, para ti este mundo ha sido siempre un lugar benigno; y eso es una especie de reacción refleja, por la que te gustaría olvidar todas las cosas espantosas que el mundo te ha causado. Deberías ser más como yo, Jim. «Sé» que este mundo es un lugar caprichoso y maligno, y que las personas son básicamente malvadas; y así, sabiendo esto, siempre me complace encontrar algún átomo de bondad, mientras que la contemplación de algo malvado simplemente me aburre. Tú, por el contrario, marchas infatigablemente hacia la pesadumbre y el desengaño; para ti todas las cosas son buenas, y cuando te topas con algo ruin, turbio y vil, te rebelas... Y hoy me vienes temblando de fiebre, atormentado por una jugada traicionera de alguien al que, en un principio, consideraste benévolo. Ese punto de vista tuyo, Jim, nunca te va a reportar otra cosa que miseria y lágrimas. Existan o no los fantasmas, el hombre está más a salvo cuando sabe que en realidad todo es maléfico; y que el aire, la tierra y el agua están plagados de fantásticos diablos y demonios que están al acecho para burlarse y empeorar la ya lamentable condición humana.

-Así que -dijo Lowry- me tengo que doblegar ante la superstición y heredar todos los pensamientos tenebrosos de mis ignorantes antepasados. Al diablo con tus diablos, Tommy Williams, no serán la causa

de nada de lo que me suceda.

-Pero, según parece -dijo Tommy de forma pausada, incluso siniestra-, ya han hecho que te suceda algo.

-¿De dónde deduces eso?

-Según parece -dijo Tommy-, los diablos y demonios han ganado el primer asalto.

-Bah -dijo Lowry, pero un escalofrío recorrió su ser.

-Afirmas que no existen, en un artículo del «Newspaper Weekly». Ese mismo artículo provoca la ira de un loco vengativo, y, por tanto, da lugar a tu despido programado de Atworthy.

-Tonterías -dijo Lowry, no tan enérgicamente.

-Sé bueno y di que el mundo es un lugar maléfico, lleno de espíritus malvados. Sé bueno y olvida tus caballerosos modales. Y ahora sé bueno, vete a casa, métete algo de quinina y descansa.

-Y eso que he venido -dijo Lowry sonriendo- en busca de consuelo.

-Consolar es mentir -dijo Tommy-. Te he proporcionado algo mejor que eso.

-¿Diablos y demonios?

-Sabiduría.

Lowry caminó lentamente hacia el recibidor, la fiebre le impedía hablar con claridad. Maldita sea, estaba seguro de tener una cita en algún sitio esa tarde. Casi podía recordar a qué hora, a las tres menos cuarto, y ésa era la hora que el viejo reloj estaba dando. Se precipitó hacia la percha, donde, sobre una nutrida colección de abrigos y bastones, estaba su sombrero.

CAPITULO 2

Una forma blanca se movía lentamente hacia él, sobre unos pies silenciosos; y un pálido rostro fulguraba de forma mortecina sobre un reluciente cuchillo. Más y más cerca...»

Al final del crepúsculo, se hizo la oscuridad; salía luz de las ventanas que había a todo lo largo de la calle, y se podía ver gente a través de ellas, personas con palabras y comida en la boca; se había levantado un viento a ras de suelo que trajo una gran salpicadura de blanco escabullándose de la negrura..., un periódico. En lo alto, una fría luna se asomaba esporádicamente a través de los claros que dejaban las nubes, volando inquietas; de vez en cuando, una estrella parpadeaba fugazmente más allá de las desgarradas masas de azul, negro y plata.

¿Dónde estaba?

El cartel de la calle decía Avenida Elm y Locust, lo que quería decir que tan sólo se encontraba a media manzana de la casa de Tommy y, más o menos, a una de la suya. Miró preocupado su reloj en el círculo iluminado que había en mitad de la calle y vio que eran las siete menos cuarto.

¡Las siete menos cuarto!

Un escalofrío se apoderó de él y le castañetearon brevemente los dientes hasta que relajó la mandíbula. Buscó a tientas su sombrero, pero había desaparecido; temió haberlo perdido y lo buscó ansiosamente por todas partes, para ver si estaba en algún lugar próximo.

Un grupo de estudiantes paseaba por allí; una chica era halagada por las chanzas de los tres chicos que la rodeaban; uno de ellos inclinó la cabeza respetuosamente hacia Lowry.

Las tres menos cuarto.

Las siete menos cuarto.

¡Cuatro horas!

¿Dónde había estado?

En casa de Tommy. Eso era, en casa de Tommy. Pero se había marchado a las tres menos cuarto. Y ahora eran las siete menos cuarto.

¡Cuatro horas!

Nunca en su vida había estado ebrio, pero sabía que cuando uno bebe de forma indiscriminada, normalmente después tiene la cabeza embotada y el estómago irritado; pero por lo que podía recordar, sólo había tomado una copa en casa de Tommy. Y, ciertamente, un trago no era suficiente para dejarle la mente en blanco.

Era horrible; haber perdido cuatro horas, pero precisamente porque era horrible, no lograba entenderlo.

¿Dónde había estado?

¿Habría estado viendo a alguien?

¿Le abordaría alguien mañana diciéndole: «Qué buena charla dio usted en el Club, profesor Lowry»?

No era la malaria. La malaria, en su estado original, podría dejar a un hombre inconsciente; pero incluso en el delirio, uno sabría dónde estaba y, ciertamente, no tenía síntomas de haber estado delirando. No, no había estado ebrio y no era la malaria.

Comenzó a caminar rápidamente hacia su casa. Tenía un dolor que le corroía por dentro y que no podía definir; y la lamentable sensación de semirrecuerdo, a la que acompañan palabras que se niegan a llegar completamente a la consciencia, quedándose a mitad de camino; si lo intentara con un poco más de insistencia, sabría dónde había estado.

La noche le resultaba siniestra, y hacía todo lo posible para continuar sensatamente; cada árbol y cada arbusto era una sombra acechante que, en cualquier momento, podría materializarse en... en... Por el amor de Dios, ¿qué le estaba pasando? ¿Cómo podía ser que tuviese miedo de la oscuridad?

Se adentró impacientemente en el sendero de su casa. Por lo que podía ver, la vieja mansión dormía, reteniendo densas sombras en su entorno, como recuerdos de una juventud perdida.

Se detuvo un instante al pie de las escaleras, un poco extrañado al no ver luz en la fachada de la casa; pero tal vez Mary se hubiese preocupado al ver que no llegaba y hubiese ido a la oficina... No, habría telefonado. Una clamorosa alarma comenzó a sonar en su interior.

Un grito desgarrador atravesó las tinieblas.

-¡Jim! ¿Oh Dios mío! ¡Jim!

Salvó los peldaños de un salto y casi echó la puerta abajo; vaciló por un momento, indeciso, en el recibidor; buscó frenéticamente por todas partes, esforzándose por captar nuevamente el sonido de la voz de Mary.

En esa casa no había otra cosa que silencio y recuerdos.

Saltó hacia la amplia escalera que conducía a la segunda planta, encendiendo las luces con dedos anhelantes al pasar. Echó un vistazo en todas las habitaciones del segundo piso y subió por las estrechas escaleras cubiertas de suciedad que llevaban al ático. Aquel era un sitio lúgubre, el viento gemía alrededor de la antigua torre y los baúles acechaban como bestias negras en la penumbra; encendió una cerilla y, para su tranquilidad, aparecieron las viejas formas familiares. ¡No estaba allí!

Descendió, temblando, para inspeccionar otra vez las habitaciones del segundo piso. Comenzaba a notar el estómago revuelto y la sangre era como un par de martillos que golpeaban sus sienes desde dentro. Había encendido todas las luces a su paso, y la misma luz se le antojaba cruel, cruel y hostil, porque revelaba una casa vacía.

¿Podría haberse ido a la casa de al lado?

¿Habría alguna cena y ella tuvo que asistir sin él? Sí, eso debió ser. Una nota en alguna parte, probablemente junto a su silla, diciéndole que se apresurara, se vistiese y dejara de contrariarles.

De nuevo en el primer piso, buscó ansiosamente: junto a su silla, en la mesa del comedor, en la cocina, en el escritorio de su estudio, sobre la repisa... No, no había ninguna nota.

Se dejó caer en el sofá del estudio, y sumió su rostro entre las manos; intentó serenarse y dejar de temblar, trató de reprimir la náusea, que era, lo sabía, a causa del terror. ¿Por qué toleraba llegar a estar tan alterado? Ella no debía de haber ido muy lejos, y si no había dejado ninguna nota, era porque se proponía volver rápidamente.

Nada podía suceder en aquella ciudad perezosa y monótona.

Su ausencia le hizo sentir vividamente lo que sería la vida sin ella. Había sido un animal al dejarla para

irse a tierras lejanas, abandonarla en aquel lugar solitario y vetusto, a la cuestionable gentileza de sus amigos de la facultad.

La vida sin ella sería una interminable sucesión de jornadas carentes de propósito, vividas con una profunda desesperación.

Estuvo allí sentado durante algunos minutos, intentando calmarse, convencerse de que todo iba bien y, al cabo de un rato, logró alcanzar un estado mental que, si bien no era cómodo, le permitía al menos dejar de temblar.

La puerta de la calle se cerró con fuerza y unas rápidas pisadas sonaron en el recibidor. Lowry se puso de pie de un brinco y se precipitó hacia la entrada.

Ella llevaba puesto su nuevo cuello de piel.

-¡Mary!

Ella lo miró con sorpresa. Tanta como él había manifestado al llamarla.

-¡Aquí estás, Jim Lowry! ¡Vagabundo! ¿Dónde has estado todo este rato?

Pero él no la escuchaba; sus brazos casi la estrujaban y ella reía feliz, aunque le estuviese estropeando el peinado y arrugándole el niveo cuello de su vestido.

-Eres preciosa -dijo Lowry-. Adorable, maravillosa y encantadora; y si no te tuviese, iría derecho a tirarme por un acantilado.

-Más te vale no hacerlo.

-Eres la única mujer en el mundo. ¡Eres dulce, leal y buena!

El rostro de Mary estaba radiante y su mirada, cuando lo apartó un poco para verlo, era tierna: Eres un oso viejo, Jim. Ahora explícate. ¿Dónde has estado?

-Pues... -se quedó mudo, sintiéndose muy incómodo-. No lo sé, Mary.

-Deja que te huela el aliento.

-No he estado borracho.

-¡Pero si estás tiritando, Jim! ¿Has cogido la malaria otra vez? Y estás paseando por ahí, cuando deberías estar en la cama...

-No. Estoy bien. De veras, estoy bien, Mary. ¿Tú dónde estabas?

-Fuera, buscándote.

-Lamento haberte preocupado.

Ella se encogió de hombros: Haz que me preocupe un poco de cuando en cuando y sabré lo mucho que te adoro. Pero estamos aquí de chachara y tú no has comido nada. Te prepararé algo inmediatamente.

-No, yo lo haré. Mira, simplemente siéntate junto a la chimenea, la encenderé y...

-Tonterías.

-Tú hazlo como te digo. Te sientas ahí donde pueda verte, ponte como más guapa estés y yo iré a por algo de comer. No me discutas ahora.

Ella sonrió cuando la obligó a sentarse y soltó una carcajada cuando él dejó caer los bastones que había cogido del cesto: Viejo oso patoso.

Encendió la chimenea y luego, extendiendo su brazo en señal de protesta al hacer ella ademán de levantarse, atravesó corriendo el comedor en dirección a la cocina, donde se preparó precipitadamente un sandwich con carne asada del día anterior y se sirvió un vaso de leche. Tenía tanto miedo de que ella se hubiese ido antes de su vuelta que resistió a la tentación de hacer café.

En un momento estuvo de regreso en el comedor, suspirando aliviado al ver que ella aún estaba allí. Se sentó en el sofá de enfrente y sostuvo el sandwich ante su cara durante todo un minuto, simplemente contemplándola.

-Anda, come -dijo Mary-. No sirvo para dejar que cenes comida fría.

-¡No, no! No permitiré que hagas nada. Simplemente estáte ahí sentada y sigue tan bonita. Comió lentamente, se fue relajando poco a poco, hasta que estuvo medio tendido en el sofá. Y entonces un pensamiento le hizo incorporarse de nuevo: Cuando llegué, oí gritos.

-¿Gritos?

-Exacto. Parecía como si me estuvieras llamando.

-Debió de ser la radio de los Allison. Esos niños ponen los programas más horribles y ni siquiera se les ocurre ponerlos bajo. Toda la familia debe de estar sorda.

-Sí, supongo que tienes razón. Pero me produjo un miedo espantoso. Se serenó de nuevo, y simplemente la observó.

Sus ojos eran muy provocativos, oscuros y lánguidos; cuando la miró detenidamente, pudo sentir pequeños hormigueos de placer recorriendo su ser. ¡Qué necio había sido al alejarse de ella! Era tan joven y tan adorable... Se preguntó qué podía haber visto en un viejo estúpido como él. Aunque, claro, sólo se llevaban unos diez años, y él había vivido tanto tiempo al aire libre que no aparentaba mucho más de treinta y uno o treinta y dos. Aún así, cuando se sentaba como en ese momento y estudiaba su dulce rostro y las delicadas curvas de sus cabellos oscuros y sintiendo la caricia de su mirada, no acababa de entender por qué se había enamorado de él; Mary, que podría haber elegido entre cincuenta hombres, a quien incluso Tommy Williams había cortejado... ¿Qué vio ella en un ser corpulento, desgarrado y granítico como era él? Por un instante se sintió aterrorizado al pensar que, algún día, ella podría llegar a cansarse de sus silencios, de su usual falta de efusividad, de sus largas ausencias...

-Mary...

-¿Sí, Jim?

-Mary, ¿me quieres, aunque sólo sea un poquito?

-Bueno, bastante más que un poquito, Jim Lowry.

-Mary...

-¿Sí?

-Tommy te pidió una vez que te casaras con él, ¿no es así?

Un gesto de disgusto ensombreció el semblante de ella: Un hombre que aún teniendo una aventura con una estudiante, me pidió que me casara con él... Jim, no te pongas celoso otra vez; pensaba que eso ya lo habíamos superado hace mucho tiempo.

-Pero, sin embargo, te casaste conmigo.

-Tú eres fuerte, vigoroso y todo lo que a una mujer le gusta de un hombre, Jim. A las mujeres les parecen atractivos los hombres, sólo cuando los encuentran fuertes; algo anda mal con una mujer, Jim, cuando se enamora de un hombre porque sea guapo.

-Gracias, Mary.

-Y ahora, señor Lowry, creo que lo mejor será que te vayas a la cama antes de que te caigas de sueño en ese sofá.

-Sólo un ratito más.

-¡No! -Se levantó y tiró de él hasta ponerlo de pie-. Estás casi ardiendo y al mismo tiempo medio congelado; cuando tienes estos accesos lo que más te conviene es la cama. No puedo entender qué satisfacción pueda alguien encontrar vagando por algún territorio remoto, simplemente para tostarse al sol y dejar que le pique algún bicho. A la cama, señor Lowry.

Dejó que ella le obligara a subir las escaleras y a meterse en la habitación para luego darla un prolongado beso y un abrazo lo suficientemente fuerte como para romperle alguna costilla, antes de dejarla volver al salón.

Se sentía muy a gusto mientras se desvestía y a punto estuvo de tararear algo mientras colgaba el traje, cuando descubrió una gran rasgadura en el cuello. La inspeccionó más detenidamente. Sí, había otros desgarrones y la ropa estaba toda arrugada y, en algunas partes, rígida, como si fuese por el barro. ¡Pues vaya por Dios! ¡El traje estaba destrozado! Miró a ver si tendría arreglo y, a continuación, disgustado por haber echado a perder una buena tela de paño inglés, arrebujo la chaqueta y el pantalón en el fondo de un cesto para ropa.

Según se ponía el pijama, recapacitaba sobre lo buena persona que era Mary. No le había llamado la atención, y eso que él debía haber parecido un completo desastre.

Se lavó la cara y las manos abstraídamente, reflexionando sobre cómo se podría haber roto el traje. Se

secó con una gran toalla y estaba a punto de ponerse el batín, cuando se quedó atónito al ver una marca sobre su antebrazo.

No era demasiado grande y no conllevaba dolor; interesado, aproximó su brazo a la luz. ¡Aquello era de color escarlata! De un escarlata no muy diferente al de un tatuaje. Y qué forma más extraña tenía, parecían las patas de un perro pequeño; una, dos, tres, cuatro... cuatro patas diminutas, como si un animal hubiese andado por allí. Pero hay pocos perros que fuesen tan pequeños. Más bien eran de un conejo.

-Extraño -dijo para sí.

Se fue a su habitación y encendió la luz. Extraño. Abrió la cama y ahuecó la almohada. Una marca como la huella de un conejo. ¿Cómo se podía haber desgarrado el traje y haberlo manchado de barro? ¿Qué era lo que le había dejado su huella en el antebrazo? Le sobrevino un escalofrío y le resultó difícil evitar que los músculos de la mandíbula se contrajeran.

La fría luna, oculta por segundos tras las vertiginosas nubes, proyectaba la silueta de la ventana a los pies de la cama. Hizo a un lado las mantas, molesto por haberse olvidado de abrir la ventana, y subió la hoja. El viento le arrojó una banda gélida y volvió a meterse precipitadamente entre las mantas.

Bueno, mañana sería otro día y, cuando saliese el sol, se sentiría mejor; aunque la malaria nunca le había producido esa sensación de malestar en el estómago.

La luz de la luna era azulada, el viento encontró una rendija bajo la puerta y comenzó a gemir con una desconsoladora endecha; el sonido no era constante, sino que pasaba paulatinamente de un murmullo a un rotundo gemido, para convertirse luego en un chillido y, finalmente, decaer nuevamente hasta quedar en un suspiro. Y Lowry, allí acostado, pensó que llevaba consigo una voz; se dio la vuelta, trató de taparse el oído derecho e incrustó el izquierdo en la almohada.

El viento sollozaba y, a cada pocos segundos, gemía un «¿dónde?», para luego gruñir y refunfuñar; y levantarse de nuevo para ocultarse en su lado de la cama y lloriquear «¿por qué?».

Jim Lowry se giró otra vez y tiró de las mantas para ceñirlas sobre su oído.

«¿Dónde?».

Un quejido lastimero.

«¿Por qué?».

La ventana batió furiosamente como si algo estuviera intentando entrar; con un hormigueo en la piel, Lowry se incorporó sobre su hombro y contempló el haz de luz. Pero la luminosidad de la fría luna sólo se veía enturbiada por las precipitadas nubes. La ventana golpeó una vez más, y, de nuevo, sólo estaba la luz lunar.

-Soy un estúpido -dijo Lowry, tirando de la ropa otra vez.

Un suspiro.

«¿Por qué?».

Un quejido lastimero..

«¿Dónde?».

La cortina comenzó a golpear contra el cristal y Lowry se levantó para subirla del todo de forma que no se pudiera mover. Pero la cuerda y el tirador seguían dando contra la hoja y tuvo que encontrar una pinza para afianzarlos.

-Soy un estúpido -dijo Lowry.

Él, que había escuchado tambores ocultos en la negrura. Que había penetrado en lúgubres cuevas donde sintió tarántulas y serpientes recorriéndolo o mordiendo sus botas; en cierta ocasión se despertó y vio una víbora de agua saliendo de debajo de su manta; él, que se había mofado de maldiciones; otra vez le arrebató un machete a un nativo borracho y enfurecido...

Un suspiro.

«¿Por qué?».

Un quejido lastimero.

«¿Dónde?».

Los sádicos dedos del terror le penetraron, encontraron el corazón e imitaron su ritmo para hacer que la sangre fluyese en su garganta. Tan sólo el gemido del viento bajo la puerta, la protesta de las cortinas, el batir del marco y el azulado reflejo de la fría luna sobre la cama.

La puerta se abrió lentamente y la cortina ondeó horizontalmente cuando el viento, a través de la ventana, irrumpió en la habitación. La puerta blanca se cerró de un portazo y la pared tembló. Una forma blanca se movía lentamente hacia él, sobre unos pies silenciosos; y un pálido rostro fulguraba de forma mortecina sobre un reluciente cuchillo. Más y más cerca...

Lowry se abalanzó salvajemente y le arrancó el cuchillo de un golpe.

Pero era Mary.

Estaba allí de pie, contemplándole lastimosamente sobresaltada, su mano estaba vacía, pero todavía levantada: ¡Jim!

El estaba temblando aterrorizado ante la idea de haberla lastimado; se dejó caer débilmente en el borde de la cama; así y todo, también experimentó cierto alivio. Cuando encendió la luz, había un vaso roto sobre la alfombra y un charco blanco de leche caliente, que humeaba con el aire frío. Ella tenía una mano a la espalda y él, con una súbita sospecha, le tiró de ella hacia delante. Había golpeado el vaso tan violentamente que la había cortado.

Le llevó su mano menuda a la luz y extrajo ansiosamente un fragmento de cristal de la herida, luego aplicó sus labios para hacer que sangrara más copiosamente. Abrió un cajón, cogió un botiquín de primeros auxilios de viaje y extrajo algunos antisépticos y vendas. Ella parecía sentirse más inquieta por él que por su mano.

-Mary.

-¿Sí?

La llevó al borde de la cama y echó parte de la colcha sobre sus hombros.

-Mary, me ha sucedido algo terrible. No te lo he contado. Hay dos cosas que no te he dicho. Jebson descubrió ese artículo del «Newspaper Weekly» y al finalizar el período lectivo estaré despedido. Nos... nos tendremos que marchar de Atworthy.

-¿Eso es todo, Jim? Sabes que no me importa este lugar; a donde quiera que vayas, yo iré contigo -estaba a punto de echarse a reír-. Me parece que vas a tener que arrastrarme contigo por muy intrincada que sea la jungla, Jim.

-Sí, puedes venir conmigo, Mary. He sido un necio por no habértelo permitido en el pasado. Te has debido sentir terriblemente sola aquí.

-Siempre me siento sola sin ti, Jim.

La besó, y se sintió de la forma en que se sentiría un adorador al tocar el pie de su diosa.

-¿Y la otra cosa, Jim?

-No... no lo sé, Mary. No tengo ni idea de dónde he estado entre las tres menos cuarto y las siete menos cuarto. Cuatro horas se han esfumado de mi vida. No he estado ebrio. No he estado delirando. Cuatro horas, Mary.

-A lo mejor te caíste y te golpeaste con algo.

-Pero no tengo ninguna magulladura.

-Tal vez no sabes todo lo que hay que saber sobre la malaria.

-Si bloquea la mente, entonces sería tan grave que el enfermo no se encontraría tan bien como yo me encuentro ahora. No, Mary. Es... es otra cosa. Tommy y yo estuvimos hablando sobre demonios y diablos... y me dijo que no debería haberlos atacado en ese artículo. Dijo que quizá estuvieran tratando de... bien... Este mundo es un buen lugar, Mary. No está repleto de cosas malignas. El hombre no tiene ningún motivo para andar en la sombra del temor a causa de los fantasmas.

-Por supuesto que no lo tiene. Mañana averiguarás lo que pasó. Puede que sea algo completamente inocente.

-¿Tú crees, Mary?

-Indudablemente. Ahora échate y duerme un poco.

-Pero...

-¿Sí, Jim?

-Siento... bueno... siento como si me hubiese ocurrido algo terrible y que... algo más horrible aún estuviese a punto de sucederme. No sé de qué se trata. ¡Si fuese capaz de averiguarlo!

-Acuéstate y duerme, Jim.

-No, no puedo dormir. Voy a salir a pasear, tal vez el ejercicio me despeje la cabeza y pueda recordar...

-¡Pero estás enfermo!

-No puedo seguir aquí echado por más tiempo. ¡No puedo estar quieto!

Bajó la ventana y comenzó a vestirse.

Ella lo miraba resignada mientras él se ponía la chaqueta.

-No estarás fuera mucho rato, ¿no?

-Sólo una media hora o algo así. Siento que si no paseo voy a estallar. Pero no te inquietes por mi culpa. Vete a dormir.

-Es casi medianoche.

-Siento... -se quedó callado y comenzó de nuevo en un tono diferente-. Esta tarde creía tener una cita en algún sitio, a las tres menos cuarto. Tal vez estuve allí... No. No sé dónde fui ni lo que hice. No. ¡No lo sé! Mary.

-¿Sí, Jim?

-¿Te encuentras bien?

-Por supuesto que estoy bien.

Se abotonó el abrigo y se inclinó para besarla: Estaré de vuelta en media hora. Creo que... bueno, simplemente tengo que dar un paseo, eso es todo. Buenas noches.

-Buenas noches, Jim.

CAPITULO 3

«Bueno, James Lowry, eso es haber hecho una estupidez. Perder el sombrero. Ya eres lo suficientemente mayor como para tener más juicio y tienes la cabeza lo suficientemente grande como para que sujete un sombrero. Pero eso no es todo lo que has perdido, James Lowry».

La noche era clara y despejada y, al detenerse un momento en lo alto de las escaleras, el olor a tierra fresca y a materia en crecimiento que le llegaba reavivó sus recuerdos. Era esa clase de noche que hace que un niño quiera correr y correr para siempre a través del campo, para sentir la tierra volar bajo sus pies, impulsado por la mera satisfacción de sentirse vivo. En una noche así, Tommy y él fueron a visitar una cueva situada a una milla de distancia que se suponía estaba habitada por fantasmas; y llegaron a asustarse hasta perder los nervios al avistar una sombra blanca, que al final resultó ser un caballo viejo y solitario. Aquel recuerdo reanimó a Lowry: ¡la fantástica imaginación de Tommy y su fácil locuacidad! Y cómo le gustaba hacerle diabluras a su amigo, más torpe y práctico, que precisamente hoy había sido víctima de algún hechizo.

Brujas, espectros y cuentos de viejas; diablos, demonios y magia negra. ¡Cómo le gustaba a Tommy, que no creía en nada, fingir tener creencias que conmocionaban a la gente! Cómo le gustaba prácticamente derribar a los estudiantes de sus asientos al inclinarse sobre los pupitres y decirles con voz misteriosa: «Para aparentar cultura, a esto lo llamamos psicología, pero, en realidad, tú sabes y yo sé que estamos estudiando los oscuros duendes y los siniestros profanadores de tumbas que yacen, con aparente sopor, fuera del alcance de nuestras consciencias.» ¡Cómo le gustaba aquella sonrisa! Desde luego, lo que decía era cierto, completamente cierto, pero Tommy tenía que elegir esa forma de exponerlo; era un mundo tan ordinario, tan monótono; ¿por qué no animarlo un poco espoleando la imaginación de la gente? Es

cierto, querido Tommy, ¿por qué no?

Tenía frío en la coronilla y, al palparse, descubrió que se había olvidado del sombrero, entonces recordó que lo había perdido. Como su vestuario era en su mayor parte tropical tenía solamente un sombrero de fieltro, y uno no se paseaba por Atworthy con un casco para el sol, ¡no por Atworthy! El haberlo perdido le disgustó. ¡Y su mejor traje de paño inglés echado a perder! Por otra parte el sombrero llevaba su nombre en la cinta, era de buena calidad, y algún estudiante lo encontraría allí donde lo hubiese llevado el viento y lo entregaría en la oficina del decano... Aún así algo iba mal; había un significado más profundo en el hecho de haber extraviado el sombrero, algo que realmente simbolizaba las cuatro horas perdidas. Una parte de él había desaparecido; cuatro horas le habían sido arrebatadas despiadadamente de su vida y, con ellas, su sombrero de fieltro. Se le antojó que si pudiese recuperar el sombrero también encontraría esas cuatro horas. Era verdaderamente extraño que algo le desconcertase tanto, a él, un hombre para el que pocas cosas había desconcertantes.

Cuatro horas desaparecidas.

Su sombrero de fieltro desaparecido.

Tuvo el inquietante presentimiento de que debería ponerse en camino hacia la casa de Tommy e ir viendo si el sombrero estaba debajo de algún arbusto; era una pena dejar un sombrero bueno en la hierba, podría llover.

Sí, sin duda alguna, más le valía encontrar ese sombrero.

Comenzó a descender los escalones que llevaban al sendero, mirando de reojo las rápidas y lanosas nubes que había entre la tierra y la luna. Había bajado aquellos escalones miles de veces, pero, cuando llegó al final, casi se rompió la pierna con un peldaño adicional.

Miró hacia abajo y se hizo atrás apresuradamente para descubrir de repente que no podía retroceder. ¡Casi se cayó al vacío! No había escalera detrás de él, desde donde él estaba sólo la había de bajada. Miró con ojos vidriosos el tramo de escalera, tratando de abarcar con la vista aquella extensión de peldaños. En algunos puntos desaparecía al atravesar una oscura neblina, pero no había ningún indicio de qué era lo que podría esperarle en el fondo.

Miró ansiosamente hacia arriba y vio aliviado que la luna estaba allí todavía; él estaba de pie de forma que sus ojos estaban por encima del nivel del jardín y pensó que podría alcanzar aquel borde indefinido y salir, de alguna forma, de allí. Logró alcanzarlo, pero el borde se apartó de él y estuvo a punto de caer. Contempló desalentado la bajada al infierno. La luna, los escalones, y ninguna conexión entre donde él estaba y el porche.

Creyó oír el retintín de una risa en alguna parte y miró a su alrededor, pero evidentemente no era nada más que el juego de campanillas japonesas del porche. Sabía, inconscientemente, que no se atrevería a llegar al fondo, que no tenía el aplomo suficiente como para afrontar el horror que acechaba abajo. Además, todo lo que tenía que hacer era bajar otros dos escalones y entonces podría alcanzar el borde y salir al exterior. Descendió, pero el borde se apartaba. Esa no era la forma de conseguirlo, pensó, mirando sus manos vacías. Retrocedería...

¡De nuevo estuvo a punto de caer en la nada! Los dos escalones que había bajado también se habían desvanecido bajo sus mismos talones.

Se escuchó otra vez aquella risa... no, eran los dulces acordes de las campanillas.

Escudriñó la perspectiva del tramo de escalera, a través de la capa de oscura neblina, hasta un pozo negro como la tinta. Espera. Sí, había una puerta allí abajo, al lado de la escalera, a unos treinta escalones desde donde él estaba. Esa puerta debía de conducir a la salida; lo menos que podía hacer era intentarlo. Descendió, deteniéndose a cada poco para echar un vistazo por encima del hombro. ¡Qué raro que aquellos peldaños se desvaneciesen tan pronto como pasaba por ellos! Desde donde él estaba ahora hasta la fachada de su casa no había sino un vacío, todavía podía ver las luces allá arriba. ¿Qué pensaría Mary...?

-¡Jim, Jim, te olvidaste del sombrero!

Se giró y miró hacia arriba. Mary estaba en el porche, contemplando la hendidura que había en lo que

antes había sido el camino.

-¡Jim! -ahora había visto el agujero.

Estoy aquí, Mary. No bajas. Subiré en un momento. Todo va bien.

La luz de la luna era demasiado tenue para que él pudiese ver la expresión de su rostro. Pobrecita, probablemente estaría muerta de miedo.

-¡Jim! ¡Ay, Dios mío! ¡Jim!

¿Le llegaba a ella su voz? ¡Estoy bien, Mary! ¡Estaré contigo tan pronto como llegue a esa puerta! Pobre chica.

Ella estaba comenzando a bajar por la escalera y él ahuecó las manos para avisarla a voces. ¡No iba a hacer otra cosa que precipitarse al vacío!: ¡Para! ¡Para, Mary! ¡Para!

Se escuchó el fragor de un trueno y la tierra se derrumbó sobre su cabeza, la luz de la luna se desvaneció y todo el tramo quedó sumido en la más absoluta oscuridad.

Se quedó allí parado, temblando y aferrándose al muro áspero y arenoso.

Desde muy, muy lejos, se oyó un grito desvanecerse en la nada: ¡Jim! ¡Ay, Dios mío! ¡Jim! ¡Jim! Luego se oyó otra vez como un simple susurro. Y, finalmente, tan silencioso como un recuerdo.

Ella estaba bien, se dijo, furioso. Ella estaba bien. La hendidura se había cerrado antes de que llegara a bajar, la trampa de allá arriba era ahora más consistente y su voz no podía atravesarla. Pero de alguna forma tuvo la sensación de que todo iba mal; y le dio vueltas la cabeza hasta que estuvo decidido a arrojarle para hundirse eternamente en el misterio que se extendía desde el fondo... el fondo, al que no osaba acercarse.

Bien, había una puerta allí delante. No podía quedarse parado, temblando como un niño, si pretendía salir de aquel lugar. Había visto una puerta y la iba a encontrar. Bajó a tientas, palpando precavidamente cada peldaño con el pie, y descubrió que no estaban espaciados de forma pareja: algunos descendían casi un metro y otros tan sólo una pulgada. El muro también había cambiado de textura al contacto con sus manos, pues ahora era fangoso y frío, como si el agua llevase siglos rezumando desde arriba, desgastando la piedra y dejándola pulida y cubierta de moho. El agua goteaba lentamente desde alguna parte, gota a gota, de forma aterradoramente ruidosa para la quietud cadavérica de aquel lugar.

Se había visto en situaciones peores, pensó. Pero resultaba gracioso llevar tantos años viviendo en aquella casa sin haber sospechado nunca sobre la existencia de aquel tramo de escaleras en el mismo umbral de la puerta.

Pero, de cualquier forma, ¿qué estaba haciendo allí?, resolvió que tenía algo que encontrar...

Cuatro horas de su vida.

Un sombrero de fieltro.

¿Dónde diablos estaba la puerta? Había bajado treinta peldaños y sus manos anhelantes no la habían encontrado todavía. Tal vez ahora pudiese retroceder, pero, al intentarlo, comprobó que la escalera había seguido desapareciendo a medida que la bajaba. ¡Si se hubiese pasado la puerta, no podría volver hasta ella! El pánico le hizo estremecerse por un instante. ¡Quizá la puerta hubiese estado al otro lado de la escalera! ¡Puede que la hubiese rebasado completamente! Tal vez tendría que seguir bajando... hasta el final... ¿Hasta dónde?

Algo pegajoso y cálido le rozó la mejilla y pensó que probablemente sería una capa de neblina; ¡pero qué neblina más extraña! Caliente y fibrosa, incluso latía, ¡como si estuviese viva! Ensartó varios filamentos con sus manos y, entonces, como si hubiera cogido una serpiente, aquello se retorció y desapareció.

Se restregó las manos contra su abrigo tratando de deshacerse de aquella sensación hormigueante. Descendió un poco más, y ahora la neblina se aferraba a él como telarañas, adheriéndose a su cara y enredándose en sus hombros.

Oyó como de alguna parte le llamaban, de forma casi impercibible: ¡Jim! ¡Jim Lowry!

Trató de volverse hacia el origen de la voz, pero la neblina lo tenía sujeto con sus dedos invisibles y pegajosos.

-¡Jim Lowry!

¡Qué voz más vacía!

Tiró con todas sus fuerzas de la neblina con la esperanza de que se desenredara y se fuese; pero, por el contrario, fue como si quedase liberado de repente y estuvo a punto de caerse hacia los escalones todavía invisibles. Buscó nuevamente la pared y continuó su camino a tientas; una y otra vez tenía la esperanza de que los peldaños de arriba no se hubiesen desvanecido, pero era en vano. ¡En alguna parte tenía que estar la puerta!

Quedó cegado por un resplandor. Se hallaba sobre lo que parecía ser tierra firme, pero no había sol... sólo la luz, una luz deslumbrante y cegadora. Era un terreno reseco, todo rojizo y yermo, que se extendía un breve trecho, pues a cada lado del mismo se habían formado grandes grietas por la erosión de la roca arenisca.

Había un niño sentado despreocupadamente sobre una peña, escribiendo unas iniciales en la arena pedregosa. Silbaba una melodía absurda, terriblemente desafinada, con resoplidos esporádicos que se le escapaban al silbar. Se echó a un lado el sombrero de paja y observó a Lowry.

-Hola.

-Hola -dijo Lowry.

-No llevas sombrero -dijo el chico.

-No, no llevo.

-Y tienes las manos sucias -dijo el chico, reanudando su vana tarea.

-¿Cómo te llamas? -dijo Lowry.

-¿Y tú? -dijo el chico.

-Me llamo Jim.

-Qué gracioso. Yo me llamo Jim también. Sólo que en realidad es James, ¿sabes? ¿Buscas algo?

-Bueno... sí. Mi sombrero.

-Yo he visto uno.

-¿Ah sí? ¿Dónde?

-En la cabeza de mi padre -dijo el chico solemnemente. Con esta broma dio rienda suelta a un violento estallido de risa. Luego se metió la mano en el bolsillo: ¿Quieres ver algo?

-Bueno, supongo que sí. Si vale la pena verlo.

El chico sacó una pata de conejo y se la tendió maravillado hacia Lowry. Entonces sólo hubo una pata de conejo allí colgando, y hasta eso quedó sumido en la oscuridad que surgió de los bordes del terreno. Lowry dio un paso adelante y estuvo a punto de caerse otra vez por las escaleras. Avanzó lentamente, había agua goteando en alguna parte; los escalones estaban cada vez más desgastados por el paso del tiempo; por el musgo que tenían era improbable que mucha gente hubiese recorrido aquel camino.

Percibió un débil fulgor que parecía emanar de una entrada. ¡Bien! ¡Después de todo, había una puerta allí abajo! ¡Ahora que también podría haber caminado por la árida tierra rojiza hasta haber encontrado el camino de regreso a la superficie! Pero no importaba, había una puerta delante de él y eso significaba una salida de aquellas escaleras. ¡Gracias a Dios no tendría que llegar hasta el fondo!

La neblina se arremolinó por un instante y la puerta quedó oculta, pero al momento fue de nuevo visible, esta vez más nítidamente; pero ahora estaba cerrada y la luz parecía provenir de una fuente indefinida en la misma escalera. Ya no estaba especialmente asustado porque algo tenía claro: sabía que en alguna parte encontraría el sombrero y las cuatro horas. Pensó que debió haberle preguntado al chico.

Cuando estuvo delante de la puerta respiró profundamente, sintiéndose aliviado. Sabía que, una vez estuviese fuera de aquellas escaleras, se encontraría mejor. Intentó mover el pomo de la puerta, pero estaba cerrada desde dentro y no había señales de que hubiese timbre. Se inclinó para mirar por la cerradura, pero no había. Se incorporó y no se sorprendió al ver que una aldaba había aparecido ante él; representaba una cabeza de mujer de color verdoso de la que surgían grandes serpientes. La Medusa. La dejó caer y el sonido retumbó por las paredes a lo largo de las escaleras, como si una piedra bajase rodando. Esperó largo rato antes de percibir sonido alguno desde el otro lado, pero justo cuando estaba

a punto de aldabear nuevamente apareció un ventanillo con barrotes herrumbrosos que se estaba abriendo; el cerrojo martilleó, la puerta se abrió de par en par y el olor acre de matojos chamuscados y de una nube de oscuridad densa y oscura, se extendió por todas partes; dos murciélagos pasaron chillando y rozaron a Lowry con sus suaves alas de piel. El humo y el olor de aquel sitio se le metieron en los ojos y no pudo ver claramente a la mujer; tuvo la impresión de que ésta tenía el rostro demacrado; los dientes amarillentos, todos rotos y torcidos; sus cabellos enmarañados y descoloridos, y sus ojos como las cuencas de una calavera.

-Señora, me gustaría salir de estas escaleras -dijo Lowry.

-¿Señora? Oh, así que esta noche eres educado, James Lowry. Así que quieres adularme para hacerme creer que vas a estar ahí tratando de entrar. ¡Ja, ja! No, no lo harás, Jim Lowry.

-Espere, señora, no entiendo por qué sabe mi nombre. Nunca he estado aquí antes, pero...

-Sí que has estado antes en estas escaleras. Nunca me olvido de una cara. Pero ahora estás bajando, y en aquel entonces subías; y no te llamabas James Lowry; y cada vez que ascendías un escalón desdeñabas el de abajo; y cuando llegaste aquí te reíste de mí, me golpeaste y escupiste en la cara. ¡Yo nunca olvido!

-¡Eso no es cierto!

-Lo será hasta que haya algo de verdad en este lugar. Y ahora me imagino que quieres tu sombrero.

-Sí, sí, eso es. Mi sombrero. Pero, ¿cómo sabía que estaba buscando...?

-¿Cómo sé las cosas? Ja, ja. Has perdido el sombrero, se fue como un murciélago. ¿Qué te parece? ¡Ha perdido su sombrero! Bueno, James Lowry, eso es haber hecho una estupidez. Perder el sombrero. Ya eres lo suficientemente mayor como para tener más juicio, y tienes la cabeza lo suficientemente grande como para que sujete un sombrero. Pero eso no es todo lo que has perdido, James Lowry.

-Bueno... no, no lo es.

-Has perdido cuatro horas, ¡así de sencillo! Cuatro horas completas y el sombrero. ¿Quieres un consejo?

-Con su permiso, señora, ¿no podemos pasar adentro y salir de estas escaleras?

-No puedes abandonarlas. Subiste por ellas y ahora las vas a bajar hasta el final. Tienes que bajar. No hay nada más que hablar. Así te hundas, te arrastres, sientas náuseas o te tambalees, tienes que llegar hasta abajo. Todo hasta abajo. Todo hasta abajo. ¡Tbdo, todo, todo, todo, todo, todo hasta abajo! ¡Abajo! ¡Abajo! ¡Abajo! ¿Quieres un consejo?

—Por favor.

—Entonces dame tu pañuelo.

Se lo entregó, ella se sonó con él violentamente y luego lo arrojó a la oscuridad. Al cabo de un momento uno de los murciélagos regresó trayéndolo. Ella lo arrojó otra vez y el otro murciélago retornó.

-¡Fugitivos! -les reprendió-. ¿Quieres un consejo, James Lowry?

-Por favor, señora.

-No trates de encontrar tu sombrero.

-¿Por qué no, señora?

-Porque si hallas tu sombrero encontrarás las cuatro horas, y si encuentras esas cuatro horas, ¡entonces morirás!

Lowry la miró sorprendido cuando le metió el pañuelo en el bolsillo del abrigo y se aproximó de puntillas hacia su cuello. Pero aunque sintió el pinchazo de sus uñas, sólo le estaba ajustando la corbata.

-¿Quieres un consejo, James Lowry?

-Sí, señora.

Los sombreros, sombreros son; y los gatos, gatos son; y cuando los pájaros cantan, es que hay algo torcido en el mundo. Los murciélagos son murciélagos y los sombreros son sombreros; y cuando llega la primavera, el mundo no está sino preparándose para otra muerte. Las ratas, ratas son; y los sombreros,

sombreros son¹; y si no puedes caminar más deprisa, nunca serás un vencedor. ¿Quieres un consejo?

-Sí, señora.

-Sigue bajando las escaleras y te encontrarás con una persona. Si estuvieses decidido a morir, entonces pregúntale dónde perdiste el sombrero.

-¿El me lo dirá?

-Puede que sí y puede que no. Los murciélagos son sombreros, las ratas son gatos y no hay sopa lo suficientemente profunda como para ahogarse.

-¿Ahogarse quién, señora?

-¡Pues ahogarse, eso es todo! Tienes cara de buena persona, James Lowry.

-Gracias señora.

Y luego te encontrarás otro hombre después del primero. Sólo que ninguno de los dos son hombres. Son ideas. Y el primer hombre te dirá que estás a punto de encontrarte con el segundo, y entonces el segundo te dirá que tienes que seguir bajando hasta el pie de las escaleras. Todo hasta abajo. Abajo, abajo, abajo...

-¿Dónde está el final, señora?

-Donde está el principio, por supuesto. Los sombreros conducen a los murciélagos, a los gatos, a las ratas. Las ratas están hambrientas, James Lowry. Las ratas te van a devorar, James Lowry. Sombreros, vienes a donde están los murciélagos, te vas donde los gatos, te comen las ratas. ¿Todavía quieres encontrar tu sombrero?

-Por favor, señora.

-Oh, qué rebelde, testarudo, cabeza dura, necio, despreciable, incauto, animal, perverso, desalmado, rebelde, testarudo, cabeza dura, necio, despreciable... ¿Todavía quieres encontrar tu sombrero, James Lowry?

-Sí, señora.

-¿Tú no crees en demonios y diablos?

-No, señora.

-¿Sigues sin creer en demonios y diablos?

-Sí, señora.

-Entonces mira detrás tuyo.

Se volvió.

Pero sólo había oscuridad.

Se oyó un portazo. Una voz gritaba a lo lejos: ¡Jim! ¡Jim Lowry!

Cuando palpó el lugar donde había estado la puerta, porque una vez más se había hecho una negra oscuridad, sólo encontró la pared. Tentó hacia arriba, pero los escalones habían desaparecido. Tentó hacia abajo y escuchó la voz que le llamaba, aún más nítidamente: ¡Jim! ¡Jim Lowry!

Peldaño a peldaño, a veces una pulgada y a veces casi un metro, a veces ladeados a la izquierda, otras veces a la derecha y, de vez en cuando, nivelados, pero siempre de forma opuesta al escalón precedente. Otra capa de neblina, blanca esta vez, ondeaba humeante a su alrededor; contenía algo que le irritaba la garganta, pero al mismo tiempo, algo que le permitía caminar más erguido y con menos temor.

-¡Jim! ¡Jim Lowry!

Sonaba muy cerca ahora; de forma resonante, como si lo dijera un pregonero con voz ronca dentro de una caja de resonancia. No expresaba mayor entusiasmo que el que pudiera haber en la voz de un jefe de estación al comunicar a los viajeros que se suban en el de las cinco y cuarto.

-¡Oh, Jim! ¡Jim Lowry!

Llamando al señor Lowry, llamando al señor Lowry.

La neblina iba clareando a medida que se adentraba en las capas inferiores y ya podía ver los escalones.

¹ N. del T.: En el original en inglés: "*Hats are hats and cats are cats, and when the birds sing there is something awry in the world. Bats are bats and hats are hats...*".

Habían cambiado; ahora estaban secos y limpios, eran de mármol pulido, y tenían una barandilla laboriosamente esculpida que, comparada con la piedra, era muy suave al tacto. Parecía que el ambiente se empezaba a animar: un poco más abajo había un gran salón lleno de banderas con medio centenar de invitados alrededor de una mesa... pero intuyó que no debía acercarse a ellos. Un gran danés llegó brincando hasta donde él estaba y casi lo derribó; pero entonces, como si hubiera hecho algo mal, olfateó y se marchó caminando rígidamente. Lowry siguió bajando las escaleras.

-¡Jim! ¡Jim Lowry!

Llegó a un embarcadero flotante, y parecía como si algo les hubiese sucedido a los invitados del gran salón, presentía que estaban muy cerca. A su derecha colgaba un tapiz que representaba un combate en liza; y a su izquierda había un estante lleno de lanzas, encima del cual se encontraba la insignia de una espada y un escudo que llevaba dibujados tres feroces leones.

Una mano le golpeó levemente en el hombro y se volvió rápidamente para encontrarse con un alto caballero andante, con toda la armadura, que parecía más alto aún por la ondulante pluma blanca de su casco, la visera del cual estaba bajada.

-¿James Lowry?

-¿Sí?

-¿Está seguro de que es Jim Lowry?

-Sí.

-Entonces, ¿por qué responde al nombre de James? No importa, dejémosnos de rodeos. ¿Sabe quién soy?

-Lo siento, no creo que pueda identificarle. La visera de su casco está bajada, ¿sabe?, y está todo envuelto en acero...

-Bien, bien, amigo mío, no nos vamos a andar ahora con evasivas por una visera, ¿no? Los dos somos caballeros, así que no hay razón para discutir, ¿no es así?

Especialmente por algo tan insignificante como una visera. Cree que está soñando, ¿no es eso?

-Pues no. No exactamente...

-Así es. No está soñando. Verá, le voy a pellizcar -así lo hizo, y movió la cabeza sabiamente cuando Lowry dio un respingo-. No está soñando, todo esto es perfectamente real. Si todavía no lo cree, mire la marca que le dejaron estos dedos de acero.

Lowry se miró el dorso de la mano, estaba magullado y sangraba.

Ahora, por lo que respecta a su sombrero -dijo el caballero-, ¿está resuelto a encontrarlo?

—Ciertamente.

-Sólo valía unos cuantos dólares, ¿sabe? Y, créame, amigo mío, ¿qué son unos cuantos dólares comparados con el valor de su propia vida?

-¿Qué tiene que ver mi vida con el sombrero?

-Oh, ahora lo veremos, amigo mío, ¿no le dijo la anciana que si encontraba el sombrero hallaría también las cuatro horas y, que si hallaba esas cuatro horas, perdería la vida? Ahora analicemos esto juiciosamente, ¿eh? Examinémoslo a la luz del razonamiento frío e imparcial: un sombrero quizá cueste diez dólares. Durante los treinta y cinco años que le quedan de vida, es probable que gane ciento cincuenta mil dólares, a razón de, digamos, cuatro mil quinientos dólares al año. Entonces, ¿se puede cambiar eso por un billete de diez dólares?

-Bueeeno... noooo.

-De acuerdo, amigo mío, me complace que entienda mi razonamiento. Indaguemos ahora en este problema de forma más exhaustiva. Usted es una persona muy inteligente. Ha perdido cuatro horas. En los treinta y cinco años que puede vivir todavía hay exactamente trescientas cincuenta mil cuatrocientas cuarenta y ocho horas. ¿Es suficiente tiempo como para anteponerlo a un período tan perfectamente estúpido como cuatro horas?

-No... pero...

-Así que quiere seguir discutiendo sobre esto. Está decidido a encontrar su sombrero, ¿eh?

-Me gustaría.

-¿Y no le preocupa encontrar su sombrero y con él las cuatro horas...? Porque están juntos codo con

codo.

-Bien...

-¡Vaya! Pensé que al cabo de un rato cedería. Encuentre su sombrero, encuentre las cuatro horas, encuentre la muerte. Así es como va a ser. Los sombreros son demasiado abundantes como para que vaya por ahí enredando para buscar tan sólo uno.

-Lo... lo pensaré.

-No lo haga. Se debería haber convencido, aquí y ahora, de que no tiene sentido encontrar el sombrero. Y olvide las cuatro horas. Olvídelas por completo.

-Tal vez... -se aventuró a decir Lowry- usted me podría decir qué pasó en esas cuatro horas.

-¡Venga, vamos, amigo mío! Le he dicho que si lo averiguase probablemente moriría, y ahora me pide que se lo diga a bocajarro. Yo estoy aquí intentando salvarle, no destruirle.

-¿Ni siquiera me puede dar una pista?

-¿Por qué habría de dársela?

-¿Fue por el artículo?

-Nada, nada, Jim Lowry. No intente sonsacármelo. No tengo ningún motivo para desear su muerte. De hecho, creo que es usted un buen tipo, un verdadero príncipe, de lo mejorcito que hay. Ahora, continúe bajando.

-¿Fue la malaria?

-Nada, nada.

-¿Fue la bebida?

-Cállese ya.

-¿Fue...?

-¡Silencio, he dicho! -gritó el caballero-. Si está tan determinado a saberlo, siga bajando las escaleras y se encontrará con una persona. Eso es todo lo que tengo que decirle. Se encontrará con una persona.

-Gracias -dijo Lowry-. Y ahora, ¿me dirá su nombre?

-¿Nombre? ¿Por qué habría de tener un nombre? Soy un caballero. Estoy lleno de ideales. Lowry se aproximó a él y comenzó a subirle la visera. El caballero no retrocedió, sino que permaneció inmóvil. La visera quedó levantada.

La armadura estaba vacía.

Se hizo la oscuridad.

Después de un rato Lowry hizo otra tentativa de subir, pero de nuevo fue inútil; casi se precipitó al vacío que había tras él. Se quedó parado, tiritando. ¿Tenía... tenía que bajar hasta abajo? Hasta... Reprimió inmediatamente el violento impulso de gritar. Se serenó.

Notó que había algo ligeramente diferente en los escalones, producían otro sonido, un sonido hueco; como si fuesen de madera; y, a diferencia de los peldaños anteriores, éstos eran regulares. Después de un breve descenso, a punto estuvo de caerse al intentar subir un peldaño que parecía ser tierra firme. Sí, ¡estaba sobre una extensión llana de terreno! No podía ver nada...

Se dio la vuelta súbitamente y palpó el último escalón. Estaba allí todavía. ¡A lo mejor estaban todas las escaleras! ¡Tal vez pudiese volver arriba! Pero se tropezó de nuevo, porque donde antes estaba el descansillo de mármol había ahora una plataforma de madera con una reja alrededor y era imposible seguir ascendiendo. Volvió a bajar por las escaleras hasta el terreno llano.

No se había fijado antes en aquel individuo, principalmente porque iba todo vestido de negro. Completamente de negro. Llevaba un sombrero de ala gacha y oscura que tapaba casi la totalidad de su rostro, pero que no bastaba para ocultar la tosquedad de sus rasgos ni la expresión cruel de sus labios; sus poderosos hombros, aunque encorvados, estaban envueltos en una capa negra de hechura desusada; sus zapatos lucían hebillas oscuras. Portaba una linterna que al menos arrojaba un débil resplandor hasta donde Lowry se encontraba; se encaramó sobre un asiento de madera y extrajo algo sinuoso y alargado de debajo del brazo. Entonces sacó un librito negro y, alzando la linterna, fijó su vista en las páginas de forma resuelta.

-¿Lowry?

-Sí, soy yo.

-¡Ah! Un tipo sincero, ¿no? Bien, todo el mundo sabe que no se debe vacilar ante mí -escupió sonoramente y miró de nuevo al libro-. Es agradable este tiempo tan oscuro, ¿verdad?

-Sí, supongo que sí.

-¿Cuánto pesa, Lowry?

-Ochenta y seis kilos.

-Ah... ah. Ochenta y seis kilos -cogió un lápiz y garabateó algo en el libro. Luego lo alumbró con su linterna y miró detenidamente el rostro y todo el cuerpo de Lowry-. Hum... hum. ¿Alguna deformidad?

-Creo que no.

-Ochenta y seis kilos y un cuello normal. James Lowry, ¿no es eso?

-Sí.

-Bueno, no vamos a llegar a conocernos muy a fondo, pero ése es su problema.

-¿Cómo... cómo se llama?

-Jack. Jack Ketch, pero me puedes llamar Jack -de nuevo escupió sonoramente-. Si quieres quedar bien conmigo y hacer que esto sea más fácil, simplemente métete una o dos libras en el bolsillo cuando subas. Aquel individuo desprendía cierto olor a podredumbre, a podredumbre y a sangre reseca, lo que hizo que a Lowry se le erizase el vello del cogote: ¿Por qué una libra?

-¿Por qué no? Yo también tengo que comer. Puedo hacer que esto sea muy sencillo o que sea terriblemente desagradable. Ahora, si quieres mi consejo, prescinde de una libra o dos y nos pondremos manos a la obra. Odio esta espera. Allí ya está todo preparado; si seguimos retrasándolo lo único que vamos a conseguir es liarnos más todavía y que tú te preocupes. ¿Qué dices?

-No... no sé de qué está hablando.

Enfocó a Lowry con la linterna: Hum. Y eso que parecías bastante despierto. Apartó la linterna y cogió de su regazo el objeto alargado y sinuoso. Sus gruesos dedos empezaron a hacer algo con él.

Lowry sintió cómo el terror le fue inundando poco a poco. Jack Ketch. Ese nombre le era familiar. Pero tenía la certeza de no haber visto antes a aquel individuo. Jack Ketch...

Lowry comprendió de repente lo que aquel hombre estaba haciendo... ¡Lo que tenía era una sogá! ¡Estaba preparando un nudo de horca!

Y aquellos escalones. ¡Había una treintena! ¡Y la plataforma superior... un patíbulo!

-¡No! -gritó Lowry-. ¡No puede hacerlo! ¡No tiene motivos para ello!

-¡Eh! ¡Eh, Lowry!, ¡Jim Lowry! ¡Vuelve aquí! ¡No puedes escapar! ¡Nunca serás capaz de huir de mí! Lowry... Jim Lowry...

Las botas del verdugo resonaban tras él y el azote de su capa era atronador.

Lowry intentó detenerse al borde de la escalera que, más que ver, intuía, pero los peldaños eran resbaladizos y no pudo parar. Se preparó para caer contra los escalones inferiores.

Pero no se golpeó con nada.

Daba tumbos, giros, contorsiones, abajo, abajo, abajo, a través del vacío negro como la tinta, caía horrorizado con un nudo de angustia en el estómago. Abajo, abajo, abajo, atravesando la neblina, las ramas lacerantes de los árboles y, nuevamente, la neblina.

Entonces Lowry quedó tirado en el lodo, sintiendo su viscosidad entre los dedos y su olor a muerte y descomposición. Algo se movía en las tinieblas. El matorral crepitaba y se oía una respiración agitada y cálida, era algo acosador.

Tan silenciosamente como pudo, Lowry se fue arrastrando. Estaba demasiado oscuro como para que alguien pudiese verlo; si pudiese no hacer ruido...

-¡Lowry! ¡Jim Lowry!

-Lowry se aplastó contra el fango y permaneció inmóvil.

-¡Así que crees que no te puedo ver, Jim Lowry! Espera un momento, tengo algo para ti.

La voz de Jack Ketch sonaba cada vez más próxima y Lowry se dio cuenta de que, aunque él no pudiese ver nada, era completamente visible para Jack Ketch. Se puso de pie impulsivamente y se alejó dando tumbos; se pinchó con los matorrales y un tronco de árbol medio sumergido le hizo tropezar, pero, a

pesar de todo, hundido en el lodo hasta las rodillas, continuó avanzando.

—Te puedo decir dónde encontrar tu sombrero, Jim Lowry. Quiero ayudarte -se le oyó escupir-. No puedes escapar de mí.

Lowry sintió una corriente de agua caliente a la altura de sus rodillas, enterradas en el barro, y el vapor que ésta producía olía a podredumbre. Se apresuró para salir de allí.

-¡Estoy tratando de ayudarte, Jim Lowry! -dijo Jack Ketch, que ahora parecía estar más cerca-. Tan sólo quiero ayudarte. Te puedo decir dónde encontrar tu sombrero. ¿Me quieres escuchar?

Lowry, fatigado y dolorido, se cayó de bruces, pero se levantó del barro nuevamente y se marchó de forma tambaleante.

No quiero lastimarte -arguyó la voz de Jack Ketch-; sólo quiero ahorcarte! Maldijo y escupió. ¡Esto es lo que le pasa a uno cuando quiere ayudar, Lowry! ¡Vuelve aquí! ¡Quiero decirte donde puedes encontrar tu sombrero!

El terreno que pisaba era firme ahora, y Lowry huyó precipitadamente a través de la oscuridad aterciopelada. Una poderosa fuerza lo golpeó bruscamente en la cara y lo derribó de lleno dejándolo medio sumergido en un devastador sumidero de tierra y mar que le hacía girar precipitadamente y lo arrastraba hacia abajo, al exterior. ¡Se estaba ahogando!

Abrió la boca para gritar y se atragantó con el agua salada; estaba atrapado en las profundidades, todo lo que había a su alrededor era una luz verdosa y podía ver cómo las burbujas plateadas de su propia respiración subían a la superficie.

De repente emergió y aspiró el aire que su cuerpo torturado tanto necesitaba; era medio aire, medio agua de mar. Tosió, sintió arcadas y trató de gritar para pedir auxilio. Y entonces el pánico que le inundaba se apaciguó y descubrió que podía permanecer a flote muy fácilmente. Recobró el aliento mientras flotaba y buscó ansiosamente con la mirada a Jack Ketch, pero no había ningún rastro del verdugo. Por el contrario había una gran extensión de costa selvática, con una dorada playa bañada por blancas olas y árboles gigantescos vencidos hacia el mar. Y el cielo era azul, tan azul como el océano; y no había ruido alguno en toda aquella quietud. Lowry se dejó llevar agradecido hacia la belleza de aquel lugar, y se sorprendió ante el reconfortante calor que recorría su ser. Avistó la playa nuevamente, pero no vio a Jack Ketch. Entonces recordó de forma vaga que había perdido algo... cuatro horas. Tenía que encontrarlas como fuese a pesar de todas las advertencias que le habían hecho, de alguna manera tenía que recomponer sus recuerdos para tener la certeza de...

De nuevo se estaba haciendo la oscuridad y se levantó una brisa que, si bien al principio era muy ligera, luego se volvió penetrante; y el mar comenzó a picarse. Empezaba a sentirse cansado.

De repente presintió que había algo abajo en las profundidades que iba a emerger, atraparlo y hundirlo, que había algo tenebroso y terrible, indescriptible, que lo arrastraría y le haría pedazos.

Comenzó a nadar hacia la costa a través de las tinieblas, cada vez más densas. Necesitó todos sus arrestos para contenerse de acelerar frenéticamente presa del pánico y quedarse allí flotando sobre lo que hubiese debajo. Hubo un gran estrépito en el aire y el estallido del oleaje al romper; mirando detenidamente entre las olas contempló grandes columnas de espuma que surgían y se desvanecían, las olas se desintegraban con un frenesí blanquecino al chocar contra un escarpado arrecife. Si intentara tocar tierra allí quedaría tan destrozado que no sería reconocible pero, aun así, sabía que no debía permanecer más tiempo en el agua, algo podría surgir en cualquier momento y partirlo en dos. Pero tampoco podía retroceder, pues el mar parecía empujarle contra los oscuros dientes del arrecife que asomaban entre el oleaje. Caían relámpagos sobre las capas azuladas del horizonte. Pero no había más trueno que el del oleaje al romper. Las impetuosas olas lo izaban unos diez pies para luego bajarlo de nuevo, y estaba cada vez más cerca de las rocas. No podía oír, no podía respirar. Estaba atrapado en una trampa de agua; o se ahogaba, o quedaba reducido a un irreconocible amasijo.

Algo tropezó con él y le hizo retroceder. Volvió a chocar con aquello por segunda vez y descubrió de qué se trataba: ¡un trozo de madera! Pero, aun cuando se aferró a ello, presintió que tenía un diseño particular y que no debía tocarlo.

Sintió una presencia justo encima de aquel pedazo de madera. Miró hacia arriba.

Vio un libro, que dos manos sujetaban. Eso era todo. Un libro y un par de manos.

-Ahora, agárralo fuerte -dijo una voz, de alguna forma apaciguadora-. Todo va a ir bien en seguida. Pero debes sujetarlo fuerte, cerrar los ojos y no oír ni ver nada que no sea lo que yo te diga que oigas o veas. Confía en mí y hazlo tal y como te lo estoy diciendo...

La voz se volvió tenue y lejana, pero eso era porque el rostro cansado de Lowry se había hundido en el relajante cojín de agua, mientras sus manos, medio muertas, aún se aferraban al trozo de madera.

CAPITULO 4

«No era algo concreto, simplemente le dio la impresión de que una forma oscura y redondeada se desplazaba a su lado. Giró la cabeza para verla... pero allí no había nada».

Venga, vamos. Se pondrá bien. Un buen sueñecito en la cárcel le dejará como nuevo. Nunca entendí por qué la gente tiene que beber... ¡Pero si es el profesor Lowry!

Las palabras le llegaban nebulosamente, y la sensación de manos que le tocaban llegó finalmente a su consciencia. Dejó que lo levantaran del pavimento mojado, se sentía magullado y dolorido.

Se veía caer la lluvia en nubes plateadas a la luz de la farola, que sacaban brillo a todo lo que tocaban; había un agradable aroma en el ambiente, a vegetación y a tierra reverdeciente.

El viejo Billy Watkins, con su capote chorreando, estaba a su lado, sosteniéndole. El viejo Billy Watkins, un guardia novato cuando Lowry era todavía un niño, que una vez le detuvo por ir en bicicleta por la acera y otra porque le denunciaron por haber roto una ventana. Y el viejo Billy Watkins podía sostener todavía a Jim Lowry, ahora catedrático de Atworthy, y ser respetuoso, aun sintiéndose un poco sobresaltado. Su bigote blanco estaba separado en mechones por la humedad, y, para variar, no tenía manchas de tabaco.

-Me pregunto -dijo Lowry con voz apagada- cuánto tiempo habré estado aquí tirado.

-Pues yo diría que unos cinco o seis minutos. He pasado por aquí hará ese tiempo, y ya iba por la calle Chapel cuando me di cuenta de que había olvidado echar un aviso en el buzón de allá abajo y volví a pasar por aquí donde estaba usted tumbado en la acera.

-¿Qué hora es?

-Bueno, creo que son casi las cuatro. El sol va a salir en seguida. ¿Está su mujer enferma? He visto algunas luces en su casa.

-No, no, Billy. Me parece que soy yo el que está enfermo. Me fui a dar un paseo...

-No podía usted dormir. Pues lo que es yo, me he dado cuenta de que un buen vaso de leche caliente es poco más o menos lo que necesita la gente para dormir. ¿Se encuentra bien?

-Sí, sí. Creo que estoy bien.

-Se debió tropezar y caer. Tiene la cara magullada y parece que ha perdido su sombrero.

-Sí... sí. Me parece que lo he perdido. He debido de dar un traspié. ¿Qué calle es esta?

—Pues su calle, por supuesto. Esa de allí es su casa, no está ni a diez metros de aquí. Vamos, le ayudaré a subir las escaleras. He oído decir que ha cogido una de esas enfermedades tropicales. La criada del Sr. Chalmers decía que no era nada grave de todas formas. ¿Por qué se marcha a países como esos que están llenos de salvajes, Jimmy... digo, profesor Lowry?

-Oh... lo encuentro excitante.

-Sí, supongo que debe serlo. Como mi abuelo. Que luchaba toda la noche con los indios y construía vías de tren todo el día. Bueno, aquí estamos. Quiere que llame yo al timbre o...

-No, la puerta está abierta.

-Bueno, su mujer la iría a cerrar cuando usted se marchó y, a lo mejor, se le olvidó. Está usted muy pálido, Ji... profesor. ¿Está seguro de que no quiere que avise al doctor Chalmers?

-No, estoy bien.

-Dios mío, no tiene aspecto de estar bien. Pero bueno, usted sabrá. Buenas noches.

-Buenas noches, Billy.

Contempló con fascinación al viejo Billy Watkins bajar las escaleras cojeando. Pero su andar era firme y llegó a la calle; se giró para despedirse con la mano y continuó por la avenida, bajo la lluvia.

Lowry abrió la puerta y entró. El agua formó un charco a sus pies cuando se despojó del abrigo.

-¿Eres tú, Jim?

-Sí, Mary.

-Ella se asomó por la barandilla de la escalera y, ciñéndose el chal, bajó rápidamente: He estado a punto de volverme loca. Ya iba a llamar a Tommy para que viniese a ayudarme a buscarte... ¡Estás empapado! ¡Y tienes la cara magullada! ¿Y qué te ha pasado en la mano?

Lowry se miró la mano, tenía otra herida y parecía como si le hubiesen pellizcado. Se estremeció: Creo que me caí.

-¿Pero dónde? Hueles... a algas.

-Le dio un escalofrío y ella, toda preocupada, arrojó el abrigo, olvidándose de la alfombra, y le condujo escaleras arriba. Hacía frío en aquella casa antigua y en su habitación más todavía. Ella lo ayudó a desvestirse, lo arrojó entre las mantas y enjugó su rostro y sus cabellos con una toalla.

Tenía un regusto a agua salada en los labios y una sarta de palabras resonaban en su cerebro: «¡Pues el final está donde el principio, por supuesto!»

-No debería haberte dejado salir.

-Pobre Mary. Has estado preocupada por mi culpa.

-No se trata de eso. Te has podido poner mucho peor. ¿Por qué no regresaste cuando empezó a llover?

-Mary.

-¿Sí, Jim?

-Te quiero.

-Ella lo besó.

-Sabes que nunca te haría daño, Mary.

-Claro, Jim.

-Creo que eres buena, leal y bonita, Mary.

-Calla y duérmete.

El cerró los ojos mientras ella le acariciaba la frente. Al poco rato se había dormido.

Se despertó con la sensación de que algo iba terriblemente mal, sentía una presencia junto a él dispuesta a hacerle algo. Miró alrededor de la habitación, pero no había nada; el sol daba agradablemente sobre la alfombra y un trozo de pared, se oía gente pasar hablando por la calle y, a un bloque o dos, una mano impaciente hacía sonar un claxon insistentemente.

Era domingo, y debería estar pensando en ir a la iglesia. Tiró de las mantas y se levantó de la cama. Tenía la ropa colgada en una silla, pero el traje estaba manchado de barro y necesitaba una limpieza antes de que pudiera volver a ponérselo.

-¡Mary!

-Debía de estar durmiendo. Se echó una manta por encima y se fue hacia su habitación. Estaba echada con un brazo destapado, su boca ligeramente entreabierta y su pelo formando una nube luminosa alrededor de su rostro adorable. Se desveló y abrió los ojos.

-¡Oh! -dijo ya despierta-. Me he dormido y vamos a llegar tarde a la iglesia. Prepararé el desayuno y...

-No -dijo Lowry-. Tú no vas a ir a la iglesia.

-Pero, Jim...

-Te mereces dormir un poco más. Quédate ahí y holgazanea, estoy seguro de que no has dormido más de tres o cuatro horas.

-Bueno...

-Yo mantendré el honor de la familia... y tomaré algo en la cafetería. Date la vuelta y duérmete...

-¿Estoy fea de no dormir?

-Tú no necesitas dormir para estar guapa. Le dio un beso y luego se marchó cerrando la puerta. Se fue

a su dormitorio y sacó un traje oscuro.

Una vez se hubo bañado y estuvo vestido llamó nuevamente a la puerta de ella.

-Jim -dijo adormilada-, esta tarde iban a venir algunas personas. Me gustaría que les dijeras que no me encuentro bien o algo así. No quiero ir a marchas forzadas para arreglar la casa.

-Como quieras, cariño.

-Luego me dirás lo que llevaban las mujeres -le dijo cuando se marchaba.

-Se sentía casi radiante según descendía los escalones del porche. Pero al llegar al último se detuvo, temeroso de bajar al camino. Necesitó algún tiempo y la sensación de ser observado por los transeúntes para avanzar. Pero el camino era completamente sólido aquella mañana y, aliviado y hasta casi jubiloso de nuevo, recorrió la calle saludando con la cabeza a la gente con la que se cruzaba.

La cafetería estaba prácticamente desierta y el cocinero, de tez azulada, estaba fumando un cigarrillo y tomando una taza de café al final de la barra. Frunció el ceño cuando vio que alguien entraba pero se le iluminó la cara al ver que se trataba de Lowry.

—¡Vaya, profesor! No le había visto desde su regreso.

-Lowry estrechó la mano blanca y húmeda de Mike: He estado bastante ocupado. Prepárame jamón, huevos y café, Mike. Y, por favor, date prisa, llego tarde a la iglesia.

-Todavía no han sonado las campanas -dijo Mike, y se puso manos a la obra en la plancha, partiendo habilidosamente los huevos con una sola mano.

-¿Cómo se siente uno al estar de vuelta entre gente civilizada? -preguntó Mike, sirviéndole la comida.

-Me imagino -dijo Lowry sin prestar atención.

Mike, un poco desconcertado, volvió a su taza de café, encendió otro cigarrillo y se arrellanó en la silla; sostenía la taza y el cigarrillo, pero por un momento se había olvidado de ellos; sacudió la cabeza como rindiéndose ante un problema y bebió un trago de café.

Lowry comía despacio, debido principalmente a que los pensamientos se agolpaban en su cabeza: las palabras seguían aflorando y no lograba apartar de su mente los presagios sombríos de Tommy, porque era improbable que éste se hubiese burlado de alguien que ya estuviese intranquilo. Mientras habían estado hablando, había sentido cómo un abismo se abría entre ellos dos; era raro sentirse extraño y molesto estando con Tommy Williams de forma distendida. Recordaba aquella ocasión en que le dijo con toda confianza que había sido él quien había roto la ventana, mientras Billy Watkins no lograba desestimar su coartada; otra vez, también de niños, hicieron un pacto de sangre jurándose amistad eterna. Lowry ya había terminado casi, cuando se dio cuenta de que la comida no le estaba sabiendo bien: una sensación paulatina y sorda de temor fue adueñándose de él. ¿De qué podía tener miedo? -se preguntó-. El lugar se volvió sofocante de repente y buscó precipitadamente cambio para pagar. Cuando colocó una moneda de cincuenta centavos sobre la barra vio de reojo el espejo que había entre las máquinas de café y contempló su propio semblante, ojeroso y sombrío, y...

¡Vio en el espejo que había algo detrás de él! ¡Algo difuminado y espantoso que se acercaba lenta e inadvertidamente hacia su espalda!

Se giró bruscamente.

No había nada.

Se puso enfrente del espejo.

No había nada.

-Cuarenta centavos -dijo Mike.

-¿Qué?

-¿Qué sucede? ¿Se encuentra mal o algo? No estarían malos los huevos, ¿no?

-No -dijo Lowry-, los huevos estaban bien. -¡Se olvida del cambio! -le gritó Mike.

Pero Lowry ya estaba en la calle, avanzando a grandes zancadas, echando mano de todas sus facultades para evitar salir corriendo, contenerse de mirar por encima de su hombro y reprimir el frío entumecimiento que amenazaba con dejarle paralizado.

-Hola, Jim.

Lo esquivó y luego, al ver que era Tommy, sintió una oleada de júbilo: Hola, Tommy.

-Se te ve tembloroso, hombre -dijo Tommy-. Más vale que te cuides esa malaria o las bacterias te van a dejar hueco por dentro.

-Estoy bien -dijo Lowry, sonriendo. Tommy evidentemente se dirigía hacia la iglesia, iba vestido con traje y abrigo oscuros. Tommy, pensó Jim, era un tipo con buena presencia.

-¿Te has tomado las pastillas a su hora?

-¿Pastillas?

-Quinina o lo que estés tomando.

-Bueno... no. Pero estoy bien. Escucha Tommy, nunca me he alegrado tanto de encontrarme con alguien. Tommy sonrió: Yo también me alegro de verte, Jim.

-Llevamos mucho tiempo siendo amigos -dijo Lowry-. ¿Cuánto hace que lo somos?

-Oh, unos treinta y cuatro años. Sólo que no lo digas. Cuando uno es tan mayor como yo y todavía intenta actuar como el Bello Brummel², no le gusta andar a vueltas con la edad.

-¿Vas a la iglesia?

-Claro. ¿A qué otro sitio iba a ir?

-Bueno... -Lowry se encogió de hombros y, por alguna razón, soltó una risita.

-Hemos estado quedando en esta misma esquina y a esta misma hora durante mucho tiempo -dijo Tommy-. ¿Dónde está Mary?

-Oh, no ha dormido mucho esta noche y se ha quedado en casa.

-Me gustaría tener una excusa como ésa. Parson Bates es el rey de los pelmazos; no creo que haya oído hablar del Antiguo Testamento hasta que yo se lo mencioné durante alguno de los interminables té que da su mujer.

-Tommy... Tommy, hay algo que quería preguntarte.

-Suéltalo ya, camarada.

-Tommy, cuando me fui de tu casa ayer por la tarde eran las tres menos cuarto, ¿no?

-Aproximadamente, me imagino.

-Y me marché ¿no es cierto?

-Claro, te marchaste -respondió Tommy un tanto divertido.

-¿Y sólo me tomé una copa?

-Exacto. Oye, cuéntame lo que te está preocupando realmente, ¿no?, no trates de ocultarle nada a este adivino. ¿De qué se trata?

-Tommy, he perdido cuatro horas.

-¡Bueno! Y yo treinta y nueve años.

-Lo digo en serio, Tommy. He perdido cuatro horas y... y mi sombrero.

-Tommy se echó a reír.

-No le veo la gracia -dijo Lowry.

-Jim, cuando me echas esa mirada seria que tienes y me dices que estás a punto de volverte loco por culpa de un sombrero... bueno, es divertido. Eso es todo. No te ofendas.

-He perdido cuatro horas. No sé lo que sucedió en ese tiempo.

-Bueno... supongo que eso podría causar preocupación. Pero hay muchas otras horas y muchos otros sombreros. Olvídalo.

-No puedo, Tommy. Desde que perdí esas cuatro horas me han estado sucediendo algunas cosas. Cosas terribles -y le describió brevemente los acontecimientos de la noche pasada.

-Al pie de las escaleras -dijo Tommy, con gesto muy grave ahora-. Sí, comprendo lo que me dices... y puedo entender más cosas.

-¡Cuéntame! -imploró Lowry.

Tommy caminó en silencio durante un trecho y, entonces, al ver que se aproximaban a la multitud que

² N. del T.: En el original en inglés: «Beau Brummel», apodo de George B. Brummel, un típico dandy inglés.

se congregaba ante la vieja iglesia, se detuvo: Jim, no me creerías.

-Ya me creo cualquier cosa.

-¿Recuerdas lo que te dije ayer? ¿Acerca de tu artículo?

-¿Piensas que mi artículo tiene algo que ver con esto?

-Sí, así lo creo. Jim, adoptaste una actitud muy tajante, incluso diría insultante, sobre un asunto que lleva latente por lo menos un centenar de años.

-¿Insultante? ¿Para quién?

-Para... Bueno, Jim, es difícil expresarlo de alguna forma que no fueses a descreer tan pronto como la oyeras. Yo, en tu lugar, no trataría de encontrar el sombrero.

-Pero... ¡pero de alguna forma sé que si no lo encuentro me voy a volver loco!

-Tranquilízate. A veces es mejor estar loco que muerto. Escucha, Jim, esas cosas con las que dices te encuentras, representan de forma muy concreta a fuerzas sobrenaturales. Por supuesto, no son esas fuerzas en sí, esas que podrían estar buscándote...

-¿Te refieres a diablos y demonios?

-Eso es demasiado concreto.

-Entonces, ¿qué quieres decir?

-Primero, Jebson. Luego cuatro horas y un sombrero. A propósito, ¿tienes alguna marca en el cuerpo que no tuvieses cuando estuviste conmigo?

-Sí,- Jim se arremangó el abrigo.

-Hmm. Es muy extraño. Parece la huella de una liebre.

-¿Y bien?

-Olvidémoslo -dijo Tommy-. Mira, Jim. Ayer estaba un poco decaído y te hablé airadamente sobre tu artículo. Me vino a contrapelo, es cierto, porque me gustaría creer en la existencia de tales fuerzas; me divierten en un mundo donde la diversión es más bien escasa. Y ahora te estoy imbuyendo esas ideas. Jim, créeme, haría todo lo que estuviese en mi mano para ayudarte. Pero lo único que voy a conseguir es incordiarte si te meto esas ideas en la cabeza. Lo que estás padeciendo es algún tipo de reacción de la malaria que los médicos desconocen. Te dejó la mente en blanco durante un rato, estuviste vagando por ahí, y perdiste el sombrero. Y ahora, que esto te quede muy claro: Perdiste la memoria por culpa de la malaria y el sombrero mientras deambulabas por ahí delirando. Soy tu amigo. Tiraría todo por la borda antes que hacerte daño. ¿Me entiendes?

-Gracias... Tommy.

-Ve a ver al doctor Chalmers y haz que te atiborre de quinina. Yo estaré cerca de ti y no te quitaré el ojo de encima para que no te vayas por ahí delirando otra vez. Y también por otra razón. Si ves algo, yo lo veré también. Y quizá, por lo que sé de estas cosas, pueda evitar que te pase algo.

-No sé que decir...

-No digas nada. Yo soy el principal responsable de lo que te pasa, por toda esa charla sobre diablos y demonios. Te estimo demasiado, y estimo demasiado a Mary, como para permitir que algo os suceda. Y... Jim...

-¿Sí?

-Mira, Jim. ¿No pensarás que te puse una droga o algo así en la bebida?

-¡No! Ni siquiera se me ha pasado por la cabeza.

-Bueno... pensé... Jim, ya sabes que soy tu amigo, ¿no?

-Sí. Por supuesto. De otra manera no me arriesgaría a contarte estas cosas.

Tommy caminó con él hacia la iglesia. La campana estaba doblando, una sombra negra se movía en el campanario y las vibrantes ondas del sonido bajaron para rodear a la gente elegantemente vestida que había en las escaleras y hacerla pasar al interior de forma paulatina. Jim Lowry contemplaba la estructura vieja y familiar; la hiedra no había echado hojas todavía, de forma que grandes ramales marrones se dispersaban a lo largo de la piedra gris; las vidrieras de colores brillaban a la luz del sol. Pero de alguna manera sintió que estaba fuera de lugar. Aquel sitio siempre le había parecido un santuario, un sitio de reposo, pero ahora...

Una mujer entre la multitud le tocó suavemente en el brazo y él volvió en sí lo suficiente como para darse cuenta de que era la esposa del decano Hawkins. Se acordó.

-Oh, ¡señora Hawkins!

-Hombre, ¿cómo está, profesor Lowry? ¿No le acompaña hoy su mujer?

-Eso es lo que quería decirle, señora Hawkins, no se encuentra muy bien y creo que le dijo que la esperaba esta tarde para tomar el té.

-Bueno, sí.

-Me pidió que la disculpara, señora Hawkins.

-Tal vez debería llamarla por si necesitase algo.

-No. Todo lo que necesita es descansar un poco.

-Bueno, díjala que espero que se mejore en seguida.

-Se lo diré -dijo Lowry, y luego se separaron en el pasillo.

Tommy se sentaba normalmente con Lowry y Mary, y tenían una parte de uno de los bancos de la iglesia reservada para ellos. Lowry tomó asiento y miró a su alrededor, saludando con la cabeza abstraídamente a la gente que lo saludaba a él.

-Es un vejestorio pelmazo -dijo Tommy susurrando-. No te extrañe que Hawkins tenga dispepsia. Es increíble que se dirija a ti después de las noticias que corren.

-¿Qué noticias? -susurró Lowry, girándose apenas hacia Tommy.

-Pues lo tuyo con Jebson. Ella y la señora Jebson son compinches, y ahora está en boca de todo el mundo. Dudo mucho que hubiese ido a visitar a Mary de todas formas. Estoy echando a perder mi reputación sentándome contigo. Es muy divertida la forma en que se comportan. Como si tú te hubieses sentido mal por un necio como Jebson.

-Y me siento mal.

-¿Por qué? Has conseguido una escapatoria del hundimiento en la monotonía. Te vas a librar finalmente de las reuniones de té. ¿No sabes reconocer cuándo eres afortunado?

-¿Y Mary?

-Mary se ha estado muriendo de ganas por acompañarte en tus viajes y ahora no le puedes decir que no. Si tú no te lo hubieses tomado tan a pecho, ella estaría probablemente retozando como un crío. ¡Piensa en lo de decirle a la señora Hawkins que no fuese a visitarla! ¿No te das cuenta, Jim? Le ha dado a la señora Hawkins en las narices.

-Cantemos -dijo una voz distante-. Himno número 197.

El órgano comenzó a resollar de forma lastimera, todo el mundo se levantó, abrió los libros, arrastró los pies y carraspeó; entonces la voz nasal de Parson Bates se elevó sobre el rumor estrepitosamente, el coro entonó un gemido trémulo y dio comienzo el servicio.

La mirada de Lowry estuvo centrada en el cogote de Jebson a lo largo del sermón, sin prestar particular atención, y apartándola esporádicamente cuando Jebson se revolvía sintiéndose incómodo. Sin embargo, Lowry apenas llegaba a ver a Jebson, sino que, medio adormecido por el ritmo monótono de Bates, estaba metido en sí mismo, dando vueltas inquietamente en busca de una respuesta.

Una respuesta.

Sabía que tenía que haber una respuesta.

Sabía que si no encontraba esa respuesta...

Cuatro horas esfumadas. Y entonces se dio cuenta nebulosamente de que si no las encontraba estaba condenado, como Tommy había insinuado, a volverse loco. Y con todo y con eso instintivamente sabía, aunque de forma confusa, que no osaría encontrar esas cuatro horas. No se atrevería. ¡Y aún así tenía que hacerlo!

Estaba de pie otra vez mirando ausente al libro de himnos y cantando, más de memoria que por las notas del órgano. Luego ya dejó de cantar, estaba abstraído de todo.

Una sustancia blanda se restregó contra su pierna.

Tenía miedo de mirar hacia abajo.

Miró al suelo.

No había nada.

Con la garganta seca y tratando de no temblar centró su vista en el libro y siguió el himno. Miró a Tommy de reojo, pero éste estaba canturreando con suave voz de barítono, ausente, por el momento, de todo lo que no fuese la gloria del Señor.

La congregación estaba sentada mientras se pasaba el cesto para la colecta y Bates anunciaba algunos acontecimientos que tendrían lugar esa semana. Lowry trató de no mirar hacia sus pies y de no sacarlos de debajo del banco. Estaba más tenso cada vez, hasta que fue incapaz de permanecer sentado.

Algo blando se restregó contra su pierna.

Y aunque había estado mirando justo hacia ese punto...

¡No había nada!

Agarró a Tommy por el brazo y le dijo, susurrando: Ven conmigo. Se levantó y salió al pasillo. Sabía que era el centro de todas las miradas, que no osaría salir corriendo, que Tommy le miraba lleno de asombro, pero que le seguiría obedientemente.

Hacía calor en la calle soleada y las pocas hojas verdes que quedaban producían una música sibilante al ser mecidas por el viento suave. Un muchacho harapiento estaba sentado sobre la acera tirando al aire una moneda que alguien le habría dado por limpiarle los zapatos. El chófer del señor Jebson dormitaba sobre el volante del coche y, calle arriba, un mozo de cuadra somnoliento vigilaba los caballos de la excéntrica señora Lippincott, que iba siempre en coche de tiro. Las bestias blandían la cola perezosamente para espantar las escasas moscas y pateaban de vez en cuando. Las lápidas del cementerio parecían tersas y apacibles sobre las tranquilas lomas de reverdeciente hierba y un ángel de piedra extendía sus alas sobre «Süas Jones, R.I.P.». Llegaba un olor a tierra húmeda de un terreno en el que se estaba plantando césped y el aroma de los sauces de un arroyo cercano.

Lowry aminoró el paso bajo la influencia del entorno, se encontraba mejor a cielo abierto donde había grandes espacios a su alrededor. Decidió no contarle nada a Tommy y éste tampoco le preguntó.

Cuando atravesaron el pavimento resplandeciente de la High Street, con el rabillo del ojo vio algo que se movía. No era algo concreto, simplemente le dio la impresión de que una cosa oscura y redondeada se desplazaba a su lado. Giró la cabeza para verlo... pero allí no había nada. Miró hacia arriba para ver si se trataba de la sombra de algún pájaro, pero, aparte de algunos gorriones que picoteaban por la calle, no había ave alguna. Empezó a ponerse en tensión de nuevo.

Lo volvió a avistar fugazmente, pero se esfumó otra vez cuando lo quiso inspeccionar detenidamente. Y, aún así, tan pronto como volvió a mirar al frente lo pudo percibir una vez más.

Una ínfima mota de negrura, muy pequeña.

Lo intentó observar por tercera vez, y por tercera vez desapareció.

-Tommy.

-¿Sí?

-Verás. Vas a pensar que estoy como una cabra. Algo me tocó la pierna cuando estábamos en la iglesia, pero no vi nada. Y ahora algo me viene siguiendo, a este lado. No puedo verlo claramente, porque desaparece cuando miro. ¿Qué puede ser?

-Yo no veo nada -dijo Tommy acallando su alarma-, probablemente tienes una mota en el ojo.

-Sí -dijo Lowry-. ¡Sí, eso es! Se me ha metido algo en el ojo.

Pero un simple punto de sombra, o lo que quiera que fuese, le seguía lentamente tan de cerca como podía. Aceleró el paso, y aquello hizo lo propio. Desaceleró intentando que aquello lo rebasara y así poder saber de qué se trataba. Pero lo que fuese también disminuyó el ritmo.

Estaba cada vez más nervioso.

-Mejor será que no le digas nada de esto a Mary.

-No se lo diré -prometió Tommy.

-No quiero inquietarla. Bastante la preocupé anoche. Pero tú no la vas a alarmar con nada de esto, ¿verdad?

-Por supuesto que no -dijo Tommy.

-Será mejor que vengas a mi casa esta noche.

Digitalización y corrección por Antiguo

-Si crees que es necesario.

-No... no lo sé -dijo Lowry de forma lastimera.

-Continuaron caminando y Lowry se fue apartando de aquella cosa que apenas si podía ver hasta que Tommy tuvo que andar prácticamente fuera de la acera. Estaba muerto de miedo ante la idea de que aquello volviera a tocarle, presentía que si eso ocurría se volvería loco.

-Tommy.

-Sí.

-¿Puedes ponerte a mi derecha?

-Claro.

-Y entonces Lowry pudo avistarlo brevemente con el rabillo de su ojo izquierdo. Tenía la garganta obstruida como si se hubiese metido en la boca polvos de esmeril.

Cuando llegaron al sendero que había delante de su casa, se detuvieron: Ni una palabra de esto a Mary -dijo Lowry.

-Naturalmente que no.

-Te quedas a cenar y luego a dormir, ¿de acuerdo?

-Como quieras -sonrió Tommy.

Subieron las escaleras y entraron en el recibidor; al oírlos entrar, Mary salió del salón, rodeó a Lowry con sus brazos y lo besó: ¡Hombre! Así que has estado en la iglesia, vaya un salvaje que estás hecho. Hola, Tommy.

-Mary, tan encantadora como siempre -dijo Tommy, tomando la mano que le tendía.

-No permitas que mi amado aquí presente te oiga decir eso -dijo Mary-. Te quedas a cenar, supongo.

-Supongo.

-Bien. Ahora, chicos, quitaos los abrigos y los sombreros, entrad y decidme qué cara puso la señora Hawkins cuando se enteró de que no podía venir a tomar el té.

-Puso una cara horrible -dijo Tommy-, de todas formas, siempre tiene cara de estar oliendo queso rancio. Charlaron un rato mientras Lowry permaneció junto a la chimenea apagada. Se dio cuenta de que, mientras hubiese una oscuridad muy densa, no atisbaba la cosa. Es decir, no la veía al principio, porque cuando giraba la cabeza aparecía fugazmente en medio de la habitación. De vez en cuando trataba de cogerla desprevenida, pero se escabullía rápidamente cada vez. Trató de girar la cabeza con lentitud para aproximarse gradualmente, pero también entonces se mantenía fuera del ángulo de visión.

Presentía que si pudiese averiguar qué era aquello, fuese lo que fuese, dejaría de preocuparse. Pero hasta que lograra verlo... Se estremeció de temor al pensar que podría rozarle de nuevo.

-¡Pero, Jim! -dijo Mary, interrumpiendo la conversación con Tommy—, estás temblando otra vez -le cogió por el brazo y lo llevó hacia la puerta-. Ahora vas a subir, te vas a tomar medio gramo de quinina y vas a echar una cabezadita. Tommy me ayudará a poner la mesa y me hará compañía, ¿verdad, Tommy?

-Por un amigo, lo que sea -dijo Tommy.

Se quedó un poco intranquilo al dejarles solos. Pero, bueno, Tommy debía haber estado allí muchas veces mientras él estaba fuera y se habría comportado siempre de forma completamente inofensiva. ¿Qué le estaba sucediendo? ¡Pensar eso de Tommy! Su mejor y en realidad único amigo. Comenzó a subir las escaleras.

Aquella «cosa» subía junto a él peldaño a peldaño. Se arrimó contra la pared para evitar cualquier posibilidad de entrar en contacto con ella, pero se dio cuenta de que la presencia de la pared le impediría hacer cualquier movimiento para escaparse y eso le hizo sentirse más nervioso todavía.

¿Qué era aquella cosa?

¿Por qué le perseguía?

¿Qué le iba a hacer?

¿Cómo podría hacer que desapareciera?

Se estremeció de nuevo.

Encontró la quinina en su habitación y al ir hacia el baño para coger un vaso de agua la cosa le

acompañó. La podía ver de forma muy vaga sobre los blancos azulejos. Entonces echó mano de su ingenio. La guió girando lentamente la cabeza y luego saltó de lado fuera del baño dando un portazo al salir. Por un momento se le ocurrió la idea estúpida de que tendría que decirle a Mary que no abriese esa puerta, pero pensó que mejor sería cerrarla con llave. Encontró una llave en la puerta del dormitorio y se la llevó al baño. Al momento se oyó el «clic» de la cerradura. Estuvo a punto de soltar una carcajada y, entonces, se contuvo al darse cuenta. No podía ser así. Lo que quiera que aquella cosa fuese, tendría que ser perfectamente explicable. Tenía algo en los ojos, eso era todo. La malaria, sencillamente. Algo que los médicos no habían descubierto sobre esa enfermedad.

Se fue a su habitación, se quitó la chaqueta y se tumbó en la cama. El aire cálido que entraba por la ventana era reconfortante y concilio inmediatamente un sueño tranquilo, que no fue perturbado por pesadillas.

Se despertó unas tres horas más tarde. El sol le estaba dando en la cara y tenía calor. Oyó que Mary le decía desde el piso de abajo que la comida estaba lista. ¿No era un poco tarde para comer siendo domingo? Por la posición del sol debían ser casi las cuatro.

Se levantó estirándose y bostezando; se encontraba mucho mejor después de haber descansado, experimentó una grata sensación por algo que había hecho, pero no recordaba muy bien qué era, medio dormido como estaba.

Le llegó el sonido agradable de una risa fuerte y musical; creyó por un momento que se trataba de Mary. Pero entonces pensó que no podía ser Mary, ella tenía una risa grave y débil que le resultaba cálida y confortante, y esta risa... tenía algo de sobrenatural. ¿Dónde la había escuchado antes?

Se levantó y abrió la puerta que daba al pasillo, pero no procedía del piso de abajo. Se asomó por la ventana, pero no había nadie en el camino ni en el jardín. ¿De dónde venía esa risa? ¿Qué la producía? Y entonces percibió un movimiento, como si algo hubiese recorrido la pared para ponerse detrás de él. Se giró. Hubo un revuelo como si algo se hubiese colocado a sus espaldas de nuevo. Se puso a dar vueltas.

Pero fue en vano. Aquella cosa que encerró tan cuidadosamente estaba allí con él otra vez... y era el origen de la risa.

¡Y qué risa más histérica!

Se sintió muy cansado. Lo mejor sería ignorarla, lo que quiera que fuese; hacer como si no la viese ni la escuchase, pretender que no estaba allí para nada. ¿Podrían oírla Mary y Tommy?

Se fue resignadamente al baño y se lavó.

-¿Jim?, Jim, viejo zorro, ¿es que no vas a bajar nunca?

-Ya voy, Mary -mejor sería no parecer muy agitado.

Cuando entró en el salón la mesa estaba puesta con una brillante cristalería, cubertería de plata y vajilla de porcelana; un pollo enorme humeaba en una bandeja, flanqueado por puré de patatas y guisantes.

-¡Hombre, señor! Tienes mejor aspecto -dijo Tommy. -No ha dormido nada esta noche -dijo Mary-. Venga, Jim, muchacho, hazte con las herramientas y a trinchar.

Se sentó presidiendo la mesa y Tommy a su derecha. Miró a Mary que se sentaba enfrente y la sonrió. Qué mujer más guapa tenía, y cómo se estremecía cuando ella le miraba de esa forma. ¡Y pensar que había puesto en duda su amor! Ninguna mujer podría mirar a un hombre de esa manera a menos que le amase de verdad.

Cogió el cuchillo y el tenedor de trinchar y comenzó a cortar el pollo. Entonces, el cuchillo dio una sacudida repentina y no lo pudo sujetar. Sonó un fuerte estrépito cuando cayó sobre la vajilla.

¡Una risa penetrante y musical justo detrás de él!

-Tommy -dijo, tratando de hablar con claridad-, ¿te importaría hacer los honores? Creo que estoy un poco tembloroso.

Mary se preocupó, pero a Jim se le pasó. Tommy se puso manos a la obra con el pollo y Mary sirvió la verdura... mirando furtivamente a Tommy llena de admiración. Cuando todo estuvo servido, se dispusieron a comenzar.

-Vaya pollo -dijo Tommy.

-¡Ya puede serlo con lo que me costó! -dijo Mary-. El precio de la comida ya no puede subir más sin chocarse con las nubes.

-Sí -dijo Tommy pausadamente-, y los salarios siguen siendo los mismos. Esto es lo que se llama progreso económico... poner todo a precios tan altos que nadie pueda comprar nada, entonces habrá un excedente que el gobierno adquirirá para tirar a la basura; y de esta forma el contribuyente tendrá cada vez menos dinero para comprar artículos cada vez más caros. Sí, verdaderamente hemos progresado desde los tiempos en que vivíamos en las cavernas.

Mary se echó a reír y la cosa hizo lo mismo con una risa horrible. Pero fue una coincidencia porque un momento después, cuando Tommy dijo algo serio, aquello se volvió a reír.

Jim había cogido el cuchillo y el tenedor un par de veces. Pero otra cosa extraña estaba teniendo lugar. Cada vez que iba a tocar el plato, éste se movía. No mucho, sólo un poquito. Una especie de desplazamiento lento y circular, que cesaba tan pronto como él decidía no tocarlo, pero que volvía a producirse en cuanto trataba de hacerlo. Con la excusa de servirse más salsa, miró cuidadosamente debajo del mantel. Pero todo estaba en orden. Volvió a colocar el plato y, al ir a aproximarse a él, se movió una vez más.

Se sintió indispuerto.

-Por favor... ¿me disculpáis? No... no me encuentro muy bien.

-¡Jim!

-Mejor será que llame a un médico -dijo Tommy-. Estás muy pálido.

-No, no. Estoy bien. Dejadme que me acueste un rato.

-Te tendré la comida caliente- dijo Mary.

-Era una velada tan agradable -dijo Lowry con gesto apenado-. No os preocupéis por mí. Seguid cenando.

Y entonces la risa sonó de nuevo, más fuerte y penetrante, y la oscura sombra se deslizó junto a él cuando se precipitó hacia la cama. Se dejó caer. Pero luego, pensándose mejor, se levantó y echó el pestillo. Se tumbó de nuevo, pero no encontró sosiego. Con la garganta rígida y medio indispuerto, comenzó a dar vueltas por la habitación.

CAPITULO 5

«Se oyó como un ronroneo y aquel ser oscuro parecía más grande. Algo comenzó a desasir lentamente los dedos de Lowry, aferrados al saliente».

Un reloj en el piso de abajo dio las siete, con toques largos y pausados. Lowry, sentado en la cama cabizbajo, se estiró intranquilamente y se desveló tras la amnesia agradable del sueño. Al despertarse, se dio cuenta de que algo terrible estaba a punto de sucederle. Se tumbó un momento lleno de estupor y trató de extender las fronteras de su consciencia para repasar sus recuerdos uno a uno, pero los desechaba instantáneamente. No, nada tenía relación por su condición actual, no sabía nada que pudiese haber causado...

El agudo rentintín de una risa llegó a sus oídos.

Se incorporó con todos los músculos temblando y vio cómo aquello se escabullía a los pies de la cama, fuera del ángulo de visión. ¡Si al menos lograra verlo completamente!

Un papel se movía en alguna parte, agitado por la cálida brisa nocturna, como si hubiese alguien en la habitación revolviendo entre sus cosas. Y aunque el cuarto estaba aparentemente vacío, un papel, meciéndose en el aire, cayó a sus pies sobre la alfombra. Lo miró, pero no se atrevió a cogerlo. La curiosidad pudo finalmente con el miedo, lo desplegó y trató de leerlo. Era un tipo de escritura obsoleto e ininteligible, todo borroso y aglutinado. Lo único que se podía leer, y tampoco estaba claro, era una hora: «... 11:30 a...».

Escudriñó entre las sombras del cuarto, pero aparte de lo que se había escondido debajo de la cama, al parecer estaba solo. ¿Lo habría traído el viento?

Once y media. ¿Se trataba de una cita? ¿Esa noche? Se estremeció ante la idea de tener que salir otra vez.

Pero, ¿no podría ser que algún amigo se estuviese ofreciendo para ayudarle a encontrar esas cuatro horas? Y esta vez sería cauteloso y no bajaría escaleras sin estar seguro de la solidez del fondo.

Se levantó e instantáneamente el pequeño objeto oscuro se situó tras él, dejándose ver sólo de la forma más fugaz. Empezó a experimentar una nueva sensación en su interior, una rabia nerviosa, lo que alguien siente cuando recuerda ocasiones en las que se comportó cobardemente.

Porque sabía positivamente que estaba actuando como un cobarde. Estaba permitiendo que esas cosas le hiciesen perder el juicio, sin tan siquiera ofrecer resistencia; le estaban zarandeando como a un espantapájaros en medio de un huracán y se estaban riendo de él, ¡tal vez incluso compadeciéndole! Sus puños se cerraron, fuertes como mazas. Dios sabía que a él nunca le faltó coraje, ¿por qué tenía que replegarse como un villano lloroso y tolerar que aquellas cosas lo aplastaran? Apretó los dientes y sintió el latir de su corazón, ansiaba entablar feroz combate y derrotar para siempre a lo que estaba tratando de destruirlo.

Se puso una gabardina del armario, sacó un Colt 38 de un cajón y se lo metió en el bolsillo. También se guardó una linterna. Dejaría de actuar como un cobarde. Se enfrentaría a los fantasmas y los destrozaría.

¿A las once y media? Seguro que algo le conduciría hasta el punto de encuentro. Quizá ya le estuviese esperando en la calle.

Se oyó nuevamente la fuerte risa y se dio la vuelta para tratar de golpear al objeto oscuro, pero éste le eludió otra vez. No importaba..., se las vería con él más tarde.

Salió silenciosamente de su habitación. No había luz en el cuarto de Mary. No tenía sentido molestarla. Tommy debía de estar en el cuarto de invitados que había enfrente de las escaleras, porque la puerta estaba ligeramente entreabierta. Tapó la linterna con los dedos de tal forma que sólo un pequeño haz luminoso incidiese sobre la cama y contempló a Tommy. Sin esa mueca irónica, Tommy era realmente un tipo atractivo, pensó Lowry. Y durmiendo, parecía tan inocente como el niño de un coro. Lowry bajó cautelosamente las escaleras, salió por la puerta de la calle y se detuvo en la sombra del porche para observar el camino.

La noche era cálida y una suave brisa susurraba tenue y dulcemente a ras del suelo. La luna, que ya casi era llena, flotaba en un cielo despejado, salpicado de estrellas más pequeñas y celosas.

Lowry llegó hasta la mitad de las escaleras y desafió al camino a que se abriera. Pero éste no lo hizo. Estuvo a punto de echarse a reír ante ese pequeño triunfo, llegó a la calle y buscó por todas partes. Todavía no eran las once y media, pero estaba casi seguro de que, si lo esperaban, habría una señal.

El pequeño objeto oscuro revoloteó entre sus piernas, y se oyó la risa, esta vez más suave, como la de un niño. Lowry se armó de valor al escucharla.

Esa noche no se escondería ni saldría corriendo. Aquellas cosas le habían resultado extrañas hasta ese momento, pero ahora dejarían de serlo. Algo vendría para guiarle y él tendría valor y lo seguiría.

-¡Jim!

Vio la silueta de Tommy en una ventana del piso de arriba.

-¡Jim! ¿A dónde vas?

Pero algo se movía bajo el árbol que tenía delante, le estaba haciendo señas.

-¡Jim! ¡Por lo menos espera a que te dé el sombrero!

Un escalofrío se apoderó de él. Aquello reclamó su atención más enérgicamente y él se dirigió hacia donde estaba.

No pudo distinguir al principio de qué se trataba, pues la luz de la luna no llegaba hasta allí. Pero observó por un momento una pequeña figura vestida con hábitos, cuya altura no superaba el metro veinte. Llevaba un crucifijo con cuentas al cuello y sandalias de cuero que dejaban entrever sus pies.

-¿Recibió mi mensaje?

-Sí. ¿A dónde vamos? -preguntó Lowry.

-Lo sabe tan bien como yo, ¿no es así?

-No.

-Está bieeen... Me reconoce, ¿no?

Lowry lo miró más detenidamente. Aquel monje diminuto parecía tener cierto aspecto intangible, como si le faltase sustancia corpórea. Lowry se dio cuenta de que podía ver a través de él: atisbo el tronco de un árbol y la acera bañada por la luz de la luna.

-Soy Sebastián. Me sacó de mi tumba hará unos seis años. ¿Se acuerda?

-¡Los sepulcros de la iglesia de Chezeto!

-Ah, lo recuerda. Pero no piense que le guardo rencor. Soy una persona muy humilde, nunca me enfado y si tengo que vagar por ahí sin hogar, y si mi cuerpo fue el polvo que su pala esparció, aun así no estoy enfadado -y ciertamente estaba casi humillado-. Pero, con todo, había cierta vileza en la forma soslayada que tenía de mirar a Jim, que hacía albergar ciertas dudas.

-Había yacido allí durante trescientos años y, usted, pensando que se trataba de unas ruinas aztecas, porque vio símbolos aztecas en las piedras que se utilizaron para la construcción, me desenterró. ¿Dónde está mi cinturón?

-¿Su cinturón?

-Sí, un cinturón de oro muy bonito. Lo recogió y le dijo al guía: «¿Qué es esto? ¡Un cinturón de oro con símbolos de la Iglesia Católica! Pensé que esto eran ruinas aztecas. Una semana cavando y sólo un cinturón de oro».

-Está en el museo de la universidad.

-Eso me molestó un poco -dijo Sebastián apenado- «...y sólo un cinturón de oro». Me gustaba porque lo hice yo, ¿entiende?, y pensamos que era muy hermoso. Convertimos a Razchytíl al catolicismo, tomamos su oro y construimos con él recipientes sagrados. Y cuando falleció, trabajando en las minas, llegamos tan lejos como para enterrarle con una cruz de oro. ¿Me puede devolver el cinturón?

-Ahora no lo puedo recuperar.

-Oh sí, debe hacerlo. De otra manera no le acompañaré para enseñarle eso.

-¿Para enseñarme qué?

-Dónde pasó las cuatro horas.

Lowry reflexionó un instante y luego asintió con la cabeza.

-De acuerdo. Recuperaremos su cinturón. Venga conmigo.

Lowry caminaba rápidamente calle arriba, la oscura sombra le seguía a la izquierda, justo fuera de su campo visual. Sebastián marchaba a su derecha, un paso detrás de él. Las sandalias de cuero de Sebastián no producían sonido alguno sobre el suelo.

El edificio que albergaba el museo estaba a muy corta distancia y Lowry estaba ya hurgando en sus bolsillos en busca de las llaves. La puerta se abrió en la oscuridad, pero Lowry conocía muy bien el sitio y no encendió la linterna hasta que estuvo al lado de la vitrina que guardaba el cinturón. Tanteó en busca de más llaves y, encendiendo la linterna, comenzó a introducir una de ellas. Se detuvo. Enfocó los objetos que había en el interior. ¡El cinturón había desaparecido!

Se giró nerviosamente hacia Sebastián: El cinturón no está aquí. Lo deben de haber vendido a otro museo durante mi ausencia.

Sebastián inclinó la cabeza: Ha desaparecido entonces. Y nunca lo recuperaré... pero no estoy enfadado. Soy una persona muy humilde. Nunca me enfado. Adiós, señor Lowry.

-¡Espere! ¡Trataré de recuperarlo para devolvérselo! ¡Lo compraré y lo pondré en algún lugar donde pueda encontrarlo!

Sebastián se detuvo en la puerta y luego se escabulló hacia un lado. Un haz luminoso atravesó la sala. Era Terence, el guarda de la universidad.

-¿Quién anda aquí? -gritó Terence, tratando de que su voz sonase decidida.

-Soy yo -dijo Lowry, deslumbrado al introducirse en el rayo de luz.

-¡Oh, profesor Lowry. Claro. Me ha dado un susto de muerte. Estas no son horas de andar enredando

con esas baratijas.

-Estoy haciendo un estudio -dijo Lowry-. Necesitaba cierta inscripción para la clase de mañana.

-¿Y la encontró?

-No. Ya no está aquí. Supongo que la habrán vendido.

-Jebson vendería hasta a su madre, profesor Lowry, y sé lo que me digo. Me ha bajado el sueldo, eso es lo que ha hecho. Y lamento terriblemente lo que le ha hecho a usted. Yo creo que el artículo que escribí era muy bueno.

-Gracias -dijo Lowry desplazándose hacia la puerta, temiendo que Sebastián se hubiese asustado.

-Claro que se pasó un poco, profesor Lowry. Vaya, le podría presentar a gente de mi tierra que le contaría muchas cosas para las que no encuentran explicación. No es muy saludable ir por ahí desafiando a los demonios a que te aplasten.

-Sí, sí. Estoy seguro de que no lo es. Me tengo que marchar, Terence, pero, si quiere, puede pasarse por mi despacho alguna tarde de éstas, cuando se levante, y oíré gustosamente su testimonio.

-Gracias, profesor Lowry. Gracias. Eso haré.

-Buenas noches, Terence.

-Buenas noches, profesor Lowry.

Lowry caminó rápidamente hacia el lado más sombrío de la calle y, tan pronto como estuvo seguro de estar fuera del campo visual de Terence, comenzó a buscar por todos lados algún rastro de Sebastián. Pero todo lo que llegó a ver fue el paso fugaz del objeto oscuro que lo acompañaba.

Cuando ya llevaba casi veinte minutos buscando oyó que alguien le llamaba apagadamente.

-Oh -dijo Lowry sintiéndose aliviado—. Confiaba en que no se hubiese marchado. Quería decirle que, si pudiese esperar, compraría el cinturón de oro.

-No estoy enfadado -dijo Sebastián.

-Pero quiere su cinturón, ¿no es eso?

-Me complacería mucho. Era tan hermoso. Lo hice con mis propias manos, con muchas humildes plegarias al Señor, y, si bien el metal era pagano, la creación fue obra del amor.

-Recuperará su cinturón. Pero esta noche debe conducirme al lugar donde encontraré las cuatro horas.

—Entonces, ¿está decidido a encontrarlas?

-Lo estoy.

-Jim Lowry, me pregunto si sabrá lo que le supondrá encontrarlas.

—Lo que sea. Estoy resuelto a hacerlo.

-Tiene usted valor esta noche.

-No se trata de valor. Sé lo que tengo que hacer, eso es todo.

-Jim Lowry, anoche se encontró usted ciertos seres.

-Sí.

-Esos seres están todos de nuestro lado. Forman parte de las fuerzas del bien. No perdió esas cuatro horas con ellos, Jim Lowry. Ni conmigo.

-Tengo que hallarlas.

-Usted no podría concebir las fuerzas que hay al otro lado. No podría concebir tanto dolor, terror y maldad. Si está decidido a encontrar esas cuatro horas, debe estar preparado para enfrentarse con esas fuerzas.

-Tengo que encontrarlas.

-Entonces, Jim Lowry, confíe en mí y le mostraré parte del camino. El resto lo tendrá que recorrer usted solo.

-Le seguiré.

Las manos diminutas y delicadas de Sebastián trazaron en el aire la señal de la cruz y luego señalaron un camino hacia arriba. Lowry se percató de que estaba sobre una calzada uniforme de color azul que serpenteaba hacia lo alto, como si llegase hasta la misma luna.

Sebastián se tocó las cuentas que llevaba al cuello y comenzó a caminar. Lowry miró a su alrededor, pero por más que buscaba, no veía al pequeño objeto oscuro, ni escuchaba su risa... si es que era él su

origen.

Anduvieron un largo trecho, atravesando campos extensos y casas en total quietud. En cierta ocasión, un ser con la cabeza gacha ocultando su rostro se cruzó con ellos, descendía con pasos lentos y cansados, pero Lowry no acertó a distinguir lo que era.

El camino comenzó a presentar hendiduras, como si hubiera estado formado por escalones que hubiesen quedado reducidos a escombros; cada vez había más brotes de yerba entre las grietas, lo que indicaba que era poco transitado. Una cadena nebulosa de montañas iba tomando forma en el horizonte y entonces Lowry tuvo la impresión de que estaban llegando a ella con demasiada rapidez. El sendero empezó a serpentear y a bajar por laderas sinuosamente para luego discurrir casi por el borde interno, como si hubiese habido gran actividad sísmica y derrumbamientos. Notaban temblores de vez en cuando y, en cierta ocasión, lo que empezó como un murmullo acabó convirtiéndose en un gran estrépito y una parte del camino se derrumbó tras ellos dejando un vacío. Lowry empezó a inquietarse por el regreso.

-Ahora se pone más complicado -dijo Sebastián-, ¿ha escalado montañas alguna vez?

-No muy a menudo.

-Bueno..., parece lo suficientemente fuerte.

Sebastián atajó atravesando en ángulos rectos el sendero, cada vez más angosto, y trepó fácilmente por un risco casi vertical; cuando Lowry le alcanzó, descubrió para su asombro que, si bien el peñasco parecía muy alto a primera vista, luego no tendría más de ocho o nueve pies y se subía sin dificultad. Lo bordearon durante un trecho y luego el camino descendió bruscamente hasta convertirse en un hilo blanco. El viento soplaba un poco más fuerte allá arriba, pero era todavía cálido y la luna brillaba tranquilizadora. Parecían tener buenas razones para pasar inadvertidos, porque ahora Sebastián se pegaba contra la pared de un risco que esta vez sí era verdaderamente alto.

-Se pone un poco peor ahora -dijo Sebastián-, tenga mucho cuidado.

Habían llegado al final de los dos riscos y una esquina en ángulo recto les separó de ellos dejando ante sus manos anhelantes tan sólo una pared rugosa.

Lowry miró hacia abajo y se sintió ligeramente mareado. No le trastornaba la altura más de lo normal, pero el risco se erguía allí hasta el infinito, no se vislumbraba el final, y se imaginaba cayendo desde aquella altura. En el fondo, un pequeño arroyo, que parecía un hilo brillante, se abría paso a través de una garganta rocosa: y desperdigados por la pared vertical, empequeñecidos en la distancia, sobresalían árboles como manos tendidas. Sebastián desapareció al doblar una esquina. Lowry se estiró una y otra vez, pero no lograba ver ningún apoyo.

Asomándose mucho vio un saliente. Pensó que dejándose caer un poco lo podría alcanzar. Se inclinó y se aferró a él fuertemente. Estaba apoyado en el saliente con las piernas colgando en el vacío.

-Continúa -dijo Sebastián.

Lowry subió lentamente. Era muy difícil sujetarse al saliente porque, al ser rasposo, le lastimaba las manos y estaba ligeramente inclinado hacia fuera. Intentó ver a Sebastián, pero su propio brazo se lo impedía. Comenzaba a encontrarse cansado, sintió náuseas al ser presa del pánico, presintió que alguien le contemplaba dispuesto a desasirlo y dejarlo caer. Miró hacia el saliente.

¡Un enorme bulto negro se cernía sobre él y dos grandes ojos luminosos lo miraban malévolamente!

Lowry miró hacia abajo, sólo había vacío. Se oyó como un ronroneo y aquel ser oscuro parecía más grande. Algo comenzó a desasirle lentamente los dedos del saliente.

-¡Sebastián!

No hubo respuesta del monje.

-¡Sebastián!

El ronroneo se hizo más fuerte, como si el ser estuviese más complacido.

Una mano ya estaba casi suelta, ¡y luego lo estuvo del todo! Lowry se balanceaba en el vacío y aquello comenzó a soltarle parsimoniosamente la mano izquierda. Se acordó de la pistola, la sacó del bolsillo y apuntó.

La mirada no cambió. El ronroneo se hizo más suave. Lowry se dio cuenta súbitamente de que no debía disparar. Si lo hacía, aquella mole se precipitaría sobre él; de todas formas era dudoso que las balas

fuesen a causarle algún efecto. Su mano izquierda quedó libre y cayó en picado. El aire chocaba estrepitosamente en su cabeza y contra su nariz; y la voraz oscuridad lo engullía.

Tuvo consciencia de la luna y las estrellas, todas revueltas en una danza frenética; de la ladera, que se desplegaba hacia arriba a una velocidad vertiginosa, y del arroyo resplandeciente, que ahora estaba un poco más próximo que cuando comenzó a caer.

No recordaba cómo tocó tierra. Yacía sobre una superficie tan pulida que parecía metálica. Aturdido, se puso de rodillas y se asomó por el extremo de este segundo saliente. Vio que el arroyo estaba allí abajo todavía. Era evidente que los árboles habían frenado su caída.

¿Dónde estaba Sebastián?

Miró hacia arriba pero no halló rastro alguno del ser que lo había dejado caer. Miró a derecha y a izquierda, pero no había ninguna bajada desde donde estaba. Pegado contra el muro, recorrió el borde. Había cuevas allí, grutas pequeñas cuyas sombrías bocas ocultaban cosas que sólo llegaba a intuir vagamente. Sabía que no debía entrar en ellas. Pero si no..., ¿de qué otra forma podría bajar de allí?

Una de las cuevas era mayor que las otras y si bien su resolución se había debilitado considerablemente, decidió que debía entrar. Se introdujo a cuatro patas y sus manos se toparon con algo peludo que le hizo respingar hacia atrás. Algo le golpeó ligeramente la espalda y volvió a ponerse de rodillas. El suelo de aquel lugar era todo lanudo, seco y cosquilleante al tacto.

-Siga delante de mí, por favor -dijo una voz grave y despreocupada.

No se atrevió a mirar a lo que la había emitido, lo que quiera que fuese. Se incorporó y continuó adelante. Había unos grandes bordes lisos con los que se tropezaba una y otra vez. Obviamente había perdido la linterna, pero aunque la hubiese tenido todavía, no se habría atrevido a usarla. Había algo horrible en aquel lugar, algo que no podía definir con palabras, pero que le acechaba con una paciente quietud, quizá detrás de la próxima esquina, quizá en la siguiente... Se chocó contra una pared rugosa y se magulló.

-Por favor, continúe -dijo una voz a sus espaldas con tono aburrido.

-¿Dónde... dónde está Sebastián? -se aventuró a decir.

-Tú ya no estás con ellos. Ahora estás con nosotros. Haz todo lo posible para no causar problemas, porque te tenemos reservada una sorpresa en alguno de estos túneles. El camino continúa a tu derecha, estúpido. ¿No te acuerdas?

-Nunca... nunca he estado aquí antes.

-Oh, sí, sí que has estado. Ya lo creo que has estado. ¿Verdad?

-Así es, ciertamente -dijo otra voz próxima. -Muchas, muchas veces.

-Bueno, no muchas -dijo la otra voz-, como unas tres en total. Eso es, justo aquí, en este lugar.

-Continúa -dijo la primera voz, bostezando.

Hacía todo lo que podía para que sus piernas le respondiesen. Algo inenarrablemente horrible le esperaba, algo a lo que no osaba acercarse, ¡si lo viera, se volvería loco!

-Ahora nos perteneces, así que continúa de frente.

-¿Qué van a hacer conmigo?

-Ya lo sabrás.

Llegaron a una pendiente y, a cada paso que daba, parecía que algo cobrase vida bajo sus pies y se alejara deslizándose, haciéndole casi tropezar. Otras veces se le enredaba en los tobillos, otras le golpeaba fuertemente.

La pendiente era muy prolongada y en el fondo sólo había negrura. ¡No debía llegar allá abajo! ¡No debía llegar allá abajo! ¡Tenía que dar la vuelta mientras estuviese a tiempo!

-Continúa -dijeron las voces hastiadas-, ahora nos perteneces.

Al frente sólo había quietud. Al frente... Lowry se desplomó sobre la rampa, demasiado indispuerto y débil como para seguir, demasiado asustado de lo que le acechaba, como para dar otro paso. Todo le dio vueltas, oía cómo le gritaban.

Y entonces escuchó la voz baja y pausada de Sebastián que pronunciaba, monótonamente, frases largas en latín.

-¡Sebastián!

Lowry se levantó titubeante y se dirigió tambaleándose hacia la voz. No estaba seguro de si era que el camino se había bifurcado y él había seguido bajando por otra ruta. No estaba seguro de nada, excepto de la voz de Sebastián.

Al doblar una esquina se quedó deslumbrado por la media luz que entraba a través de una ventana con cristales de colores que había en lo alto. El lugar estaba lleno de sombras y polvo pero, poco a poco, empezó a distinguir los objetos. Había siete toros esculpidos en piedra a lo largo de una repisa; cada uno de ellos sujetaba una bola con las pezuñas y sus ojos, con pétrea indiferencia, era como si contemplaran la escena.

El suelo era muy resbaladizo y le resultaba difícil mantenerse de pie. Lowry se aferró a un sucio tapiz que había a su derecha. La habitación estaba llena de gente, mitad de ellos hombres, y la otra mitad mujeres, y Sebastián estaba en un altar diminuto, que le elevaba ligeramente por encima de las cabezas. Las gráciles manos de Sebastián hacían movimientos lentos y artísticos en el aire; y su mirada se erguía para recoger los rayos de luz que entraban por la encumbrada ventana. Tenía un libro gigantesco abierto ante él, sujeto por una cruz y una corona sagrada puesta encima. Y a su alrededor, en un amplio círculo, desfilaban las mujeres.

Eran mujeres adorables, todas vestidas de blanco, excepto por un reflejo rojizo que surgía de sus capas al moverse, sus rostros eran puros e inocentes y sus movimientos esbeltos y pausados.

Por fuera de este corro de mujeres había otro círculo, pero de hombres. Estos iban también de blanco, pero sus rostros no eran puros, más bien tenían una expresión burlona y malévola. Sus capas blancas estaban manchadas de algo oscuro, que no se molestaban en ocultar.

Sebastián oraba y movía las manos para bendecirles. El círculo de mujeres se desplazaba lenta y plácidamente a su alrededor, pero ellas no lo miraban excepto cuando pasaban frente al altar. El corro de hombres no prestaba atención alguna a Sebastián.

Y entonces Lowry a punto estuvo de gritar. Se percató de qué era lo que estaban haciendo. A medida que el círculo de mujeres pasaba detrás del altar, los hombres extendían inopinadamente sus manos como garras para tocarlas y las mujeres les echaban una súbita mirada lasciva por encima del hombro para luego recobrar inmediatamente la expresión inocente al pasar de nuevo ante el altar. Los hombres se daban codazos entre ellos, se reían disimuladamente y volvían a extender sus brazos en la próxima vuelta.

Sebastián seguía orando, su mirada tierna puesta en el cuadrado de luz.

Lowry trató de alejarse, pero el suelo era tan resbaladizo que era difícil, no ya correr, sino mantenerse en pie.

Entonces descubrió la causa. ¡Había una capa de sangre de una pulgada de espesor!

Lanzó un grito.

Todo el mundo se giró hacia él. Sebastián abandonó sus plegarias y le lanzó una sonrisa bondadosa. El resto de la gente murmuraba, le señalaba y fruncía el ceño, una latente disposición a la irascibilidad se hizo patente en ellos.

Los siete toros que había sobre el saliente cobraron vida lanzando un mugido. Movieron las pezuñas y las bolas salieron rodando, se pudo ver entonces que se trataba de cerebros humanos. Movieron las patas de nuevo y los cerebros cayeron dando tumbos para estrellarse en mitad de la masa enardecida derribando algunas personas, pero sin alcanzar a Sebastián.

Lowry no podía salir corriendo. No podía respirar. El gentío gritaba ahora enfurecido, convencido de que había sido él quién había arrojado los cerebros. Logró llegar a la rampa justo antes de que lo alcanzaran. Echó a correr tan deprisa como pudo. Una forma sinuosa le cerró el paso.

-¿A dónde vas?

Lowry la apartó frenéticamente de un empujón y siguió corriendo.

Lo derribaron de un golpe en la espalda y alguien gritó: ¿A dónde vas? ¡Tienes que quedarte aquí y presenciario hasta el final! Pero Lowry se puso de pie y salió como un rayo. El rugir de la masa se iba desvaneciendo, pero sabía que ahora había otras cosas acechándole, que revoloteaban a su alrededor,

intentando cortar la retirada.

Chocó contra una pared e, incorporándose, forcejeó tratando de encontrar una salida, pero no la había. El fragor del gentío sonaba más cerca. Se lastimó las manos tratando de encontrar una escapatoria. Surgieron cuchillos relucientes y el manar de su sangre templó el frío pinchazo de uno de ellos. Se arrojó hacia delante y cayó al vacío. Sentía la hierba bajo sus manos, y la luna en lo alto; se incorporó y echó a correr, atravesando un banco de arena que aminoró su velocidad y le hizo tambalearse. Escuchaba todavía zumbidos a su alrededor. Se había distanciado de la masa, ¿pero lograría deshacerse de aquellas formas?

-¡Sebastián!

Pero Sebastián no estaba.

-¡Sebastián!

Tan sólo el zumbido de aquellas cosas sobre su cabeza y visiones borrosas de los seres que lo acompañaban en su huida. La luna brillaba sobre una gran superficie, que parecía un lago salado que se hubiese secado. Estaba ahora a cielo abierto y no había ningún lugar donde esconderse o refugiarse. Estaba en un claro y le asediaban seres invisibles, ¡seres que querían capturarlo!

Una forma sombría surgió delante, todavía a cierta distancia. Se frenó y giró para alejarse en otra dirección. Su sombrero, su capa oscura y el objeto que manoseaba le eran familiares... ¡Jack Ketch!

Llegó a una hondonada y se precipitó hacia ella dando tumbos. Se deslizó por el suelo y se adentró en un sombrío bosquecillo que encontró allí. Alguien lo estaba llamando, pero no lograba entender las palabras. ¡Algo que le llamaba y que no debía encontrarlo nunca jamás!

Unos montículos blancos se levantaban en torno a él ofreciéndole refugio y se adentró entre ellos.

El bosque era allí más espeso y la hierba suave y protectora. Algo se movió entre los arbustos tratando de localizarle, y él se tumbó y permaneció inmóvil, aplastándose contra la tierra. Aquel ser estaba cada vez más próximo y su voz era susurrante.

Pero entonces la voz se fue alejando, el crujir de las ramas se hizo más tenue y Lowry se quedó tumbado sobre la fresca hierba, recuperando el aliento. La luna proyectaba sombras delicadas en aquel lugar y la brisa nocturna era cálida y acariciadora. Comenzó a respirar con normalidad y el bombear de su corazón se hizo más pausado.

Era casi una sensación triunfal la que estaba experimentando, ¡pero no había encontrado las cuatro horas perdidas! Se incorporó ligeramente y apoyó la barbilla entre las manos para contemplar vagamente aquello blanco que tenía enfrente.

¡No había encontrado las cuatro horas!

Y su mirada se centró en lo que había delante de donde estaba tumbado. Era consciente de estar echado sobre parte de un montículo y de la fresca fragancia de flores que debían haber brotado con retraso esa primavera.

Se acercó un poco más hacia la piedra blanca.

Había algo escrito en ella.

¿Qué tipo de escritura era?

Se aproximó más aún y lo leyó:

JAMES LOWRY

Nacido en 1901

Fallecido en 1940

Descanse en paz

Retrocedió.

Se puso de rodillas y luego de pie. Todo le daba vueltas en la noche, volvió a escuchar la risa fuerte y aguda, y la pequeña sombra oscura se precipitó alrededor suyo para salir del campo visual.

Se dio la vuelta y comenzó a correr alocadamente lanzando un grito desgarrador.

Había logrado encontrar un instante de paz. ¡Paz y reposo ante la lápida de su futura tumba!.

CAPITULO 6

«Era obvio que había perdido mucho peso, porque tenía las mejillas hundidas y una palidez tan gris como el vientre de una nube de tormenta, lo cual le dejó conmocionado: tenía cierta similitud con un cadáver».

Cuando a la mañana siguiente se despertó, supo, por la forma en que incidía el sol sobre la pared, que por lo menos le quedaba otra media hora para levantarse. Normalmente, cuando éste era el caso, tiraba un poco de las mantas para arroparse y disfrutaba de la pereza. Pero esa mañana era diferente.

Un petirrojo estaba posado en un árbol al pie de la ventana, estirando la cabeza hacia un lado y a otro tratando de descubrir lombrices desde aquella altura privilegiada; de vez en cuando se olvidaba de los gusanos y entonaba unas notas de jovial vivacidad, a las que encontraba respuesta desde otro lado del jardín. Un cortacésped estaba en marcha en alguna parte, temprano como era, y su animado zumbido se veía aumentado por alguien que silbaba despreocupada y discordantemente. Se oyó un portazo y un perrito aulló por un instante, pero al parecer luego avistó otro can y se produjo una furiosa algarabía de feroces advertencias. Lowry escuchaba a Mary cantar abstraídamente a media voz en el piso de abajo, no reconocía la canción. Oyó una tabla crujir en el pasillo del segundo piso, había una especie de amenaza en aquel sonido.

El pomo de la puerta giró silenciosamente y ésta se abrió una pizca; se escuchó otro crujido y una bisagra rechinó de forma apagada. Lowry entrecerró los ojos fingiendo dormir y vio cómo la puerta se abría otro poquito. Se quedó rígido.

El rostro de Tommy, coronado por su pelo negro y enmarañado, estaba en la rendija de la puerta, y en la

mano que apoyaba sobre el pomo brillaba la sortija con su sello. Lowry permaneció inmóvil.

Era evidente que a Tommy le complacía que Lowry durmiese, porque cruzó el umbral con pisadas silenciosas y se dirigió hacia la cama. Luego se quedó allí de pie, mirándole con rostro inexpresivo, como dispuesto a sonreír o a darle los buenos días en caso de que Lowry se despertara... y si no lo hacía, entonces...

Lowry tenía los ojos semicerrados, lo suficiente como para despistar a un observador, pero no lo bastante como para no ver a Tommy. ¿Por qué — se preguntó Lowry — estaba fingiendo de esa manera? ¿Qué había de peculiar en Tommy que le hiciera tomar tal precaución?

Parecía que el petirrojo hubiese localizado una lombriz porque desatendió un reclamo y se precipitó hacia el suelo. Una señora estaba llamando a su hijo para mandarle a un recado a toda prisa.

Tommy permaneció allí, contemplando a Lowry, hasta que estuvo lo bastante seguro de que aún dormía y entonces, echando un vistazo a la puerta, como para asegurarse de que Mary seguía en el piso de abajo, se desplazó silenciosamente hasta el borde de la cama.

Lowry sintió el impulso de incorporarse y agarrarle por la camisa, pero un latente instinto de protección se sumó a su curiosidad y dejó que los acontecimientos siguieran su curso. Tommy movía la mano delicadamente ante los ojos de Lowry... una y otra vez. Este sintió que le invadía una sensación de entumecimiento.

Llegó el momento de actuar. Se despertaría y saludaría a Tommy... Pero no pudo moverse. Parecía como si estuviese paralizado. Y Tommy se inclinó hacia él hasta que sus rostros estuvieron a menos de tres pulgadas. Lowry creyó ver, por un instante, colmillos en la boca de Tommy, pero antes de que lograra captar una impresión más detenida los dientes habían vuelto a su tamaño original.

Tommy permaneció allí durante más de un minuto y luego se incorporó con una sonrisa fría que borraba la belleza de sus rasgos. Volvió a pasar la mano ante la frente de Lowry y, con una pausada inclinación de cabeza, se escabulló hacia el corredor cerrando la puerta silenciosamente al salir.

Pasó algún tiempo antes de que Lowry lograra moverse y, cuando lo consiguió, lo hizo débilmente. Se

sentó en el borde de la cama, estaba tembloroso, como alguien que acabara de haber donado sangre. Cuando hubo reunido las suficientes energías se aproximó al espejo y, apoyándose en el tocador con ambas manos, se contempló en él.

Tenía los ojos tan hundidos bajo las abatidas cejas que apenas pudo distinguir sus propias pupilas, su pelo estaba enmarañado y en su rostro ya no brillaba esa mirada desafiante con la que siempre había tratado de compensar su fealdad. Era obvio que había perdido mucho peso, porque tenía las mejillas hundidas y una palidez tan gris como el vientre de una nube de tormenta, se quedó conmovido: tenía cierta similitud con un cadáver.

Se olvidó de las secuelas de sus esfuerzos y trató de borrar rápidamente los estragos causados por la tensión nerviosa, lavándose, afeitándose y acicalándose a conciencia y, cuando volvió a mirarse en el espejo para anudarse la corbata, se sintió un poco más animado.

Después de todo, era un nuevo día de primavera. Al diablo con Jebson; ese viejo estúpido se iba a morir mucho antes que él. Al diablo con las cuatro horas; como dijo el caballero andante, ¿qué eran cuatro horas? Al diablo con los fantasmas que le habían estado acosando. Tenía suficiente fortaleza y coraje para resistirlos. Así como la fuerza de voluntad y el valor necesarios para reafirmarse en sus declaraciones del artículo. ¡A ver qué eran capaces de hacer!

Bajó trotando por las escaleras mientras se abrochaba la chaqueta y mantenía sus ánimos con un esfuerzo que casi parecía físico. El objeto oscuro estaba a su lado, detrás suyo; y se oía la risa aguda y penetrante en la distancia, pero estaba decidido a no darle la satisfacción de prestarle atención. Se comportaría como siempre lo había hecho, a pesar de todo. Saludaría a Mary y a Tommy con simpatía y daría sus clases tan fría y prolijamente como de costumbre.

Mary lo miró de reojo; al verle, como aparentaba estar mucho mejor, lo rodeó con sus brazos y le dio el beso de buenos días. Tommy ya estaba sentado a la mesa.

-¿Ves? -dijo Mary- este viejo bloque de granito no se puede erosionar. Está tan alegre como siempre.

-Y si no, peor para él -dijo Tommy-. A propósito, Jim, las once y media de la noche no es el momento más adecuado para un paseo. Espero que no hayas tenido problemas.

Se sintió momentáneamente resentido con Tommy por haber mencionado aquello. Era como si Tommy se empeñara en ponerle delante de los ojos aquellos terribles sucesos. Pero éste se volvió a dirigir a él de forma tan amistosa que no podía albergar ningún mal. Sin embargo... esa visita extraña, y...

-Aquí está tu desayuno -dijo Mary, sirviéndole un plato con jamón y huevos-. No tienes que apresurarte, pero te aconsejo que empieces ya.

Lowry la sonrió y se sentó presidiendo la mesa. Cogió cuchillo y tenedor, pensando todavía en Tommy. Se dispuso a tomar un poco de huevo...

Aunque muy ligeramente, el plato se movió.

Lowry miró a Tommy y a Mary para ver si se habían dado cuenta. Evidentemente no. Hizo otro intento de coger la comida.

Y, de nuevo, el plato se desplazó levemente de forma lateral.

Dejó el tenedor.

-¿Qué ocurre? —dijo Mary.

-Creo... creo que no tengo mucha hambre.

-¡Pero no has comido nada desde ayer que desayunaste!

-Bueno... -cogió el tenedor decididamente. El plato se movió lentamente. Y al observarlo se dio cuenta de otro hecho.

Cuando no miraba a Tommy directamente, sino con el rabillo del ojo, parecía como si éste tuviese colmillos.

Lo miró de frente, pero no había nada anormal en la boca de Tommy. Debía de estar imaginándolo, pensó Lowry. Se inclinó otra vez sobre el plato.

Pero no había ninguna duda sobre la validez de aquella impresión. Al instante de apartar la vista de la cara de Tommy, ¡éste aparecía con unos colmillos amarillentos que se hundían ligeramente en su labio inferior!

El plato se movió.

El pequeño objeto oscuro se escabulló a sus espaldas.

La aguda risa penetrante se oyó desde alguna parte.

Haciendo alarde de todo su coraje, Lowry se las arregló para permanecer sentado. Miró hacia el plato.

Mientras no intentara tocarlo, estaba perfectamente inmóvil.

Entonces se dio cuenta de otra cosa. Cuando apartaba la mirada de Mary, ¡parecía que ésta tenía colmillos, no muy diferentes de los de Tommy!

La observó, pero su rostro tenía la misma dulzura de siempre.

Miró hacia otro sitio.

¡Dos colmillos amarillentos desencajaban la boca de Mary!

¡Si pudiese ver esos colmillos al mirarlos de frente! ¡Entonces estaría seguro!

El objeto oscuro se deslizó fuera del ángulo de visión.

Intentó comer, pero el plato se movió.

Se retiró de la mesa de un salto, derribando la silla. Mary lo miró asustada. Tommy también se levantó.

-Tengo que ver a alguien antes de la primera clase -dijo Lowry con voz cuidadosamente templada.

Miró a Tommy y vio los colmillos de Mary. Se volvió hacia Mary y era ella otra vez, pero entonces vio los colmillos de Tommy.

Se marchó precipitadamente hacia el recibidor y agarró el abrigo, consciente de que Tommy le seguía y se estaba poniendo el suyo. Mary se detuvo ante él y le miró desconcertada a los ojos.

-Jim, ¿hay algo que no me hayas contado? Sabes que puedes confiar en nosotros, Jim.

Le dio un beso y tuvo la impresión de sentir esos colmillos que no llegaba a ver completamente: Estoy bien, cariño. No te preocupes por mí. No me pasa nada.

Era obvio que no se quedó convencida, estaba dándole vueltas al asunto, contrariada, y no fue hasta cuando él ya había bajado las escaleras -y sintiéndose satisfecho al ver que eran sólidas- que le llamó para decirle: ¡Tu sombrero, Jim!

Se despidió de ella con la mano y avanzó a grandes zancadas hacia la calle. Tommy tuvo dificultades para mantener su paso.

-Jim, muchacho, ¿qué es lo que te ocurre?

Cuando miraba de reojo a Tommy, podía ver sus colmillos nítidamente... y el gesto significativamente torcido de su rasgos: No pasa nada.

-Sí que pasa, Jim. Ayer por la noche te vas de la mesa y, a las once y media, o a la hora que fuese, te vas deambulando de acá para allá, como si estuvieses poseído por mil demonios; y ahora te vas volando. Hay algo que no me estás contando, Jim.

-Ya sabes la respuesta, dijo Jim hoscamente.

-No...: no te entiendo.

-Tú fuiste el que empezaste a hablarme sobre demonios y diablos.

-Jim -dijo Tommy-. ¿Crees que tengo algo que ver con lo que te está sucediendo?

-Estoy casi seguro de ello.

-Me complace que dijeras «casi», Jim.

-Me tomé aquella bebida, luego todo se desvaneció durante cuatro horas y perdí...

-Jim, no hay ningún veneno, ni nada parecido en el mundo, que pudiese causar esa amnesia sin dejar ningún rastro. Concédeme eso, Jim.

-Bueno...

-Y tú lo sabes -dijo Tommy—. Sea lo que sea lo que te esté sucediendo, no tiene nada que ver conmigo.

-Bueno...

-No discutamos, Jim. Sólo trato de ayudarte.

Jim Lowry permaneció callado, y siguieron caminando en silencio. Lowry estaba hambriento ahora; de la cafetería salía una gran algarabía y el aroma del café. Trató de no pensar en lo que le había sucedido ayer en aquel lugar.

-Sigue tú -dijo Jim-. Tengo que ver a alguien ahí dentro.

-Como quieras. ¿Te veré en la comida?

-Supongo que sí.

Tommy se despidió con una inclinación de cabeza y se marchó con paso acelerado. Lowry entró y se encaramó en una banqueta.

-¡Hombre! -dijo Mike, aliviado al ver que no había perdido a un cliente por culpa de su locuacidad-. ¿Qué va a ser, señor?.

-Jamón y huevos -dijo Lowry.

Se sintió reconfortado al ver que su plato no se movía. Y empezó a afianzarse en la creencia de que Tommy debía de tener algo que ver con lo que le estaba ocurriendo. Devoraba la comida como si estuviese muerto de hambre.

Media hora más tarde ya estaba en el aula de clase. Era agradable encontrarse en un lugar tan familiar, allí de pie, sobre la tarima, mirando a los estudiantes entrar por el patio. En breve estarían allí y él comenzaría a hablar monótonamente sobre el tema de creencias y civilizaciones ancestrales; y, tal vez, después de todo, nada iba mal en el mundo.

Miró a su alrededor para ver si todo estaba en orden, si la pizarra estaba limpia para poder escribir...

Observó el encerado que había tras la tarima. Era extraño. Siempre los limpiaban durante el fin de semana. ¿Qué hacía allí esa frase?

«Tú eres la entidad. Espéranos en tu despacho.» ¡Vaya una escritura más curiosa! No muy distinta a la de la nota que, de alguna manera, le hicieron llegar, pero ésta se podía leer con claridad. ¿Entidad? ¿Tú eres la entidad? ¿A qué podría referirse? ¿Esperar en su oficina? ¿A quién? ¿Para qué? Una sensación de malestar ante el desastre inminente empezó a adueñarse de él. ¿Qué clase de truco era éste? Agarró un borrador y lo restregó furiosamente a lo largo del mensaje.

Al principio no se borraba, pero luego, lentamente, cuando lo pasó por la primera palabra, ésta se desvaneció. ¡Luego la segunda, la tercera, la cuarta! ¡Ahora se estaba borrando! Terminó de forma tan exhaustiva que no dejó ni el menor rastro.

Y entonces, la primera palabra, la segunda; letra por letra, en lenta cadencia, aparecieron nuevamente. Empezó a temblar.

Echó mano del borrador nuevamente y barrió el mensaje. Pero apareció otra vez, letra por letra, pausadamente.

«Tú eres la entidad. Espéranos en tu despacho.»

Arrojó el borrador con ímpetu, justo cuando los dos primeros estudiantes estaban entrando. Se preguntó qué irían a pensar del mensaje. Tal vez pudiese inventar alguna excusa para incluirlo en el tema de la clase... No, los alumnos estaban habituados a ver expresiones extrañas en las pizarras, remanentes de clases anteriores. Mejor lo ignoraría completamente.

Los estudiantes arrastraban los pies y las sillas; y se saludaban unos a otros por todo lo largo y ancho del aula. Una chica estrenaba vestido y trataba de actuar con naturalidad. Un chico llevaba jersey nuevo e intentaba aparentar mucha virilidad ante los ojos de las chicas y mucha espontaneidad delante de sus amigos. El barullo se fue desvaneciendo gradualmente. Sonó la campana y Lowry comenzó la clase. Y sólo pudo proseguirla gracias a llevar mucho tiempo habituado y a haber leído muchos libros. Durante aquella hora, las palabras que pronunciaba llegaban a su consciencia de forma esporádica y parecía que lo que estaba diciendo tenía sentido. Los estudiantes estaban tomando notas, dormitando, cuchicheando y mascando chicle... era una clase completamente normal y obviamente todo iba bien.

-La creencia falaz y el rechazo natural del ser humano a tocar y explorar un tema tan íntimamente relacionado con los dioses, como es el de las enfermedades, actuaron durante siglos como una barrera eficaz ante cualquier intento de ahondar en el terreno de la ciencia médica. En China...

¿Esperarles en el despacho? ¿Esperar a qué? ¿Y qué querían decir por entidad?

-... aun cuando se descubrieron métodos curativos para atajar la fiebre o calmar el dolor, el pueblo llano achacó estos hechos a la aversión de los demonios, que producían la enfermedad, por esa hierba en particular; o a las cualidades mágicas del ritual. Hasta los mismos doctores continuaron durante mucho tiempo ciertos ritos, en primer lugar porque ellos mismos no estaban seguros de su efectividad, y,

segundo, porque el estado mental del paciente, que es un factor importante para la posible recuperación, se veía mejorado si, aparentemente, compartían las creencias del enfermo.

Suponía un alivio el poder estar allí y hablarles como si todo fuese bien. Y era una clase normal, porque seguían mirando a través de las ventanas y de las puertas, donde el sol era brillante y tranquilizador y la hierba suave y fresca.

-En cualquier cultura, la historia de la curación médica comienza con el tañir de los tambores del hechicero, en un intento de exorcizar a su paciente -aquí siempre gastaba una bromita sobre un paciente que se curaba a sí mismo, en un denodado intento de salvar sus tímpanos, pero ahora no podía decirlo. ¿Por qué?, se preguntaba.

-La predisposición del hombre hacia la enfermedad supuso al principio la confirmación de la existencia de espíritus y demonios, ya que, en muchos casos, no había ninguna diferencia visible entre un paciente sano y otro enfermo, y lo que el hombre no era capaz de ver lo atribuía a día... -se agarró al borde del escritorio- lo atribuía a diablos y demonios.

¿No resultaba extraño que los tambores curasen a la gente? ¿No era raro que encantamientos y amuletos para la salud hayan sido la única protección del hombre ante las bacterias, durante incontables generaciones? ¿No era chocante que la propia medicina mantuviese multitud de procedimientos cuyo origen se remontaba directamente a diablos y demonios? Y la pila de muletas que había visto en aquella iglesia mexicana, demostrando la eficacia de la fe en casos «desesperados». ¡La Iglesia! Y ahora que la gente había pasado de lo eclesiástico a una cultura completamente materialista, ¿no resultaba extraño que los acontecimientos mundiales fuesen tan terribles y sangrientos? ¡Los demonios del odio y los diablos de la destrucción, cuyo destino era mofarse del hombre e incrementar sus desgracias! Los espíritus del aire, de la tierra y del fuego; al no creerse ya en su existencia, tenían vía libre para sembrar su maldad en el mundo...

Se detuvo. La clase ya no murmuraba, ni mascaba chicle, ni miraba por la ventana, ni estaba adormecida. Sobre él se posaban miradas jóvenes, con los ojos muy abiertos, llenos de fascinación.

Se dio cuenta de que había expresado en voz alta sus últimos pensamientos. Observó su clase durante un instante, no más prolongado de lo que habría sido una pausa expresiva. Mentos jóvenes, dispuestas a asimilar cualquier cosa que alguien de renombre quisiera inculcarles, esponjas para las verdades a medias, las mentiras descaradas y la propaganda que conocemos por educación, material que se puede moldear a gusto de los educadores. ¿Cómo podía él saber si sus enseñanzas eran ciertas? Ni siquiera estaba seguro sobre si la expansión de la democracia era algo positivo. Aquellos eran los hombres de la generación venidera, en el umbral del matrimonio y de la batalla legal de los negocios. ¿Sería él capaz, con sus antecedentes, de llegar a contarles algo que les pudiese ser de provecho? El, que durante tantos años había estado tan seguro de que todo era explicable desde el punto de vista científico, ¡y que ahora se había desviado tanto como para haber visto y hablado con seres que durante muchos años estuvo desacreditando! ¿Cómo iba a decir ahora lo mismo de siempre?

-...y debido a esa creencia, tan profundamente arraigada en nuestros antepasados, ninguno de nosotros está hoy día seguro de si hay algo de verdad en aquellas ideas ancestrales. O tal vez... -¿Por qué echarse atrás ahora? Estaban allí para que él los moldease. ¿Por qué habría de mentirles cuando no hacía ni doce horas que había caminado entre fantasmas, le había guiado un sacerdote muerto hacía más de trescientos años y había sido acosado por seres invisibles; incluso ahora, podía ver de reojo aquel objeto oscuro que proyectaba su sombra, aunque no hubiese sol. Estaban allí para que él los moldease. ¿Por qué iba a tenerles miedo?

-Los científicos -continuó con una voz pausada- han pretendido apartar el miedo de las mentes de las personas diciéndoles que no hay nada de lo que deban temer, sólo por el mero hecho de que no vean su causa real. El hombre actual ha propagado la idea de que todos los fenómenos tienen explicación, que hasta se puede ver el rostro de Dios por medio de un arco voltaico. Pero ahora mismo, y en este lugar, no estoy seguro de nada. Después de haber indagado en el tema exhaustivamente, he descubierto que incontables millones de personas, todas aquellas que vivieron antes de este siglo, han estado regulando sus vidas con el debido respeto hacia el mundo sobrenatural. El hombre siempre ha sabido que su destino

sobre la Tierra sería desgraciado y, hasta hace una fracción de segundo, en tiempo geológico, siempre ha asumido que deberían de existir seres fuera de su alcance que encontraban un deleite especial torturándolo.

Habrà aquí, en este momento, al menos media docena de talismanes en los que sus propietarios han depositado una fe considerable. Los llamarán amuletos de la suerte y los recibirán de alguien que amaban o los encontraron en el transcurso de algún incidente que estaba más allá de su capacidad de comprensión. Medio creéis, entonces, en una deidad de la suerte. Medio creéis en una deidad del desastre. Todos os habréis dado cuenta de que alguna ocasión, cuando más seguros estabais de ser invulnerables, justo ese momento fue el inicio de vuestro declive. Decir en voz alta que uno nunca está enfermo parece abrir la puerta a la enfermedad. ¿A cuántos chicos conocéis a los que tuvisteis que ir a visitar al hospital una semana después de que se hubieran jactado de que ellos nunca tenían accidentes? Y si no mantuvieseis ciertas creencias de este tipo, entonces no buscaríais madera ansiosamente cada vez que alardearais de vuestra propia suerte.

Este es un mundo moderno, lleno de «explicaciones» materiales y, con todo, no hay ninguna máquina que garantice la buena suerte; ni promulgación de ley alguna que sirva para regular el destino del hombre. Sabemos que nos llega cierta cantidad de luz y, aun rechazando cualquier creencia en lo sobrenatural o en la existencia de dioses perversos, comprendemos claramente que nos apoyamos contra un oscuro vacío y que somos muy poco conscientes del grado de desgracia que nos tocará experimentar. Decimos lo de «por chiripa», llevamos amuletos de la suerte y tocamos madera. Colocamos cruces en lo alto de las iglesias y arcos en los campanarios. Cuando hay un accidente, esperamos a que tenga lugar el segundo y, solo entonces, nos sentimos seguros. Tenemos fe en un Dios bondadoso, y es esa fe la que nos permite seguir adelante; o caminamos sin ayuda alguna por los oscuros callejones de la vida, alertas ante los agentes demoníacos de la destrucción que podrían despojarnos de nuestra felicidad; o depositamos, arrogantemente, toda la confianza en nosotros mismos y desafiamos al destino para ver de lo que es capaz. Nos echamos a temblar en la oscuridad. Nos estremecemos ante la presencia de la muerte. Algunos de nosotros indagamos en ciencias místicas, como la astrología o la numerología, para asegurarnos de que nuestro futuro es halagüeño. Y ninguna persona en esta sala, a la que se abandonase a media noche en una casa embrujada, aseveraría allí la inexistencia de fantasmas. Somos seres racionales. Vamos por ahí dando a entender nuestra incredulidad, pero, al mismo tiempo, miramos detrás nuestro para vigilar si hay algún peligro que pudiese surgir de ese negro vacío.

¿Por qué? ¿Es entonces cierto que existen entre nosotros demonios, diablos y espíritus, cuyos celos del hombre les llevan a ocasionar daños intencionadamente? O a pesar de la evidencia del cálculo de probabilidades como explicación de la casualidad, ¿vamos a afirmar que la humanidad genera su propia desdicha? ¿Existen agentes que no estamos capacitados para percibir?

-Permitidme que os haga una pregunta: ¿No podría ser que todos nosotros tuviéramos un sentido potencial, que, con el ajetreo de la vida moderna, haya detenido su desarrollo? ¿No podría ser que nuestros antepasados, sensibles a los peligros naturales, al estar en contacto con el viento y la oscuridad, sí hubiesen prestado atención a ejercitar ese sentido? Y debido a que hemos dejado de aumentar nuestras percepciones, ¿no nos habremos quedado ciegos ante los agentes extra-materiales? ¿Y no podría suceder que, en un momento dado, experimentásemos un despertar repentino de ese sentido y viésemos, tan vividamente como el destello de un flash, esos seres envidiosos que amenazan nuestra existencia? Si fuésemos capaces de, aunque sólo fuese por un instante, contemplar lo sobrenatural, empezariamos entonces a comprender las complejidades que acosan al hombre. Pero si experimentásemos ese despertar y contásemos lo que viéramos, ¿no se nos tacharía de «locos»? ¿Qué me decís de las visiones de los santos?

-Al igual que los niños, sentimos la presencia de fantasmas en la oscuridad. ¿No será que ese sentido está más presente en los niños, cuyas mentes aún no están embotadas por la sobrecarga de hechos y más hechos? ¿Y no habrá en el mundo personas que hayan conversado con seres sobrenaturales, pero que no puedan demostrarlo o explicarlo, de forma que se les dé crédito, al carecer las otras personas de ese peculiar sentido?

-Os estoy planteando algo sobre lo que meditar. Me habéis prestado atención pacientemente durante largas semanas y habéis llenado cuadernos con apuntes de etnología. Durante todo este tiempo no os había propuesto que pensarais o meditarais sobre alguna cuestión. Ya suena el timbre. Reflexionad sobre lo que os he dicho.

La mitad de los alumnos, a medida que iban saliendo, parecían preguntarse si no se trataría de otra de las famosas bromas de Lowry. La otra mitad, más sagaz, dudaba sobre si el profesor Lowry estaría enfermo.

Pero a Lowry era como si no le interesara lo que pensasen. Se había sentado y evitaba todas las miradas ordenando sus papeles.

«Tú eres la entidad. Espéranos en tu despacho.»

CAPITULO 7

«Le dio una patada y fue a golpear pesadamente contra un rincón; desde allí, dos cuencas vacías lo contemplaban con cierto aire de reproche; se veía una partícula marrón sobre la alfombra, uno de los dientes se había desprendido».

Lowry llevaba algún tiempo sentado en su despacho contemplando los montones de papeles que abarrotaban el escritorio, pensando sobre la forma en que había terminado la clase. Llegó a la conclusión, según reflexionaba sobre ello, de que el destino del hombre era la contradicción de sus principios e ideas preconcebidas: al final se veía obligado a realizar lo que más solemnemente había jurado no hacer jamás; un sino malévolos le hacía tragarse finalmente las creencias más contrarias a su forma de ser. Y pensar que él, James Lowry, etnólogo, hubiese llegado a reconocer la existencia de fuerzas extra-sensoriales... Bueno, allí estaba, esperando. ¿Esperando a qué?

A esas cuatro horas.

Aquella idea le hizo levantarse y deambular por la habitación con la espalda encorvada, como si fuese un salvaje entre rejas. Logró contenerse y trató de serenarse moviendo con el pie algunos paquetes que había por allí y leyendo las etiquetas de los objetos que se habían remitido desde Yucatán. El clasificarlos había supuesto un año de trabajo, y ni siquiera sabía lo que tenía allí. Fragmentos de piedras, escombros, moldes de yeso con grabados, ídolos representados precipitadamente en miniaturas, un pergamino dentro de un tubo de metal...

Para amenizar la espera desenvolvió la caja que tenía más a mano y la puso sobre la mesa. Levantó la tapa. Era un cráneo fosilizado que fue hallado junto a un altar de sacrificios, la última reliquia de algún pobre diablo al que le arrancarían el corazón en vida, para saciar la sed de alguna deidad brutal que el hechicero habría imaginado, y cuya vida supuestamente necesitaba ser renovada. Una simple y ciega calavera... Cuando la desenterró, lo hizo con bastante sangre fría, tan habituado como estaba a su trabajo. ¿Por qué ahora le hacía estremecerse?

Su nombre... eso era. ¡Eso debía de ser! Su nombre grabado en aquella lápida.

JAMES LOWRY Nacido en 1901 Fallecido en 1940 Descanse en paz.

Ya resultaba extraño que se hubiese ido a tumbar sobre aquel montículo que resultó ser su tumba; y más extraño todavía que aquél fuera el único lugar donde encontró reposo esa noche. ¿Y la fecha? ¿1940? Un nudo en la garganta amenazaba con cortar la respiración. ¿Este año? ¿Mañana, la semana próxima, el mes siguiente?

Fallecido en 1940.

Y allí encontró alivio a sus tormentos. La puerta se abrió y entró Tommy. Lowry supo quién era, pero no se decidió a mirarlo a la cara. Y cuando lo hizo, al desplazar la vista, percibió la sonrisa malévola y aquellos colmillos amarillentos. Pero cuando lo miró de frente, era el mismo Tommy de siempre.

-Así que la vida está siendo severa contigo —dijo Tommy sonriendo—. ¿No querías ir a Química a por

algo de nitroglicerina? ¿Eh? ¿La necesitas?

-¿Algo va mal?

-No, nada, salvo que uno de tus alumnos está casi en estado de shock por un ataque de histeria. Y el resto, o por lo menos algunos, andan por ahí divagando sobre diablos y demonios. No me digas que ahora compartes mi punto de vista.

-No es que comparta tu punto de vista -dijo Lowry-. Uno está obligado a creer aquello que ve.

-¡Bueno, bueno, bueno, hechicero Lowry! ¿Realmente piensas lo que andan diciendo por ahí que has afirmado?

-¿Y qué otra cosa podría pensar? Durante cuarenta y ocho horas he caminado junto a fantasmas, he hablado con ellos y nos hemos estado persiguiendo mutuamente.

-Parece que ahora te lo tomas con calma.

-¿Por qué no habría de estar calmado?

-No, por nada. Es que se te ve menos nervioso que estos días de atrás; el sábado y el domingo, para ser exactos. Esto... bueno, ¿todavía ves...?

-Está ahí -dijo Lowry-, uno se acaba acostumbrando a cualquier cosa.

La puerta se abrió por segunda vez, era Mary. Esta no sabía nada del revuelo que Lowry había organizado en la clase y no sentía ningún deseo de preguntarle, pues dudaba si ella podría ser la causante de su extraño comportamiento. Lo miró medio asustada al pensar que estaba demasiado sonriente, pero al ver que él le devolvía la sonrisa, su rostro se iluminó.

-Hola, Jim. Hola, Tommy. Vengo sólo de paso, por un motivo muy propio de una esposa. Los fondos, odio tener que decirlo, están en las últimas, y la primavera y una despensa vacía requieren algo de ropa y comestibles.

Jim sacó el talonario de cheques.

-Esa -dijo Tommy- es la razón por la que nunca me casaré.

-Es un placer -dijo Lowry extendiendo el cheque.

-Faltan dos horas para mi próxima clase -dijo Tommy-. ¿Puedo cargar con tus paquetes?

-Esta deliciosa bestia de carga es bastante aceptable -dijo Mary con una reverencia.

Lowry le entregó el cheque y la besó delicadamente.

Tommy la cogió del brazo y abandonaron el despacho.

¿Fue una sensación ilusoria la que provocó que Lowry viese momentáneamente colmillos en la boca de Mary?

¿Era por la forma en que incidía la luz? ¿Fueron los consabidos celos los que hicieron imaginarse que ella miraba a Tommy apasionadamente según salían por la puerta?

Sacudió violentamente la cabeza tratando de apartar de su mente aquellos horribles pensamientos y se inclinó hacia el escritorio donde se encontró cara a cara con el cráneo. Tapó la caja sintiéndose molesto y la apartó a un lado; pero la tapa no estaba sujeta ni la caja se mantuvo en lo alto de una pila de papeles, por lo que la calavera cayó rodando con un sonido hueco y finalmente se detuvo al dar su nariz contra los pies de Lowry. Le dio una patada y fue a golpear pesadamente contra un rincón; desde allí, dos cuencas vacías lo contemplaban con cierto aire de reproche; se veía una partícula marrón sobre la alfombra, uno de los dientes se había desprendido.

JAMES LOWRY Nacido en 1901 Fallecido en 1940 Descanse en paz.

Sus pensamientos estaban entremezclados y no lograba recordar si se trataba o no del cráneo de Sebastián, ni siquiera si la tumba de Sebastián había contenido otra cosa que no fuese polvo y un cinturón de oro. De las profundidades de su aprendizaje durante el bachillerato llegaron unas palabras carentes de sentido: «Ser o no ser, ésa es la cuestión». Las pronunció varias veces antes de reconocer de dónde eran. Bromeó entonces, diciendo: Ay, pobre Lowry. Yo le conocí.

Intentó reírse de sí mismo, pero no pudo. Sentía como sus nervios entraban de nuevo en tensión; oía los ecos de los comentarios de aquella anciana: Gatos, sombreros, ratas... Gatos, sombreros, ratas. Sombreros, murciélagos, gatos, ratas. Los sombreros conducen a los murciélagos, a los gatos, a las ratas. Las ratas están hambrientas, James Lowry. Sombreros, llegas hasta donde están los murciélagos, te vas

donde los gatos y te devoran las ratas. ¿Todavía quieres encontrar el sombrero? Sombreros, murciélagos, gatos, ratas. Las ratas están hambrientas, James Lowry. Las ratas te devorarán, James Lowry.

Las ratas te devorarán, James Lowry.

Las ratas te devorarán, James Lowry.

Las ratas te devorarán, James Lowry.

Las ratas te devorarán, James Lowry.

Las ratas te devorarán, James Lowry.

Las ratas te devorarán, James Lowry.

Las ratas te devorarán, James Lowry.

¿Todavía quieres encontrar el sombrero?

¿Todavía quieres encontrar el sombrero?

¿todavía quieres encontrar el sombrero?

Se apartó del escritorio y derribó su silla contra el suelo. El violento estrépito le produjo cierto alivio, pero según levantaba la silla...

Sombreros, murciélagos, ratas, gatos. Sombreros, murciélagos, ratas, gatos. Sombreros, sombreros, sombreros. Murciélagos, murciélagos, murciélagos, murciélagos. Ratas, ratas, ratas, ratas, ratas. Sombreros, murciélagos, gatos, sombreros, ratas, murciélagos, ratas, gatos, sombreros, ratas, murciélagos, gatos...

¿TODAVÍA QUIERES ENCONTRAR EL SOMBRERO, JAMES LOWRY?

-¡No!

-Entonces -dijo una aguda voz de niña- tú eres la entidad.

Miró alrededor del despacho para localizar el origen de esa voz. Pero estaba vacío.

Entonces Lowry distinguió cierto movimiento en la pared que había frente a su escritorio, donde antes había estado una estantería, y el yeso tenía desconchones con formas absurdas. Miró hacia allí con detenimiento y descubrió que aquello estaba tomando una forma definida. Primero los rasgos vagos de una cara y luego, poco a poco, la silueta del cuerpo. Surgió pelo sobre la cabeza, los ojos se movieron ligeramente y una mano emergió de la pared, seguida luego del resto del cuerpo.

-No quisiera asustarle -dijo con una voz aguda y melodiosa.

Parecía una niña pequeña, no mayor de cuatro años, con largos tirabuzones rubios y miembros torneados. Llevaba un vestido de volantes blanco y limpio, y un lazo del mismo color a un lado de la cabeza. Tenía un rostro redondeado y hermoso, pero de una belleza extraña, que no era del todo propia de la niñez; sus ojos eran de un azul tan oscuro que parecían negros; y había cierta expresión en su mirada que no correspondía a una niña inocente, sino más bien a una mujer lasciva; sus labios eran carnosos y estaban ligeramente entreabiertos, como dispuestos a entregar un ardiente beso de amor. A su alrededor se cernía una sombra negra y globular a modo de aura. La primera impresión que daba era la de ser una niña de unos cuatro años, ingenua y sonriente. Su mirada acariciadora y sensual se detuvo en el rostro de Lowry mientras se encaramaba en lo alto del escritorio.

-No le estaré asustando, ¿verdad?

-¿Quién... quién eres?

-Pues una niña, por supuesto. ¿Es que está ciego? -se quedó pensativa y añadió-: ¿Sabe que tiene un aspecto muy agradable, señor Lowry? Tan grande y tan fuerte... -su mirada se tornó soñadora y se humedeció los labios compulsivamente, con su pequeña lengua rosácea.

-¿Fuiste tú la que escribió el mensaje?

-No. Pero vengo a hablarle sobre ello. ¿Está seguro, señor Lowry, de que no quiere encontrar su sombrero?

-No, no quiero.

-Era un sombrero muy bonito.

-No lo quiero volver a ver.

Ella sonrió y se recostó lánguidamente, sus zapatitos daban pequeños golpes ocasionales contra el lateral del escritorio. Bostezó, se estiró y luego lo miró detenidamente. Sus pequeños labios carnosos se

estremecieron y su lengua los recorrió. Con visible esfuerzo, se dispuso para ir al grano.

-Si se ha dejado ya de todas esas tonterías y de su escepticismo hacia nosotros -comenzó-, y si quiere unirse en la lucha contra ellos, entonces le diré algo que le complacerá escuchar. ¿De acuerdo?

Lowry vaciló y luego asintió con la cabeza. Se sentía muy cansado.

-Estuvo visitando a su amigo Tommy Williams justo antes de perder las cuatro horas, ¿no es cierto?

-Seguramente lo sabrás mejor que yo -dijo Lowry mordazmente.

Ella se rio y Lowry se sobresaltó al reconocer la risa que le había estado acompañando durante tantas horas. La miró detenidamente y descubrió que su imagen parecía latir y el aura oscuro se dilataba y se contraía como si de la respiración de un ser inmundo se tratase.

Balanceó sus zapatillas contra la mesa y continuó: Lo que Tommy Williams le dijo era cierto. Nos desafió y negó nuestra existencia; y le conocemos mejor de lo que usted se conoce a sí mismo. Verá, todo esto estaba programado. Al cabo de unas cuantas generaciones, saldamos nuestras cuentas con la humanidad. Ese período acaba de comenzar. Y a usted, señor Lowry, se le ha conferido el control, porque debemos tener un medio de control humano.

Sonrió y dos hoyuelos aparecieron en sus tiernas mejillas. Se estiró el vestido con gestos de niña pequeña y luego, contemplándolo, juntó sus talones.

-Eso es lo que queremos decir por «entidad», señor Lowry. Usted es la entidad, el centro de control. Normalmente todas las formas de vida, durante instantes efímeros, se alternan para aportar su contribución. Tal vez, durante algún momento de su vida, haya experimentado la repentina sensación de preguntarse: ¿Yo, soy yo? Pues bien, esa consciencia de uno mismo es similar a lo que los hombres denomináis devoción. Casi cada ser viviente de este mundo se erigió durante unos momentos como esa entidad, el punto focal de toda la vida. Es como una antorcha que se pasa, de mano en mano. Normalmente son inocentes niños los elegidos, como es mi caso, y de ahí que reflexionemos tanto sobre nuestra propia existencia.

-¿Qué estás tratando de decirme?

-Pues lo que le estoy planteando -dijo recatadamente- es que estamos en un período en el que nosotros somos los que elegimos a la entidad y le conferimos esa función a un único hombre. Creo que su amigo, Tommy Williams, sabe de esto. Mientras viva el mundo estará animado. Mientras camine, escuche y vea, el mundo seguirá su curso. Toda la vida, en su entorno inmediato, se concentrará en demostrarle que está viva, ¿entiende? Pero no lo está. Los otros son para usted simples peones. Esto le tendría que haber sucedido mucho tiempo antes, pero era difícil lograr comunicar con usted. Usted es la entidad, el único ser viviente en el mundo.

La esfera de negrura que la rodeaba latía suavemente. Se quitó el lazo blanco del pelo con sus delicadas manitas y lo dobló en su regazo. Miró fijamente a Lowry y esa expresión de mujer lasciva apareció en su mirada y sus labios se entreabrieron ligeramente. Su respiración se aceleró.

-¿Qué... qué se supone que debo hacer? -dijo Lowry.

-Pues nada. Usted es la entidad.

-¡E-e-e-1 e-e-s-s- 1-a-a e-e-n-t-i-i-d-a-a-d! -bramó un coro de voces desde otras partes de la habitación.

-Pero, ¿por qué me lo comunicáis?

-Para que no se preocupe por nada y no vaya a cometer ninguna imprudencia. Tiene miedo de Tommy Williams. Pues bien, Tommy Williams es un mero peón que usted genera, al igual que Jebson y que Billy Watkins.

-Entonces, ¿cómo es que esta mañana se acercó a mí, me miró y me quedé paralizado?

Ella se puso en tensión: ¿Qué es lo que hizo?

-Simplemente me miró a la cara. Y sigo viéndole colmillos cuando no lo miro directamente...

-¡Oh! -gritó conmovida-. Entonces es imposible.

-E-e-s-s i-i-m-p-o-o-s-i-i-b-l-e-e -dijeron las voces al unísono.

-Es demasiado tarde -afirmó finalmente-. No puede hacer nada. Tommy Williams está al frente de los «otros». Tiene que ajustar cuentas con Tommy Williams como sea.

-¿Por qué?

-Ya se ha apoderado de parte de su alma.

-Ha estado aquí hace unos minutos.

-¡Cada vez que le vea tratará de arrebatárle un poco más! ¡Debe impedirlo!

-¿Cómo? -chilló Lowry.

Pero la niña se había marchado, el áurea se hizo más oscura y comenzó a desvanecerse por su parte superior hasta que no quedó nada más que un círculo negro. ¡Hizo puff y se esfumó!

-¿Cómo? -gritó Lowry.

Sólo el eco de su voz le respondió. Y cuando detuvo su mirada en el desconchón de la pared, sólo era un desconchón y no tenía ninguna semejanza con un rostro ni nada parecido.

¿Quién era aquel ser?

¿Dónde estaba ahora?

Lowry hundió el rostro entre sus brazos.

Cuando dieron las doce en punto en el reloj, Lowry se puso de pie, más por la fuerza de la costumbre que por un deseo de salir del despacho. Una sacudida de pánico recorrió su ser como si, inconscientemente, esperase recibir un ataque desde el rincón más insospechado. Logró vencer esa sensación a duras penas; se estiró, se puso el abrigo y se marchó rápidamente y en estado de alerta. Pero empezó a tener otra impresión que iba llegando gradualmente a su consciencia, era el sentimiento de que nada podía alcanzarle. Y a medida que la primera sensación desaparecía, esta otra se iba afianzando. No era muy diferente a la confianza que un fanático religioso depositaría en su dios particular, algo que le era completamente extraño a Lowry. Según iba andando entre los grupos de estudiantes presurosos, fue cobrando consciencia de su fuerza y tamaño.

Después de todo, era un hombre corpulento, pero al tener un carácter tímido, nunca había tenido muy en cuenta ese hecho; es más, al no haber considerado nunca el tema, pensaba que tenía una estatura y peso normales. Se cruzó con un grupo de atletas del colegio y, casi sonriendo, se percató de que él era más alto y corpulento que ellos. Le resultaba extraño el que nunca hubiese tenido en cuenta esa cualidad. Fue como haber encontrado una mina de oro; como si una mujer hermosa se le hubiese declarado de repente; o como si un millón de personas lo aclamasen llenos de entusiasmo.

Ya en el exterior, un estudiante estaba sentado en las escaleras, de forma que la penetrante languidez de la luz del sol pudiese acariciar su espalda; tenía un periódico en las manos. Al cruzarse con él, Lowry se preguntó qué estaría sucediendo en el mundo, y echó un vistazo a la página.

Pensó por un instante que se había quedado ciego.

No había nada impreso en el papel.

Era simplemente una hoja en blanco, ¡por mucho que el estudiante pareciese estarla leyendo ávidamente!

Lowry, un poco preocupado, siguió adelante. A medida que caminaba, la satisfacción del ejercicio restableció una agradable sensación en su interior y se fue olvidando poco a poco del periódico. Había en el camino varios corrillos de estudiantes charlando. Un hombre manejaba laboriosamente un cortacésped. Un niño pasaba corriendo con un telegrama en la mano.

Lowry tuvo de repente una extraña sensación sobre el entorno, como si algo estuviese sucediendo detrás de él y tuviese que saberlo. Se detuvo y se dio la vuelta.

El chico había dejado de correr, pero reanudó su carrera instantáneamente. El hombre del cortacésped se había parado, pero ya estaba en marcha de nuevo. Los corrillos de estudiantes habían dejado de gesticular y reírse durante una ínfima fracción de segundo, pero volvieron a hacerlo al momento.

Lowry reflexionó sobre el asunto mientras caminaba. Quizá estuviera pasando algo en su cabeza, podrían ser falsos recuerdos. Era sin duda su imaginación la que le hacía creer que las cosas se detenían cuando no las observaba.

El viejo Billy Watkins, más temprano de lo habitual, pasó cojeando. Se detuvo y se tocó la gorra: ¿Se encuentra hoy mejor, Ji... profesor Lowry?

-Mucho mejor, gracias.

-Bueno, cuídese, Jim... profesor Lowry.

Gracias, Billy.

Lowry reanudó su marcha y, de nuevo, experimentó aquella sensación. Se paró y miró por encima del hombro. El viejo Billy Watkins parecía un espantapájaros cojo, pero tan pronto como Lowry lo miró detenidamente, el viejo Billy continuó balanceándose calle abajo. Y lo mismo el que cortaba el césped, el mensajero y los estudiantes, todos se habían detenido, para reanudar sus actividades cuando Lowry los miró.

Aquello era muy extraño, pensó Lowry.

Pero algo más extraño aún se iba a cruzar en su camino. Una carreta de caballos marchaba pesadamente a su derecha, y tanto los caballos como la carreta se detuvieron en mitad de la acción, cuando él miró a otro lado, para continuar su pausada marcha al volver su mirada hacia ellos.

Llegó a la cafetería donde los profesores solían almorzar. Cuando abrió la puerta, todo estaba en silencio. No se oía el ruido de platos ni cubiertos; ni la algarabía de voces. Simplemente el silencio. Pero sólo por un instante. Cuando Lowry entró en la cafetería, el bullicio de cubiertos y voces se reanudó a toda marcha, como si hubiesen conectado entonces la banda sonora. Aparte de eso, no había nada anormal en aquel lugar. Los pocos estudiantes que había inclinaron la cabeza al verle y un grupo de profesores le saludó. Se vio obligado a sentarse entre ellos. -Qué vergüenza lo que ha hecho Jebson contigo -dijo un profesor joven con tono disgustado. Evidentemente alguien le dio una patada, porque un gesto de dolor, que borró raudamente, atravesó su rostro-. Aún así creo que es una vergüenza.

-Un sandwich de pollo y un vaso de leche -le dijo Lowry al camarero.

Luego estuvo charlando con los comensales sobre asuntos triviales del campus y les contó una anécdota de su último viaje a Yucatán. La sensación de serenidad, junto con la de una plenitud de ser, le hicieron sentirse cómodo. Y un poco más tarde, cuando se fueron dispersando, era consciente de que sus lazos de amistad con aquellas personas se habían estrechado un poco más. Pero durante todo el almuerzo tuvo la impresión de que pasaba algo raro en aquel sitio. En varias ocasiones trató de escuchar la conversación de la mesa de atrás, pero sólo había oído sonidos, un simple alboroto de sonidos.

Se acordó de que era lunes y se sintió aliviado. Ya no tenía que dar más clases, porque sus días fuertes eran los martes y los jueves. Se podría ir a pasear y disfrutar del sol para olvidarse de lo que le estaba sucediendo.

La cafetería estaba ya casi vacía cuando salió. Se detuvo un momento en la puerta, dudando sobre qué camino tomar. Y entonces tuvo la sensación de que algo iba mal en aquella calle, que le era tan familiar. El tráfico estaba detenido y los conductores parecían haberse quedado dormidos sobre el volante. Un niño en bicicleta estaba apoyado en un árbol como por inercia. Había tres estudiantes desplomados sobre la acera.

¡Aquella gente debía de estar muerta!

Pero no. Los conductores ya se habían incorporado y los coches estaban en marcha. El niño de la bici pasó pedaleando a toda velocidad. Los tres estudiantes cogieron los libros y se encaminaron apresuradamente hacia el campus, con total naturalidad.

Lowry se giró y miró dentro de la cafetería. El cajero estaba recostado sobre la vitrina que había junto a la caja registradora. Un camarero se mantenía en equilibrio en medio de la sala con un pie en el aire y una bandeja llena de platos en la mano. Un cliente rezagado estaba casi apoyado de bruces contra la sopa. Lowry avanzó sigilosamente hacia ellos.

El camarero comenzó a moverse tranquilamente. El cajero garabateaba algo en un cuaderno. El cliente rezagado sorbía ruidosamente la sopa.

Lowry se dio la vuelta lleno de perplejidad y se alejó de la universidad calle abajo. ¿Qué le estaba sucediendo ahora?

Se detuvo en un puesto de periódicos para comprar uno. El vendedor de periódicos no tenía nada de raro, incluso intentó el viejo truco de retrasarse al dar el cambio para ver si el cliente se olvidaba de los dos peniques que tenía que devolverle.

Lowry continuó desentendiéndose de las evidencias de las que había sido testigo. Miró el periódico. No le sorprendió excesivamente el que también éste estuviese en blanco, pero se llenó de rabia hacia el vendedor de periódicos. Se dio la vuelta y regresó hacia el puesto. Antes había habido otra persona

comprando, pero ahora tanto ésta como el vendedor estaban inmóviles, tumbados sobre el mostrador. No se pusieron en movimiento hasta que Lowry ya había llegado prácticamente hasta donde estaban, y entonces reanudaron sus transacciones con normalidad. Pero Lowry observó que el periódico que aquél estaba comprando también estaba en blanco. Lowry arrojó enojado el periódico al suelo y prosiguió su camino.

Lowry estuvo deambulando en dirección norte y tomó un camino que conducía a las afueras de la ciudad; porque sentía el anhelo de llegar hasta un apacible arroyo en el que solía bañarse de niño y sentir la brisa que corría en sus riberas. Durante el camino se topó con otras manifestaciones lo suficientemente patentes como para dejarle sorprendido: la gente, los animales, los pájaros entraban en acción un instante después. Estaba convencido de que percibía con retraso, o de que era su mente que, agotada por los acontecimientos de los dos últimos días, no estaba registrando instantáneamente.

No se preocupó demasiado hasta que llegó al lugar donde pretendía descansar. Últimamente tenía entendido que en aquel sitio se había edificado una fábrica de celulosa; pero a medida que se aproximaba, no había ninguna señal de la misma, ni había humo manchando el cielo.

Llegó al lugar al borde del pozo donde solía bañarse a pesar de aquel cartel: «Depósito de agua municipal. No contaminar». Se estiró en la fresca hierba y sintió el sol sobre su piel. Qué grato resultaba ir allí, pero qué diferente era él de aquel niño que había vagado por ese escondrijo durante sus largas vacaciones. Se fue sumiendo paulatinamente en una lánguida felicidad y fue pasando revista ociosamente a las cosas que había hecho y que había pensado cuando todavía llevaba pantalones cortos. En aquel entonces, sentía un temor reverente hacia su padre, catedrático de Atworthy, lo mismo que él ahora. Le divirtió la idea de haberse convertido en aquello por lo que tanto respeto había tenido en su temprana edad, y se recreó imaginando qué le habría él dicho a aquel niño con pantalones cortos que había retozado las horas muertas en aquel preciso lugar. ¿Cómo le habría explicado que el misterio del mundo de los adultos no era tal misterio, sino el hábito indefinido de actuar dignamente, extraído tal vez de la imagen ofrecida por la juventud, para compensar quizá la disminución del vigor físico; o como un escudo con el cual apartarse del mundo? Pero, después de todo, aquel niño no tendría por qué haberse preocupado demasiado. El ser «adulto» era una condición que conllevaba muchas preocupaciones, pero todas tan triviales como las de la niñez.

Al cabo de un rato empezó a sentir un sonido martilleante y el rugido del motor de un camión. Trató de ignorar aquella intromisión, pero el ruido de la actividad era cada vez mayor, hasta que despertó su curiosidad. ¿Qué estaban haciendo allí al lado?

Se levantó y escudriñó entre los sauces, captando un atisbo de lo que era un muro a medio construir. ¿Qué era aquello? Salió de su escondite y se quedó estupefacto al contemplar a más de doscientos obreros transportando materiales, clavando tablones y poniendo ladrillos a una velocidad que no había visto en su vida.

¡Se estaba levantando una fábrica metro a metro: un cercado, lodo, depósitos, chimeneas, las puertas de la alameda y todo lo demás! Se aproximó a rastras y percibió la forma en que le miraban los obreros. Tan pronto como le vieron se quedaron perplejos. Un capataz empezó a maldecirles. Y al cabo de un minuto la factoría estuvo terminada. Los obreros salieron precipitadamente con las bolsas del almuerzo y, como si eso no estuviese bien, el capataz los reprendió nuevamente y, tras un golpe de silbato y el aullido de una sirena, los obreros regresaron raudamente; se oyó el fragor de la maquinaria y el silbido del vapor. La planta estaba funcionando a toda marcha. Los sauces habían desaparecido. El arroyo de antaño se había convertido en una tubería de cemento.

Aturdido, Lowry dio la espalda a aquel lugar y se encaminó de regreso a la ciudad. Empezaba a experimentar una oleada de desasosiego ante aquellos acontecimientos. ¿En qué forma se veía alterado el entorno por su presencia?

Según iba entrando en la ciudad el mundo seguía demorándose ante él. La gente permanecía inmóvil hasta que entraba en su campo visual y luego se comportaban como si fuesen extras en una escena artificial.

Empezó a albergar una sospecha y cambió de dirección repentinamente. ¿Y todas esas casas?

¿Qué pasaba con ellas?

Bordeó una manzana que no recordaba haber visto y a mitad de camino llegó inesperadamente a un callejón.

Tal y como suponía. ¡Las casas tenían fachada, pero no parte trasera! ¡Eran decorados!

Se adentró por el callejón y aquí y allá vio gente que hacía tardíos esfuerzos por contemplar los decorados con las partes traseras, pero estaban perplejos y actuaban desmañadamente, como si la presencia de Lowry hiciera entrechocar sus rodillas.

¿Y qué sería de la calle principal? Había muchas tiendas en las que nunca había estado. Se apresuró hacia ella con la sensación de que debía llegar hasta el fondo del asunto y desatento a los efectos que parecía causar sobre aquellas marionetas. Rodeó una manzana de la calle más transitada de la ciudad y, antes de doblar la esquina, oyó una voz aterrorizada:

-¡Jim! ¡Jim! ¡Jim! ¡Oh Dios mío! ¡Jim!

Se asomó por la esquina y se detuvo sobresaltado. Toda la avenida estaba plagada de gente aparentemente muerta. Abatidos sobre los volantes y en el badén. Apoyados rígidamente sobre los escaparates. El guardia de tráfico era un monigote abrazado a la señal. Los dos caballos que tiraban de una carreta tenían los arcos caídos y el granjero estaba ladeado en el pescante con la mandíbula relajada como un cadáver. Y Mary se aproximaba corriendo sobre aquella enmarañada alfombra de extras. Había perdido su sombrero, tenía el pelo revuelto y las pupilas dilatadas por el terror.

El la llamó, y ella casi se desmayó aliviada. Se arrojó sobre él sollozando, lo rodeó con sus brazos y hundió su rostro, deshecho en lágrimas, en el pecho de él.

-¡Jim! -gimoteó-. ¡Dios mío, Jim!

El le alisó tiernamente los cabellos y vio como toda la calle cobraba vida y reanudaba la trivial actividad que le era tan familiar. El guardia hacía sonar su silbato y blandía la señal, los caballos se levantaron y comenzaron a tirar, el granjero tomó un poco de tabaco de mascar y escupió. Compradores y vendedores compraban y vendían; y no había nada anormal en toda la calle. Pero Lowry sabía que si miraba hacia atrás, vería aquellas personas con las que ahora se cruzaba, paralizadas de nuevo, desplomadas como marionetas con los hilos sueltos.

Una figura familiar se aproximaba hacia ellos. Tommy, blandiendo un bastón negro y cimbreado, con el sombrero caído hacia atrás y su atractivo rostro con ese habitual gesto divertido, se detuvo al reconocerlos.

-Hola, Jim -dijo, y luego, preocupado-, ¿le pasa algo a Mary?

-Tú sabes lo que le pasa a Mary, Tom Williams.

Tommy lo miró extrañado: No te entiendo, camarada.

-Porque no me quieres entender -ironizó Jim fríamente-. Ya estoy harto de esto.

-¿Harto de qué?

-Me has arrebatado algo y quiero que me lo devuelvas. Como ves, sé lo que está pasando.

-¿Y bien?

-Quiero que me devuelvas esa parte de mi ser.

-Me estás acusando...

-De ser un ladrón.

-¿Y bien?

-Mientras estuve íntegro, todo iba bien en este mundo. Pero ahora, esa parte de mí ha desaparecido...

Tommy se rió divertido: Así que ya has caído en la cuenta, ¿no es eso?

-Y lo voy a remediar, Tom Williams, o acabaré contigo.

La risa de Tommy era entrecortada y blandió el bastón como haciendo ademán de ir a golpearlo: ¿Y qué es eso que tanto aprecias?

-No lo sé ni me importa. Lo que es mío, es mío. Devuélveme esa parte de mi ser, Tom Williams.

-¿Y perder yo la mía? -dijo Tommy sonriendo.

-Creo en una postura más comunitaria -dijo Tommy-. Sucede que quiero esa parte de ti y la verdad es que pretendo conservarla -ahora se apreciaban claramente los colmillos en las comisuras de su boca.

Lowry apartó a Mary a un lado. Se abalanzó hacia Tommy, le agarró por el abrigo y trató de golpearlo. Pero de alguna forma, Tommy se zafó y, a su vez, le asestó un bastonazo. Lowry tuvo por un instante la impresión de que todo estaba en tinieblas. Pero se levantó y se arrojó hacia el cuello de Tommy. Un golpe de bastón le derribó nuevamente. Aturdido, se puso a cuatro patas tratando de despejar sus embotados sentidos. De nuevo la descarga de la vara y sintió el impacto del pavimento contra su mejilla. Al cabo de un instante percibió la proximidad de una cara, unas facciones de las que sobresalían colmillos amarillentos. Una debilidad enfermiza, como si se estuviera desangrando mortalmente, le mantenía sujeto contra el suelo.

Tommy se puso de pie y Lowry se dio cuenta de que no podía moverse. Tommy parecía ahora dos veces más fuerte y corpulento.

Mary contempló a Lowry durante largo rato, la expresión de su rostro fue pasando lentamente de la sorpresa a la grata satisfacción. Entonces Lowry comprendió el porqué. Ella no era sino otra marioneta, más controlada que el resto, puesto que estaba más próxima al origen del control. Y cuando Tommy le arrebató a él parte de su ser, ella había comenzado a dividir su atención entre ambos, porque cualquiera de los dos podía animarla. Y ahora que Tommy estaba en posesión del «todo», no podía haber ninguna duda sobre a quién seguiría.

Ni siquiera volvería su vista a Lowry que yacía en el suelo.

Miró a Tommy a la cara y lo sonrió tiernamente. Tommy le devolvió la sonrisa y, cogidos por el brazo, se alejaron caminando.

Lowry trató de gritarles, pero no le prestaron atención. Ya habían doblado la esquina.

Entonces la calle empezó a sumirse en la quietud. No completamente, sino de forma paulatina: alguna marioneta, aquí y allá, tenía pequeñas sacudidas. Unos labios se movían sin emitir sonido alguno. Lowry contempló la escena aterrorizado.

¡El mundo estaba a punto de morir para él!

Sentía el cuerpo tan pesado que apenas podía moverse. Pero sabía que debía perseguirlos, encontrarlos, recuperar esa fuerza vital que le habían robado. ¡Tener que vivir, con la octava parte de su vitalidad, en un mundo de muerte aparente, le volvería loco!

¡Y Mary!

¿Cómo podía...? Pero también era una mera marioneta. Al igual que los demás. Ella no tenía la culpa. Tommy era el único responsable. ¡Tommy, a quien había considerado su amigo!

Arrastrarse le suponía un gran esfuerzo, pero lo hizo, centímetro a centímetro, pasando por encima de los cuerpos que yacían a plena luz del día. Tuvo consciencia del mucho calor que estaba haciendo y de un gran agotamiento. Si lograra descansar un ratito tal vez recobraría las fuerzas. Atisbo un arbusto en un jardín donde había un espeso cañizo y se deslizó en la frescura. ¡Descansaría sólo un momento y luego encontraría a Tommy y a Mary!

CAPITULO 8

«¡Cada semblante al que se volvía se convertía a su vez en el de Tommy! Todos tenían esa sonrisa burlona y el brillo socarronamente malévolos de su mirada».

Ya había casi anochecido cuando se despertó. No pudo recordar instantáneamente los acontecimientos que acababa de vivir y se puso de rodillas, consciente de que debía hacer algo, pero sin poder discernir qué era. ¡Qué letargo! ¿Estaría afectando también a su cerebro?

No, su mente estaba bien. ¡Ah sí! ¡Tommy, Mary y el mundo de muerte aparente!

Y qué bien le había sentado aquel descanso. O por el contrario...

Escudriñó entre los arbustos. Había gente caminando por la calle, por lo que era lógico pensar que Tommy debía de estar en algún lugar próximo; y que el propio Lowry estaba compartiendo la energía

que animaba a las marionetas. ¡A lo mejor podría beneficiarse de ese hecho! Si lograra acercarse a Tommy, respaldado por el propio efecto de éste, posiblemente podría recuperar lo que había perdido. Se ocultó en las sombras de la calle, y buscó a Tommy. Pero no había ningún rastro de él. ¿Podría ser que estuviese en alguna de aquellas casas? ¿Cenando, tal vez? ¿De alguna forma en que pudiese asomarse para ver la calle?

Quizá hubiese otra explicación. Tal vez, ahora que Tommy estaba en posesión de todo el control, aquellas marionetas vivirían una vida supuesta; y Lowry con ellas. Pero él sabía lo que estaba pasando; y ellas...

Salió de debajo del cañizo. Vio a un hombre parado junto al buzón que había en la esquina. Quizá supiese dónde encontrar a Tommy. Lowry, actuando con naturalidad, se acercó paseando hasta aquel individuo. Estaba a punto de abrir la boca para preguntarle, cuando le dio un vuelco el corazón.

¡Era Tommy!

¡Tommy, con su sonrisa burlona en los labios y una mirada malévola!

Lowry dio media vuelta y se alejó precipitadamente, pero como no escuchó pisadas que le siguiesen, desaceleró el paso. Miró hacia atrás, el hombre de la esquina le estaba mirando, y había una risa suave y divertida flotando en el aire.

¿Por qué no se atrevía a mirarlo? ¿Iba a tener que encontrarlo durmiendo para arrebatarse lo que le pertenecía?

Lowry se detuvo. ¿No podía actuar más inteligentemente ante aquella situación? ¿No podía explicarle a alguna de aquellas marionetas lo que había sucedido en el mundo y, de esta forma, obtener su ayuda? Siendo muchas, podrían atacar a Tommy y despojarle de aquello que, en justicia, pertenecía a la humanidad.

Siguió caminando, buscando a alguien a quien exponerle su plan. Un hombre estaba regando el césped tras una valla de madera y Lowry se detuvo y le hizo señas. El hombre, sosteniendo la manguera, se acercó lánguidamente.

Lowry estaba a punto de comenzar a hablar, cuando vio el rostro de aquel tipo. ¡A pesar de las tinieblas, las facciones eran nítidas!

¡Era Tommy!

Lowry se dio la vuelta y echó a correr. La risa suave se mecía en la brisa del atardecer.

Disminuyó el ritmo, negándose obstinadamente a ser presa del pánico. No tenía ningún sentido perder la cabeza porque todavía tenía una oportunidad. No podía ser que todo el mundo fuese Tommy.

Al poco vio una mujer que se dirigía apresuradamente hacia su casa. Si se lo contara a ella, ésta se lo podría decir a su marido... Sí. La abordaría.

El levantó la mano y ella lo evitó, pero al ver que no suponía ninguna amenaza, le dejó que hablara. No había llegado a decir ni una sola palabra, cuando vio quién era.

¡Mary!

Su corazón se detuvo. ¡Ahora estaba sola y podría tratar de convencerla! Pero el rostro de Mary reflejaba desdén, le dio la espalda y se alejó caminando.

Lowry necesitó algunos segundos para reaccionar. Pero no estaba dispuesto a admitir la derrota. Se acercaban tres estudiantes. Estudiantes que, sin duda, le harían caso, vestían jerseys y llevaban brazaletes. Se situó ante ellos.

Cuando se detuvieron y le miraron, comenzó a hablar. Pero se quedó callado. ¡Cada semblante al que se volvía, se convertía a su vez en el de Tommy! Todos tenían esa sonrisa burlona y el brillo socarronamente malévolo de su mirada.

Lowry retrocedió y continuó caminando hacia atrás. Se dio la vuelta y salió corriendo para no detenerse hasta llegar al soportal de la manzana siguiente.

Había allí una mujer, pero sabía que no debía abordarla, porque incluso a tres metros y a la única luz de la farola, podía ver que se trataba de Mary. Se caló vergonzosamente el sombrero hasta los ojos y pasó a su lado indolentemente; luego, cuando ya estaba a cierta distancia, echó a correr una vez más.

Se cruzó atropelladamente con otros viandantes y todos los que le miraron tenían, o bien la cara de

Tommy, o bien la de Mary. Y al cabo de un rato comenzaron a llamarlo esporádicamente.

—Hola, Jim —decía Tommy burlonamente cada vez.

—Ah, eres tú, Jim —decía Mary.

La oscuridad, cada vez más densa, y el tenue resplandor que producían las farolas agobiaban a Lowry. La temperatura estaba subiendo por grados, pero luego, súbitamente, se tornó gélida. Las fachadas de las casas parecían, en la penumbra, frías e impasibles; las ventanas encendidas se le antojaban ojos resplandecientes que le miraban y se mofaban de él.

—Hola, Jim.

Y otra vez: Ah, eres tú, Jim.

Los jardines y las formas entremezcladas de los arbustos poblaban la noche de extraños fantasmas. Unas sombras diminutas se precipitaban alrededor de sus pies y algunas veces le rozaban las piernas. Tenían un tacto suave y peludo. Cierta ocasión, al descender un bordillo, vio algo escamoso, que se desvaneció un instante después.

Entonces apareció el rostro de Tommy, flotando tétricamente, por sí solo, en las lúgubres tinieblas. Era inconsistente y borroso, pero tenía esa sonrisa y le contemplaba fijamente con aquella mirada socarrona. Se desvaneció y sólo quedó el fulgor de los ojos.

Una forma había comenzado a bailar ante él, se detuvo cuando ya casi había llegado hasta donde estaba, para luego escabullirse fuera de su alcance, volver a bailar y llamarlo por señas. Tenía ciertos gestos que le permitieron identificarla. Desalentado, la reconoció; era Mary, su frío rostro reflejaba desprecio.

¿Por qué y hacia dónde le estaba guiando?

—Hola, Jim.

—Ah, eres tú, Jim.

Las sombras de las lúgubres fachadas que miraban fija y fríamente. Siluetas sobre el césped que se ocultaban al pie de los árboles. Objetos viscosos que chocaban contra sus piernas; y una gran neblina en forma de alas desplegadas que se cernía abarcando toda la ciudad.

Las facciones blanquecinas y difuminadas de unos rostros flotaban ante él. El de Tommy y el de Mary. El de Mary y el de Tommy.

Se escuchó en lo alto un aleteo, como si fuese de murciélagos. Más abajo surgió un sonido grave y gutural. El olor de la hierba recién cortada y de materia en desarrollo se entremezclaba con un perfume que no podía definir. Un perfume. Tan ilusorio como aquellos semblantes que flotaban enfrente. Un perfume... El de Mary. Era el perfume de Mary. Mezclado con el aroma de un tabaco exótico. Un tabaco exótico. El de Tommy.

La gran nube oscura se extendía más y más, la luz de las farolas se tornaba débil; y las sombras, cada vez más espesas, comenzaron a seguirle espasmódicamente a cierta distancia. Cada una de ellas permanecía inmóvil hasta que él se acercaba, para entonces levantar el vuelo y unirse al resto. Cada vez había menos luz y ya no había sonido alguno. Ni sonidos ni olores. Tan sólo el inconsistente vestigio de una sonrisa burlona, que se iba desvaneciendo gradualmente, siempre retrocediendo.

Se apoyó débilmente sobre el parapeto de un pequeño puente de piedra que había detrás de la iglesia y escuchó lo que el rumor de la corriente le decía: Ah, eres tú, Jim. Hola, Jim.

Una sombra sólida y oscura se erguía al otro lado del puente. Alguien que llevaba un sombrero de alas gachas, envuelto en una negra capa que le llegaba hasta sus zapatos con hebillas.

Estaba trenzando una soga cuidadosamente, cabo a cabo; Lowry decidió que descansaría un momento para luego dirigirse hacia aquel hombre entre tinieblas. —Ah, eres tú, Jim. —Hola, Jim.

Voces murmurantes, casi imperceptibles, que se apagaban lentamente. Ya no quedaba nada de aquella sonrisa. No había otra cosa en el cielo que la inmensa sombra y el plañidero gemir de la brisa nocturna. Las farolas de la calle arrojaban una luz pálida sobre él y se inclinó para comprobar si se veía el agua. Las voces de allá abajo eran ahora apenas silbidos, sólo un murmullo, un rumor dulce y consolador.

Captó un atisbo de algo blanco en el agua y se inclinó un poco más para descubrir, desinteresadamente, que se trataba del reflejo de su propio rostro en el negro espejo que había abajo. Observó cómo la imagen se volvía más nítida, los ojos y la boca iban cobrando forma. Era como si él mismo estuviese allí

abajo, y fuese más real que aquel que se apoyaba sobre la fría piedra. Saludó vanamente a su imagen. Parecía como si se estuviera acercando. La saludó nuevamente para probar. Estaba más próxima todavía. Con una repentina determinación, alzó ambas manos. La imagen ya no estaba sobre el agua, pero seguía estando allí.

Jim Lowry se incorporó. Aspiró una profunda bocanada del fresco aire de la noche y contempló las estrellas en el firmamento. Se giró y vio la amplia avenida llena de gente paseando y disfrutando del olor a hierba recién cortada. Miró hacia el otro lado del puente y distinguió al viejo Billy Watkins, que estaba recostado sobre la barandilla, fumando su pipa plácidamente.

Con un sentimiento casi triunfal, por soportar la pesada carga de amargura que llevaba en su interior, Jim Lowry cruzó el puente y se aproximó al policía, que hacía su ronda nocturna.

—Oh. Hola, profesor Lowry.

—Hola, Billy.

—Una noche agradable.

—Sí... sí, Billy, una noche agradable. Te quiero pedir un favor, Billy.

—Lo que sea, Jim.

—Acompáñame.

El viejo Billy golpeó la pipa para vaciarla de cenizas y le siguió silenciosamente. El viejo Billy era un tipo juicioso. Percibía el estado de ánimo de Lowry y no decía nada para no entrometerse, tan sólo caminaba a su lado disfrutando del aroma exuberante de la primavera.

Recorrieron varias manzanas y entonces Lowry se adentró en el sendero que llevaba a la casa de Tommy. La vieja mansión, en tinieblas e inmóvil, parecía estar esperándoles.

—Tendrás una llave que abra la puerta, Billy.

—Sí, tengo una; es una cerradura corriente.

Billy giró el pomo y buscó a tientas la luz del recibidor. La encendió y se hizo a un lado para seguir a Lowry.

Jim Lowry señaló el perchero y le mostró un bolso de mujer que estaba allí colgado junto a un sombrero también femenino; había otro sombrero, éste de hombre, trabado entre el perchero y la puerta del salón; llevaba unas iniciales en la cinta: J.L.

—Ven conmigo —dijo Lowry con voz pausada. Cuando pasaron por el salón, Billy vio los fragmentos de una silla rota y un cenicero volcado.

Jim Lowry abrió la puerta de la cocina y encendió la luz. La ventana estaba rota.

De alguna parte llegó un sonido gimoteante y Jim Lowry abrió la puerta del sótano. Descendió el corto tramo de escaleras con pasos firmes y pausados, atravesando los hilos de telarañas recién tejidas. Un gato persa con una mirada medio enloquecida salió disparado más allá de donde estaban y se escapó de la casa.

Jim buscó a tientas la luz del sótano. Durante un instante, pareció no estar decidido a encenderla, pero sólo unos segundos. La luz de la bombilla desnuda inundó el sótano y lo llenó de sombras angulosas y oscilantes.

Alguien había cavado un hoyo en medio del sucio suelo y había dejado la pala abandonada.

Jim Lowry sujetó la bombilla por el cable, de forma que los rayos luminosos incidiesen en la carbonera. El mango de un hacha, ennegrecido por la sangre coagulada, apuntaba hacia ellos.

Algo blanquecino sobresalía entre el carbón.

Billy se aproximó al negro y polvoriento montón y apartó algunos pedazos. Un pequeño derrumbe dejó al descubierto el rostro de Tommy Williams, destrozado por profundos cortes. A su derecha, con la cabeza echada hacia atrás y un brazo colgando, lleno de coágulos de sangre yacía el cuerpo de Mary, la mujer de Jim Lowry.

Billy contempló durante algunos minutos a Jim Lowry y entonces éste empezó a hablar con voz monótona: Lo hice el sábado por la tarde. Y por la noche regresé para buscar la prueba que había dejado —mi sombrero— y deshacerme de los cadáveres. El domingo volví otra vez..., tuve que entrar por la ventana. Había perdido la llave.

Jim Lowry se dejó caer sobre una caja y hundió su rostro entre las manos: No sé por qué lo hice. Dios mío, perdóname, no sé por qué. La hallé aquí, escondiéndose; después de haber encontrado su sombrero. Todo empezó a darme vueltas y no lograba oír lo que me decían a voces... y los maté —un sollozo le hizo estremecerse—. No sé por qué. No sé qué es lo que hacía ella aquí... no sé por qué perdí el juicio... malaria cerebral... locura de celos...

Billy removió un poco el montón de carbón y éste se desplazó con cierto estrépito. El brazo de Tommy quedó al descubierto. Parecía tenderse hacia Lowry y su frío puño aferraba un pedazo de papel, como si quisiese darle una explicación, incluso desde la muerte.

Billy sacó el papel y lo leyó:

TOMMY, BUEN PERDEDOR: La próxima semana es el cumpleaños de Jim y quiero sorprenderle con una fiesta. Iré a verte el sábado por la tarde para que me ayudes a hacer la lista de sus amigos y darme tus sabios consejos sobre el licor de demonios. No le digas ni una palabra de esto.

Saludos, MARY

Arriba, en alguna parte, parecía flotar el retintín de una risa: una risa divertida y aguda, burlona y llena de maliciosa satisfacción.

Aunque, claro, probablemente, sólo se tratara del suspiro del viento, al pasar bajo la puerta del sótano.

FIN